

The background of the cover is a photograph of a beach at night. The sky is a deep, dark blue, filled with numerous small, bright white stars. The horizon line is visible, with a soft, pale glow from the moon or a low light source. The ocean is dark, with white foam from waves washing onto the shore. The beach is dark, with some rocks and pebbles visible. The overall mood is quiet and mysterious.

ASESINATO
EN UNA NOCHE
CLARA

RAFAEL SALCEDO

**ASESINATO
EN UNA
NOCHE CLARA**

**Una obra original de
Rafael Salcedo Ramírez**

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

“Todo crimen es una transferencia del mal de aquél que actúa sobre aquél que padece”.

Simone Weil

Prólogo

-... ¿Me oyes, Carlos? ¿Carlos? ¿Estás ahí? Es que se va la cobert... sí, sí, ahora te oigo bien... no, no, no te preocupes ¿Carlos? ¡Vaya por Dios!... Sí, ahora vuelve. Espera un momento, voy a salir de la agencia. Háblame... sí, sí, ahora te escucho mucho mejor. Pues, como te decía, acabo de llegar a Llanes y aún estoy esperando me atienda la señora Arango...sí, la misma con quien hablé ayer desde Oviedo...sí, sí por supuesto, no te apures que sabré negociar y estaré firme en mis pretensiones... ya, ya, descuida, ya sé; ya sé que esto no es de tu agrado y que disfrutas de una posición económica saneada y bla, bla... sí, sí, Carlos, pero entiéndelo, es mi vida y quiero ser autosuficiente... ya, ya... creo que lo hemos hablado y mi decisión está tomada, así que aceptaré el trabajo y conseguiré esa cantidad que me permitirá pagar el último curso... sólo es un esfuerzo de un par de meses... ya sabes cómo pasan julio y agosto y... lo sé, pero estaremos juntos dentro de muy poco y... bueno, comprende cómo es algo que quiero hacer y no me parece correcto aceptar tu ayuda... de acuerdo, de acuerdo... pero me tengo que valer por mí misma y este empleo es ideal para nivelar mi cuenta corriente sin tener que acudir ni a ti ni, por supuesto, a mis padres... claro que sí lo saben, y ya lo creo que han intentado persuadirme de permitirles me pagaran...no, no, ya te digo que de igual forma les he dicho que yo solita conseguiré terminar la carrera y sin ayuda de nadie... ¡Santo Dios, Carlos! ¡Qué pesado te pones! Ya te lo expliqué con claridad... tengo mi vida propia y quiero seguir así... no, no quiere decir que no te quiera, no... claro que no... entiéndeme por favor... es que no quiero depender de nadie y quiero demostrarme a mí misma que puedo hacerlo... sí, sí, un curso más y te acompañaré al altar...sí, sí, te lo prometo...bueno, tengo que dejarte... sí, sí, no seas empalagoso...bueno, sí yo también a ti...sí, sí, y ahora te dejo que me hace señas la señora Arango, luego hablamos, adiós-

Beatriz Campoamor, aún su rostro con signos evidentes tanto de tensión como de sentimientos encontrados, cortó la comunicación y después introdujo su teléfono móvil en el bolso, del cual extrajo un sobre para luego volver al interior de la oficina y dirigirse hacia la mesa en la cual una señora de mediana edad, con gafas de presbicia y un color de labios que le pareció de poco gusto, le hacía señas insistentes con la mano con tal de que se acercase.

-Siento la tardanza en atenderle, señorita Campoamor-lehabló un tanto apurada la directora de la agencia de trabajo temporal señalando a su alrededor -Espero se haga cargo de cómo nos encontramos. Ya se puede imaginar estos días previos a la temporada veraniega y en esta zona de recreo; en fin, para qué voy a darle detalles si ya ve cómo están mis empleadas-

-Lo entiendo, señora. Además, no se preocupe. No tengo todo el tiempo del mundo, pero sí todo el verano-respondió Beatriz con una sonrisa y algo de doblez en su respuesta, aunque sin acritud.

-Querida, veo que hace gala de buen humor; lo cual es raro en estos tiempos que corren. Me alegra y mucho conocerla y también poder servirle. Por cierto ¿Ha traído la documentación de la que le hablé por teléfono?-

-Aquí está. Fue lo primero que puse en el bolso esta mañana-

-Formidable, Beatriz, así se llama ¿Verdad? Me encanta tu nombre y, además, Campoamor; no podrá negar que es asturiana de pura cepa-

-Gracias, señora. Por favor, compruebe si...-

-Además de educada es usted muy previsora y, por qué no reconocerlo, cumplidora de cuanto se le pide. Hace años que no veo un expediente como el suyo. Le doy mi enhorabuena y ni qué decir tiene cómo esto le beneficiará en su vida laboral. Porque veo que éste es su primer trabajo y...-

-Así es. Bueno, quiero decir por un tiempo mayor a fines de semana o algunos festivos. Precisamente con los beneficios de éstos he podido pagarme los estudios durante cuatro años. Sin embargo, en esta ocasión he preferido dedicar el verano entero a trabajar. Lo que obtenga me permitirá dedicarme este quinto y último curso cien por cien a estudiar. Tengo proyectos para el año próximo y, sobre todo, conseguir una plaza en el laboratorio de la Facultad. Bueno y tal vez me case con mi novio. Él dispone de un buen empleo y unos ingresos suficientes para los dos. Sin embargo, me he empeñado en conseguir mi título con mi sólo esfuerzo, y ni siquiera a mis padres les he permitido me ayuden más allá de lo común en las familias con sus hijos estudiantes-

-Encomiable, querida, permítame decirle que la admiro por su decisión e independencia a la hora de afrontar los retos de la vida. Le diré que yo misma no actué en su día de forma muy alejada de cómo lo hace usted. Somos mujeres y somos fuertes ¿No cree?-

-Por supuesto, señora-

-Bueno, Beatriz, comprenderá cómo esta conversación es absolutamente edificante para mí y su compañía es encantadora, pero ambas nos debemos a nuestro trabajo y, en concreto, ahora mismo el mío consiste en satisfacer las demandas de nuestros clientes y a usted acomodarle en un trabajo en el que no sólo consiga un fin crematístico sino, ante todo, sentirse feliz en éste-

-Ya me conformaría con lo primero; sin embargo reconozco que lo segundo superaría mis expectativas-

-Ya lo creo y por ello tengo para ofrecerle dos opciones. No cabe duda, tal como comentamos por teléfono, de que se trata de familias con niños a los que cuidar en exclusiva, sin otro cometido adicional, aunque sí debe tener en cuenta que veinticuatro horas al día, siete días a la semana, con uno de asueto cada una de éstas-

-Correcto. Es lo que ya sabía-

-Muy bien, Beatriz, entonces sólo queda decidirse. Como le indicaba, la primera opción es una familia con dos pequeños, niña y niño. Los Peñalver. Muy simpáticos, algo estirados pero no en demasía; quiero decir con esto que el trato se sobrelleva sin más problemas. Los niños, para qué voy a mentirle, bastante revoltosos pero para eso está usted, querida, y será su cometido meterlos en cintura. Sepa que los señores no le pondrán impedimentos, conociendo cómo los dos diablillos se las gastan-

-Tal como me lo pinta, no está mal-

-Recuerde que es algo muy subjetivo, pero creo que entre nosotras se acerca mucho a la realidad. Muy bien, sigamos. La segunda opción son los Miranda, nada de estirados y curiosamente con rancio abolengo. La mansión es fabulosa y su fortuna tiene cifras mareantes. Para éstos trabajaría con un solo niño. Ramiro se llama. Si le soy sincera, vale por los dos diablillos de los Peñalver. Naturalmente, nada insalvable y también dependerá de sus habilidades para calmar a esa pequeña fierecilla traviesa y bastante caprichosa. No voy a negarle es la familia que nos da más trabajo, y todo porque las señoritas que cuidan al chaval toman las de "Villadiego" con mucha frecuencia. Requisito común para ambas opciones es la inmersión en el idioma inglés, el cual deberá utilizar de forma permanente, aunque de manera flexible y en eso no tendrá problemas. Los pequeños asisten a colegios bilingües y eso facilitará las cosas dado que su nivel es, incluso siendo tan pequeños, bastante avanzado-

-En esa cuestión ya habrá comprobado mi curriculum y, por tanto, mi titulación en idioma inglés. En lo que me cuestiona, creo que la decisión es clara. Me quedo con los niños de los Peñalver-

-Coincido con usted, Beatriz. No obstante, hay un elemento importante en todo esto que no debemos pasar por alto y es el económico-

-Bueno, ya me dijo las cifras aproximadas por los dos meses y...-

-Ya lo creo, joven, pero era sólo una muestra "grosso modo". Lo cierto es que hay una diferencia que, personalmente, calificaría de sensible entre lo que ofrecen las dos

familias-

-Bien ¿De cuánto estamos hablando?-

-Los Peñalver le abonarían 4.000 euros y los Miranda 5.000-

-¿5000?-

-Tal como lo oye, 2.500 por mes y, si consigue domar a la “fiera”, seguro que alguna propina sustanciosa añadirán a esa cantidad. Son gente espléndida y lo han demostrado en más de una ocasión-

-Ese detalle lo desconocía e introduce un poco de desazón en mi decisión-

-Ya sabe, plantéesele como un esfuerzo de sesenta días para asegurarse nueve meses de curso con un superávit libre de sobresaltos financieros. Incluso yo diría que le podría dar para alguna escapada romántica, digamos por ejemplo a París con Carlos-

-Sí que es una tentación-

-De vez en cuando hay que pecar ¿O no, querida?-

-Pues, digo sí-

-¿Los Miranda?-

-Me arriesgaré. Al fin y al cabo es sólo un niño y creo podré encauzarle para que se comporte como es debido-

-Decisión, arrojo, valentía. Ya veo que corre por sus venas sangre asturiana, Beatriz-

-En efecto. Mi padre siempre me lo recuerda-

-Entonces, no se hable más. Sólo tiene que firmar estos tres ejemplares y, como es costumbre en nuestra agencia yo misma le acercaré a la mansión de los Miranda que, por cierto, no queda demasiado alejada del pueblo aunque sí lo suficiente para tener que llegar en coche. No se preocupe en sus días de libranza, puesto que disponen de chófer veinticuatro horas y tanto le traerá como le recogerá-

-Eso es un detalle de agradecer, además veo cómo de animado está Llanes-

-Las apariencias engañan. Si no, la semana que viene comprobará cómo esa animación se multiplicará. La verdad es que es un incordio para los que residimos en él y prefiero el sosiego tan aburrido de todo el año, pero también comprendo que la gente joven debe divertirse y hacer un poco de ruido, sobre todo por esta zona céntrica. Pero no perdamos más tiempo, Beatriz, acompáñeme-

Media hora larga después, tras decenas de kilómetros por una estrecha carretera donde un denso bosque umbrío aparecía como centinela a cada lado de ésta, llegaron ambas mujeres a la mansión de la familia Miranda; cruzando una formidable verja con el escudo familiar, repujado en su artístico frontal, y transitando por un camino de gravilla cuyo final era una monumental escalera que daba acceso, tras dos generosas circunvoluciones, a la mansión.

Rodeada por aquella selva de oscuros tonos verdes, en medio de un extenso claro alfombrado de hierba recién cortada cuyo aroma así lo delataba, se erguía imponente el edificio donde Beatriz residiría durante dos meses.

Tenía un aire trasnochado pero, aun así, de igual modo encantador y la joven pensó sería una experiencia recorrer sus estancias y después contar su experiencia.

-Beatriz, ya la ha visto. No crea que no adivino cómo habrá pensado que su nuevo hogar durante sesenta días tiene cierto aire decadente- comentó la señora Arango, rompiendo así el silencio en el que había quedado sumida la joven ante la contemplación de la mansión.

*-Cierto. Pero también me parece interesante. No es tétrica ni lóbrega, sólo es que se ve como sacada de un libro antiguo-*respondió Beatriz ya recobrada la sonrisa.

-Así es. Durante muchas generaciones los Miranda la han ocupado y la consideran como un patrimonio a conservar. No piense que no disponen de recursos para construir un palacio tres veces como éste, puesto que su fortuna es colosal. Sólo es que dicen sentirse bien en este mausoleo; por otro parte, a veces incómodo de mantener y que

requiere un buen equipo de trabajadores sólo para adecentarlo cada día-
-Creo que estaré bien, señora Arango. Me gusta este sitio. Tiene un no sé qué...-
-Me alegro, joven, y reconozco que también me atrae. Por cierto, no le he comentado que junto a los padres del pequeño Ramiro residen en la mansión sus abuelos. No tema, porque son dos ancianos encantadores y nada quisquillosos-
-No tengo inconveniente, siempre que respeten mi trabajo con el niño-
-De eso no tiene por qué preocuparse. Ya le digo que se mantienen al margen y rara vez tendrá que cruzarse con ellos. Son gente apegada a sus costumbres y pasatiempos, aunque le adelanto que de igual forma muy pasados de moda-
-No creo que me afecten sus gustos y, si tuviera que claudicar ante ellos, sabré adaptarme-
-Me encanta su pragmatismo, querida. Es la mejor política en estos casos y lamento decirle que sus predecesoras no la aplicaron; pero no por los ancianos, por supuesto que no...-
-Por el niño-
-Así es. No exagero. La última chica se rindió a las dos semanas-
-Me lo tomaré como un reto-
-Le felicito. Creo que apostaría por usted sin dudarlo nada más ver cómo piensa. Sé con seguridad alcanzará la meta y resistirá esas ocho semanas que tiene por delante y recuerde, si finalmente lo consigue, cómo los Miranda sabrán recompensarle con un generoso sobresueldo-
-Bueno, no voy a negar que es un acicate más para sumar. Aunque ya estoy lo suficientemente motivada sin esa guinda final-
-Beatriz, buena suerte y ahora subamos y déjeme que le presente a su nueva "familia" adoptiva, si me permite el término-
-Espero así sea-

Esas mismas palabras resonaban en la mente de Beatriz cuatro semanas después de despedirse de Luisa Arango, una vez presentada por ésta al matrimonio Miranda; del primer contacto con el travieso Ramiro; de las primeras palabras cruzadas con los ancianos abuelos del pequeño; de recibir las instrucciones precisas; de compartir mesa y mantel con ellos; de cruzar los pasillos, subir y bajar escaleras de la mansión; de sentir la frialdad en el trato con los criados; de olvidarse de cuanto ocurría unos metros más allá de la majestuosa verja; cuando el sol hacía rato se había vencido al ominoso poder de la oscuridad y sus aliados nocturnos; cuando un cinturón de negrura envolvía -como cada final de jornada- silencioso el contorno de la casa mientras permanecía despierta en la habitación que le habían asignado a su llegada y sin poder pegar ojo; anclados éstos en el ventanal que daba al bosque del cual sólo advertía las copas de los árboles mecerse con la brisa que llegaba de las montañas, rodeando como mudas guardianas al valle donde se asentaba la población adyacente.

Decidió encender la luz de la mesita de noche, aunque después deshizo su acción debido al escalofrío que le provocaba la visión tanto del barroco y oscuro artesonado del techo como los cuadros que colgaban de las paredes, donde escenas de caza sangrienta llevaban a su ánimo cierta zozobra.

De nuevo en la penumbra, Beatriz tomó su teléfono móvil y al momento lo volvió a colocar sobre la mesita de noche. Pensó no eran horas de llamar a Carlos y contarle sus cuitas. No lo había hecho en todos aquellos días y apenas algunos mensajes cortos -maquillando su verdadero estado de ánimo- habían sido el nexo con él.

No quería preocuparle. Pero su límite de aguante estaba presto a cruzarlo. Su cabeza daba vueltas una y otra vez a esa dura decisión, que implicaba no sólo su rendición sino también una vergüenza que le impedía dar el paso. Beatriz volvió a tomar el teléfono y decidió descargar su ansiedad con Carlos definitivamente aunque de un modo diferido, sabiendo que a esa hora descansaba para poder iniciar muy temprano

su jornada en el trabajo.

De tal forma que pulsó la tecla de correo electrónico y escribió letra a letra su "email". Después, ya en la línea de escritura del mensaje, sus palabras fluyeron empujadas por un vaivén de contradicciones que no lograron en su ánimo el efecto buscado; tal vez un bálsamo reparador. Sin embargo, Beatriz no se sintió capaz de enviar aquella sarta de incongruencias que le pareció tras leer el texto. En su lugar, escribió un sucinto mensaje que logró inundar sus ojos de lágrimas.

Capítulo I

Armando Adaro, treinta y cuatro años recién cumplidos, metro y ochenta y seis centímetros de contradicciones, dudas existenciales y mala uva a ratos, barba descuidada, algo cejijunto, pelo largo castaño y con aire becqueriano, apenas pudo introducir la llave en la cerradura del portal del edificio decimonónico, tan avejentado como decadente, del centro de esa ciudad que a él gustaba llamar “Vetusta”, en honor de su admirado paisano Leopoldo Alas “Clarín”, del que en sus resacas mañaneras juveniles había creído ser uno más de sus personajes que deambulaban por sus calles sin conocer su destino; para él siempre incierto.

Y es que las manos aún retenían ese ligero temblor de la tensión vivida; incluso hasta el sudor permanecía en sus palmas enrojecidas de forma involuntaria. Él mismo se preguntaba aquella reacción tan extemporánea, para quien la inveterada frialdad era un rasgo distintivo, alejado de exteriorizaciones de ánimo tan propias de mentes laxas y no con la fuerza que, hasta ese momento, Armando se arrogaba de forma inocente -al parecer para él mismo- a tenor de cómo su comportamiento había virado en redondo para homologarse a esos demás mortales que él percibía con un injusto desdén.

Ya la puerta al fin abierta y pulsado el botón del ascensor, cuyo aspecto era tan deprimente como la decoración del recibidor del edificio, Armando se justificó a sí mismo haciendo memoria de lo que -apenas treinta minutos antes- había vivido cuando sus pasos se dirigían a la secretaría de la Facultad de Derecho y allí recibía la noticia anhelada durante tanto tiempo.

Sin embargo, anhelo no era un término exacto para Armando. Tampoco deseo; ni siquiera interés. Era sólo un medio de vida lo que había logrado y su nombre figuraba en aquellas listas como uno de los elegidos para contar con un puesto funcional; tan gris y aburrido como serio proveedor de esa seguridad financiera de la que no había disfrutado aún desde que, hacía muchos años, había abandonado la universidad sólo como mero alumno aventajado.

Armando pulsó la tecla de la cuarta planta en el ascensor y tuvo que insistir hasta tres veces para que reaccionara la obsoleta maquinaria y comenzara su ascenso hacia su piso con vistas a la urbe asturiana, presa del orballo a esas horas aledañas al mediodía, despobladas sus calles y cesado el trasiego de las horas tempranas.

Subía aquel trasnochado artefacto, el cual había vivido mejores días, crujiendo con insistencia y descaro cada vez que cruzaba las plantas en su hégira ascendente atropellada y chirriante, dejando una estela de cables deshilachados escondidos en sus entrañas grasientas y oscurecidas. Ni siquiera aquella orquesta desafinada del elevador lograba que Armando saliera de sus pensamientos, y en particular de esa sensación dual, en la que una parte de sí quería dar saltos de alegría por lo logrado, y otra permanecía apesadumbrada y gemebunda en ese rincón profundo de su mente.

Tenía que reconocer, pese a la buena nueva que suponía aquel puesto de docente en la Facultad y la seguridad que sus emolumentos le conferirían a su depauperada economía, cómo la perspectiva de perder la libertad de movimientos de la que había gozado durante tantos años, la certeza de su anclaje a una mesa, un estrado y una clase a rebosar le ponía los pelos de punta.

Tenía que hacerse a la idea, por supuesto a regañadientes, de su nuevo rumbo vital; libre ya de zozobras y en particular las que afectaban a su bolsillo. Como pago por la estabilidad, una desconsiderada obligación de repetir cada día lo mismo con una frontera de no menos de treinta tediosos años. Armando, por un momento, fantaseó con la idea de que aquello era un sucedáneo de pacto satánico; del cual ya abjuraba sólo al vislumbrar en lontananza sus estipulaciones, cláusulas y obligaciones a las que sin vuelta atrás quedaba atado “sine die”.

Las ideas se convertían en imágenes y danzaban en su cabeza a una velocidad de

vértigo mientras ascendía en el anciano elevador, pero también las posibles soluciones, casi antídotos contra aquel veneno que iba a serle inoculado en forma de tranquilo puesto fijo funcional, con todos sus aditamentos formados por pagas extraordinarias, gratificaciones, dedicaciones a tiempo completo, pluses de esto y de aquello, de aquí, allá y acullá; además de un sinfín de prerrogativas futuras que dibujaban un halagüeño destino lejos de la incertidumbre de aquella colosal caterva de indocumentados abocados cada mañana a buscar el sustento de las más variopintas y hasta surrealistas formas a la que, hasta hacía treinta escasos minutos, él mismo pertenecía. Armando recreó en fracciones de segundo un caleidoscopio de imágenes, las cuales pasaron fugaces por su mente creyendo él mismo ser percibidas por sus retinas, en las que se vio a sí mismo en un crisol de escenas no demasiado afortunadas y, en especial, las referidas a las que hacían referencia a las deudas acumuladas y los agobios económicos al compás de los embargos en sus cuentas bancarias solapados con cheques sin fondos devueltos de forma inmisericorde, mientras recorría casas de empeño entregando a usureros las pocas pertenencias profesionales que aún le quedaban.

Armando salió del ascensor, tras hacer éste una especie de cabriola que casi le llevó a estamparse la nariz con la botonera agrietada y de un color indeterminado. Al fin con los pies en el suelo y recobrada la realidad, apartando aquellos recuerdos de momentos difíciles que le llevaron a abandonar su vocación y lanzarse a una tabla de salvación no menos ofensiva para sus principios, alcanzó la puerta de su piso y esta vez la cerradura cedió a la primera.

-¡Armando, hijo, qué alegría!- escuchó de labios de su madre, Teresa, quien nada más oírle entrar había recorrido a una velocidad incompatible con los sesenta años largos con los que cargaba a sus espaldas el pasillo que iba desde la cocina al recibidor.

Teresa ofrecía un aspecto frágil, pero sólo en apariencia ya que su delgadez escondía por contra un vigor de igual forma desacostumbrado para su edad y una lucidez poco común. De ademanes pausados y discretos, el júbilo que sentía en aquellos momentos al recibir a su hijo tras conocer por su propia llamada hacía unos minutos el desenlace favorable de la oposición, hacía que rejuveneciese por momentos y sus brazos y piernas recobraran el tono de muchos años atrás, cuando su vástago apenas levantaba unos palmos del suelo.

-No es para tanto, mamá. Sólo es una plaza de profesor adjunto de la Facultad de Derecho- respondió Armando con el rostro serio mientras su madre le abrazaba y besaba sin cesar, apabullándole y haciendo que intentara zafarse de cualquier forma.

-¿Te parece poco, Armando hijo? ¡Jesús, qué bendición! Al fin voy a verte en un puesto de trabajo y no dando tumbos de un lado a otro-

-Esa es la cuestión, mamá, preferiría seguir dando tumbos-

-Pero, hijo, si tienes la mesa llena de embargos, avisos, multas, deudas impagadas. Precisamente esta mañana ha llamado Don Damián, del Banco, y me ha dicho que te recordara que vencía el plazo...-

-Ya, ya, que se ponga en la cola...-

-¿Lo ves? Ya sé que te da urticaria eso de abandonar tu vocación como investigador privado, pero no tienes más remedio. Lo has intentado y ya has visto cómo te ha llevado a un callejón sin salida y además sin un céntimo en el bolsillo-

-No es eso, mamá. Más bien el desengaño es lo que me ha empujado a tomar esta decisión de abandonar la investigación privada y vender mi alma al diablo, dejándome seducir por los cantos de sirena de la enseñanza. Ya me ves; lo que siempre he repudiado ahora me alcanza. ¿No quería café? Pues me han dado dos tazas y, para colmo, bien cargadas-

-Pero, no te pongas así. En vez de estar contento y haciendo planes te veo triste y sin ánimo. ¡Cuántos quisieran haber aprobado esa oposición y a la primera, Armando!

Además, ser profesor en una Facultad de Derecho es algo...-

-Mediocre, mamá. Algo que hacer, pero sólo por supervivencia. Por no escurrirme por la calle cuando los acreedores me acechan, para que no te moleste ese Don Damián de los cojones con tal de que pague los recibos del préstamo. Y también para que no tenga que ser una carga para ti-

-¿Carga? Pero no digas eso. Un hijo jamás es una carga para una madre. Todo lo contrario. Es una bendición y más cuando una está tan sola...pero ¡Ven aquí, grandullón! Dame un beso y alegra esa cara...-

-Bueno, bueno, mamá, vale, vale...-respondió Armando intentando librarse sin tener éxito ante la insistencia de su progenitora por consolarle tal como si fuera aquel chiquillo jovial, extrovertido, nervioso y alegre que el inexorable paso del tiempo le había convertido en lo más opuesto a esa inocencia infantil, tan llena de simpatía y ocurrencias juguetonas que encandilaban a quien estuviera a su lado y, en especial, a su madre cautiva de ese amor filial rebosante de cariño, a veces no correspondido pero no por eso decreciente sino más bien al contrario.

-¿Sabes? Esta mañana saliendo del mercado me crucé con tu ex suegra-

-Mamá, si nunca fue mi suegra ¿Cómo va a ser mi ex suegra?-

-Bueno, hijo, es una forma de hablar. Quiero decir la que iba a ser tu suegra-

-Eso sí ¡Pues vaya elemento!-

-Y que lo digas. Además de cuidado. Hasta que no conseguí que dejarais la relación su hija y tú, no paró ni un solo día-

-Ni siquiera una hora, diría yo. Puso todo su empeño mañana, día y noche hasta que después de siete años lo dejáramos. Bueno, mejor sería decir que ella lo dejó-

-Ya, hijo, ya lo entiendo y lo sé también. Se veía venir como se las gastaba la tal señora. En cuanto a su hija, debes perdonarla porque era mucha presión y además su madre tenía planes para casarla con alguien de más fuste-

-De más billetes, mamá-

-¡Calla, calla! Que me he enterado que anda con uno de los hijos del dueño de la naviera Galíndez ¿Sabes?-

-Estás un tanto fuera de onda, mamá. Me enteré hace un par de días que se casan el mes que viene-

-¡Madre del Amor Hermoso! Pero no me lo has...-

-¿Para qué? Ya es agua pasada. Mejor avancemos hasta la siguiente casilla del tablero y te incluyo a ti. Y más cuando sé que le habías cogido cariño...-

-¿Cariño? Si era como una hija para mí, Armando. Pero ya te digo que no hurguemos en la herida, y yo me incluyo. Hay que mirar al futuro con optimismo y, bueno, hay muchachas por doquier y...-

-Muy bien, muy bien, no empecemos. No tengo ganas de muchachas y...-

-Pero, hijo, que vas para los treinta y cinco y...-

-Mamá, por favor no me des la tabarra con ese tema. Ya se verá y ahora no tengo la cabeza para esas cosas y...-

-Con la ilusión que tengo de tener nietecitos y...-

-Ya, ya, mamá, sólo faltaba eso, por favor...-

-Deja, deja, es verdad. Cambiemos de tema y voy a sacar uno que sea de tu interés-

-Te veo esa mirada que...-

-Pero qué mal pensado eres, hijo...-

-Es que te conozco ¿Sabes? Y me vas a salir con alguna de las tuyas-

-Esta vez es algo muy serio, Armando y también triste y doloroso-

-Vaya ¡Cómo me lo pintas! Entonces, tal vez prometa-

-Bueno, verás es que...-

-Cuando empiezas así es para temerte. La última vez que lo hiciste tuve que encontrar el gato de Doña Nicolasa...-

-Hombre, fue un acto caritativo y...-

-Bien, bien y aquella otra ocasión en la que tuve que disfrazarme de seminarista para encontrar al novio, si se le puede llamar así, de tu amiga Concha...-

-Pero le echaste el guante ¿Verdad?-

-Sí, sí, y también casi me pillan y me meto en un buen lío-

-Ya ves ¡Cómo está el mundo! Curas depravados con sexagenarias-

-Menos mal que no te salió un pretendiente de esos-

-¡Dios Santo! Ni menciones eso, hijo ¡Qué desagradable!-

-Está bien. Anda, suelta ya lo que sea y espero que no me toque deshacer algún desaguisado de tus amigas, todas candorosas ancianitas-

-Pues si te digo la verdad, hijo, ya cuento con el no-

-¿A qué te refieres?-

-Ya te lo imaginarás. En particular cuando pongo yo misma en tus labios algo que no has pronunciado. Pero como te conozco...-

-Venga, no digas eso. Siempre procuro ayudar a todas tus compañeras, amigas, conocidas y tal y tal...-

-Sí, pero gruñendo y cada vez que cumples años mucho más-

-Pero, mamá ¿Lo hago o no lo hago? Siempre les he echado una mano y has quedado de maravilla ante todas ellas-

-Sí, sí, pero a veces aguantarte tiene su miga cuando rechinas los dientes al pedirte algo para ellas-

-Ya, ya, es que...bueno, soy así, no lo puedo remediar y...pero, venga dime lo que sea. Te prometo no poner mala cara-

-Si sólo fuera eso-

-Bueno, vale, sí...hasta me ahorraré levantar la voz cuando te diga que no, como siempre, aunque después te diré que sí, como siempre ¿O no?-

-Claro, claro, hijo. Me conformo con que me escuches sin hacer aspavientos unos minutos. Después, sin enfurecimientos, me dices que no y sanseacabó-

-Mamá, te veo venir y no pongas la venda por anticipado en la herida. Además que me lo estás dibujando de tal forma que hasta me interesa conocerlo sin haberlo escuchado; y todo porque ya imagino será algo tan rocambolesco que superará todas tus peticiones-

-Ya verás cómo no. Porque esta vez no es como cuando te pedía ayuda como investigador para asuntos domésticos y, la verdad, hasta disparatados. Pero ya sabes que todo el mundo me da pena. No lo puedo remediar y me obliga a recurrir a ti. Y como sé que, aunque refunfuñes, acabas haciéndolo pues me aprovecho un tanto. Eso lo reconozco. Sin embargo, hijo, en esta oportunidad sí que es algo que te pido con todo mi corazón para una amiga de pupitre-

-¿Pupitre? Hablas de la prehistoria, mamá-

-¡Qué barbaridad! Ni que fuésemos dinosaurios. Sólo somos mayores y Clara y yo pues bastante-

-No acierto a saber quién es-

-Bueno, es lógico. Hace muchos años que dejamos de tratarnos y sólo una casualidad quiso que ayer mismo nos encontráramos en la consulta del podólogo-

-Bueno, un sitio poco casual-

-Y que lo digas, hijo. Las dos necesitamos un trasplante urgente de pies. Manos mal que el médico, un muchacho así como tú, de tu edad, muy simpático, tiene las manos de Santo. Y me deja los pies fetén para una buena temporada. El caso es que primero tuve una alegría enorme al encontrarme con mi amiga, pero todo lo contrario al charlar un rato en confianza con ella después de que la noté triste y así se lo dije-

-Mamá, veo que no sólo a mí me ves triste. Y es que la gente, incluido yo, no puede estar bailando todo el día. Tiene sus bajones de ánimo, sus problemas, sus...-

-Pues es verdad. Ya sabes cómo soy y todo lo contrario a tu padre, que en Gloria esté, y tú sales a él ¿Sabes? También tenía esos prontos de ira y esos aires de melancolía que de vez en cuando te atacan-

-Que no, mamá. Que no es eso que dices. Mejor llámalo acreedores-

-De acuerdo. Pero cuando no los había no me discutas que te ponías así sin un motivo aparente y...-

-Bueno, no me psicoanalices y háblame de tu amiga Clara, de la que sé ya cómo también necesita un podólogo a tiempo completo como tú-

-Ya me dirás cuando llegues a nuestra edad, hijo-

-No creas, a veces pienso que debería hacer una visita para que me dieran un buen repaso a mis pies. En eso, ya lo ves, voy a salir a ti-

-Pues no te arriendo la ganancia y yo a tu edad pues...-

-Mamá, céntrate y dime qué quieres. Cuando das tantas vueltas algo me huele a chamusquina-

-De verdad que seguiría de bromas, hijo, pero lo que tengo que contarte no tiene nada de eso. Te confieso que es lo peor que puede pasarle a una madre-

-¿Perdió a su hijo?-

-Te diría, con el corazón en la mano, que algo mucho peor-

-¿Se ha metido a monje de clausura? ¿Tiene doble vida y baila de “Drag queen” en alguna discoteca “after hours”? ¿Le gusta vestirse en sus ratos libres de Lagarterana?-

-Armando, por favor, que es una cosa muy seria...-

-Bueno, bueno, era sólo para que veas que estoy de buen humor y que, por muy surrealista que sea lo que quieres que haga para tu amiga prometo no perder los estribos...y hasta complaceros a los dos salvo que sea algo relacionado con perros o gatos huidos del hogar. Ya sabes que tengo alergia y la última vez estuve dos días con la nariz atascada con ese siamés del demonio que, para colmo, me dio dos gañafones que aún se me ven las cicatrices-

-Te garantizo, hijo, que nada de eso es. Pero déjame que te cuente cómo me la encontré en un mar de lágrimas y tuve que sacarla de la consulta para llevarla a una cafetería cercana donde le arranqué los motivos de que estuviera así. Entre sollozos me relató cómo Carlos, que así se llama su hijo, está en prisión desde hace ya dos años con una condena sin posibilidad de ser recurrida a dieciocho por el asesinato de la que fuera su novia, según me dijo una muchachita de nombre Beatriz Campoamor y...-

-Campoamor, Campoamor, Beatriz...¿A qué me suena ese nombre y...? Ya lo tengo, sí. Lo recuerdo ahora, mamá. Pues un asunto feo para el chaval, porque las pruebas eran tan concluyentes que no tenía escapatoria. Si te soy sincero y según lo que vi en la tele, escuché en la radio y leí en los periódicos, el caso estaba claro desde el primer momento. Además, teniendo en cuenta que era el único que tenía un motivo para querer acabar con la muchacha. Por lo visto eran novios y ella rompió la relación ¿No es así?-

-Tal cual lo dices, niño. Aunque Clara me jura y perjura que todo es mentira, que él la quería con locura y que jamás le haría daño. El caso es que ella le envió un mensaje y al día siguiente por lo visto Carlos se presentó donde trabajaba cuidando a un niño durante el verano en una casa cercana a Llanes...-

-Sí, recuerdo ese detalle, mamá. Eso fue precisamente lo que le ha llevado a la prisión, porque al día siguiente apareció el cadáver de la muchacha y las pruebas forenses indicaban cien por cien su autoría. Estaba sentenciado desde el primer momento y no tenía donde agarrarse para eludir el peso de la justicia. Me temo que ésta ha actuó con crudeza pero era la respuesta para el asesinato tan vil y cobarde de una pobre joven indefensa ante su ataque...-

-Pero su madre dice...-

-Vamos a ver, mamá. Otra vez te pido que te centres y no me quiero enfadar ni hacer una de mis escenas airadas. Métete en la cabeza que el hijo de tu amiga Clara, por muy buena que sea, por mucho que llore, por mucho que diga que su hijo es un alma caritativa, la justicia ha determinado que es un asesino y como tal le trata enjaulándolo durante una buena temporada a la sombra; alejado de tentaciones de repetir lo mismo con otra pobre inocente que se le ocurra mantener una relación, aunque sólo sea de amistad, con él. Convéncete de que es un psicópata y así actuó con saña tras verse rechazado por su novia. Eso mismo ocurre todos los días, y mejor que yo y tú no lo sabe nadie. Se termina la relación, por una causa u otra, y la gente se separa y sigue rumbos distintos. Pero no se dedica a asesinar por una simple ruptura-

-Armando, hijo, tú no has visto los ojos de mi amiga. No has escuchado su voz. No has tocado sus manos. Y te digo que si lo hicieras te convencerías de lo que ves imposible-

-Mamá, te lo ruego; no te pongas melodramática. No hay vuelta de hoja en este tema. Es cosa juzgada y además con sentencia firme de la más alta instancia. Ha tenido oportunidad de defenderse, de aportar algún tipo de prueba que le sacara de la incriminación, pero no ha sido así. Está claro que fue él, que contaba con un móvil, el cual nadie más tenía y que pudo hacerlo porque estaba en la escena del crimen justo a la hora en que se produjo ¿Qué quieres más?-

-Pues te digo que tengo la corazonada de que es inocente-

-¿Por las palabras de su madre?-

-No, Armando, sino por la seguridad en la inocencia de su hijo que me transmitió su madre. Y te digo una cosa. Si Clara tuviese un atisbo de que fuera culpable, no dudes que jamás se comportaría así. Nunca me habría mentido y, si me apuras, yo no me hubiera dejado engañar. Lo hubiera visto en sus ojos, hasta en el tono de su voz-

-Lástima que su abogado no te conociera en su día. Seguro habría echado mano de ti en los testimonios de la defensa-

-Pues te digo que no me hubiese importado hablar en el tribunal y romper una lanza por la inocencia de Carlos-

-¡Qué brava te veo, mamá!-

-Cuando se trata de una injusticia y además de ayudar a una amiga, no parto peras-

-No hace falta que lo jures-

-Bueno, hijo, el caso es que...-

-Ya, ya...no sigas. El caso es que quieres que esa mano que quieres echar a tu amiga, sea la mía ¿O me equivoco?-

-Bueno, sí, o sea...-

-No des más rodeos, mamá, que te veo venir. Te dije antes y te aseguré que no me enfadaría etcétera, etcétera, pero lo que adivino me vas a pedir es para romper la promesa...-

-Sólo es que revises el caso como criminólogo e investigador privado que eres y...-

-Vamos a ver, mamá. Enseño criminología. Soy un teórico, nada más y para jóvenes que aún se les cae la baba. E investigador privado si atendemos a los que estos años he realizado; apenas unos cuantos divorcios, por cierto mal remunerados, y algún caso de espionaje industrial, aún peor pagados. Pero nada que tenga que ver con asesinatos, crímenes y esas cosas ¿Qué podría hacer yo para ayudar a esa mujer y su hijo? Te lo diré: nada y, si acaso, alguna colleja de los investigadores oficiales. Y te repito que es cosa juzgada. No hay vuelta atrás-

-Pero no se trata de marcha atrás, hijo, sino de demostrar que él no lo hizo-

-Sí, claro, y ya está. Como si poner en pie todo fuera cosa de niños. Pon los tuyos en el suelo, mamá. Lo siento, pero no puedo hacer nada-

-Claro que sí puedes. Y te digo más. Esta es la oportunidad que siempre habías estado buscando desde que comenzaste a estudiar. Enfrentarte a un caso como éste, donde tienes todo en tu contra y sólo tu talento para resolverlo y salir victorioso y, de paso,

permitir que la justicia repare el daño causado a un inocente. Porque, hijo créeme, Carlos es inocente-

-Mamá, sólo con oírte creo que si fuera el juez habría puesto en la calle a ese muchacho. Pero debo decirte que no puedo ayudarlo. No tengo dinero, ni medios, ni acceso a un montón de sitios y cosas donde desmadejar el caso para, siquiera, ver un resquicio por donde rasgar en busca de una tabla de salvación para él. No, mamá, te lo digo sin aspereza; esta vez no es un minino en busca de hembras en época de celo, ni un perrito malhumorado y despistado en un parque; es algo intrincado y muy lejos de mis posibilidades. Lo siento de verdad-

-¡Un momento, un momento, querido! Piensa cómo ha llegado a tus oídos este caso, también cómo a la primera lo has recordado, seguro que en su día lo seguiste y como profesional habrías tenido tus ideas...-

-De acuerdo, sí, es cierto, seguí el caso y ya lo creo que tuve mis propias teorías, pero nada más...-

-¿Lo ves? Es una oportunidad de profundizar en él y aplicar al mismo tiempo todo lo que has aprendido y que no has tenido una mínima posibilidad de hacerlo. Armando, es tu última baza para demostrar al mundo y a ti mismo tu valía como investigador...-

-Mamá, no te enrolles ¿Qué me dices de oportunidad cuando acabo de conseguir un puesto de funcionario a tiempo completo? Ya no hay vuelta atrás para mí. Me espera el estrado, la silla y los gandules mirando al techo la mayor parte del tiempo. Las vacaciones en verano, las de Navidad, las de Semana Santa, las de...-

-Pues eso te digo. Ahora tienes tres meses antes de incorporarte si no me equivoco...-

-Algo menos-

-Bueno, creo que suficiente para meterle el diente a la investigación y...-

-Aún no he dicho que...-

-No digas nada. Hazlo y punto. Pero no por Clara, una anciana destrozada, una muerta en vida, ni por Carlos, un inocente sufriendo un castigo que tal vez merezca otro u otros, sino por ti mismo. ¿Recuerdas tu sueño? Armando Adaro, investigador privado-

-Algo muy lejano, mamá. Ya pasé esa página. No me pongas contra esas cuerdas. Es algo que tengo asumido y si me apuras, olvidado con tal de no hacerme más daño-

-¿Vas a perder este último tren? ¿De verdad te vas a rendir? Has sufrido años de penuria, primeros puestos en listas de morosos recalcitrantes, media Banca tras tus pasos intentando cobrar préstamos vencidos, y hasta una novia que te dio un alevoso y cruel plantón y, con todo eso, jamás te he visto flaquear; incluso luchando contra mis propias arengas intentando vencer tu contumacia en lograr ese sueño; lo cual reconozco pero al mismo tiempo justifico por mi deseo de verte feliz y con un futuro menos aventurero, más tranquilo y seguro-

-No sigas, mamá, por favor-

-¡No te reconozco, hijo! Si te vieras hace unos meses tan sólo, cuando estabas al borde del precipicio y sólo te quedaba yo para asirte y aun así, con medio cuerpo en el vacío, luchabas por cumplir ese deseo que todavía veías a tu alcance. Y fíjate ahora, apenas levantas la cabeza cuando me oyes decirte estas palabras-

-Mamá, te entiendo. Te doy la razón. Pero te repito que soy un...un...-

-Un investigador ¿O No?-

-Sí, pero ten en cuenta que para revisar el caso tendría que disponer de cierta cantidad...-

-Clara me ha dado este cheque para ti-dijo Teresa a su hijo mientras mostraba el documento y después lo ponía a su alcance encima de la mesa-Sigue-

-Pero, sí...bueno, aunque no es lo único. Tendría que desplazarme al lugar y...-

-Tienes una reserva a tu nombre en Poo de Llanes. En este documento tienes los detalles. ¡Vamos, continúa!-

-Pero...en fin, tendría que hablar con Carlos, para...-

-Clara ya ha acordado todo con su abogado. Tienes cita con él mañana al mediodía en la prisión-

-Mamá, sólo te falta decirme que tengo un coche ahí abajo esperándome-

-No, no, hijo, Clara me ha dicho que mejor vayas a recogerlo a su casa. Si no te es molestia, se entiende-

-Me dejas de piedra, mamá ¿Cómo...?-

-No preguntes. Trabaja duro, investiga y saca a ese pobre muchacho de la cárcel. Te aseguro que es inocente-

-No te prometo nada-

-No hace falta, hijo. Sé que lo vas a conseguir-

Capítulo II

Carlos Uría no gozaba de buena reputación fuera de la prisión de Villabona, y mucho menos en su interior. Lo cual no era una paradoja si se atendía al hecho de ser considerado como un frío asesino. Hasta él mismo, ya con la fuerza de la costumbre, se calificaba a sí mismo como tal. Era un ejercicio que su mente, castigada tres largos años crueles, había resuelto dar carta de naturaleza con tal de rendirse ante las evidencias.

Y era lo más recomendable para alguien -día, tarde y noche- asediado por sus mismos compañeros de presidio, recordándole su acción homicida, además de forma expresa aislándole, en el mejor de los casos, pero también amenazándole de vez en cuando, en el peor de aquéllos. Hasta temía por su vida y más cuando había momentos que estaba al albur de los instintos de verdad homicidas de algunos de sus compañeros, ardiendo en deseos de cobrarse una venganza para él mismo incomprensible en tipos sociópatas para los que la vida tenía tan poco valor, arrogándose la potestad de hacer justicia según su propio, y peculiar, código de conducta.

Aquella mañana, Carlos había despertado con un mal sabor en la boca y el ánimo destrozado con un grado más en la escala de la desesperación; sentimiento de cualquier forma habitual en él cada inicio de jornada. Mientras paseaba por el patio de la prisión mascullaba para sí, ajeno a los corros de facinerosos agrupados según su particular clasificación de etnia, si merecía la pena esperar a un nuevo amanecer allí encerrado, penando por un crimen nefando del cual sólo él tenía la certeza de no haber cometido.

¿O tal vez sí? Se preguntaba Carlos en uno de sus arranques de paranoia propiciada por ese sufrimiento lacerante, de noches y días soportando la herida supurante en su interior, ese hartazgo de incomprensión, ese dedo acusador hasta en el lugar más recóndito de aquella gran jaula habitada por la más baja de las raleas.

El dolor hacía mella de forma recurrente y aquel día no era menos. Incluso algo más. Era tan fuerte que nublaba su entendimiento y le hacía dudar hasta de sus recuerdos. Carlos frotaba sus manos al hilo de los paseos nerviosos que daba por el patio, en un desquiciado zigzag inacabable, y sus pensamientos vagaban por una senda densa y oscura, impidiéndole ver el horizonte y todo a su alrededor era la penumbra más ominosa.

Enfurecido, hacía esfuerzos titánicos para apartar aquella escena de pesadilla de su mente, sin conseguirlo y por el contrario hundiéndose poco a poco en un lecho de aguas pantanosas, sintiendo sus piernas atrapadas en el cieno maloliente, absorbido por una maraña de fétidos filamentos mancillando su piel, subsumiéndole en una vorágine de podredumbre, en cuyo fondo gelatinoso quedaría su cuerpo a expensas de minúsculos seres quienes, a una, durante toda la eternidad y como carcoma silenciosa e insistente le engullirían.

Aturdido, Carlos creyó durante fracciones de segundo ver sus manos ensangrentadas, el cuerpo inerte de Beatriz justo a sus pies, los ojos de su amada observándole sin vida, paralizados y ausentes, cuando su alma había abandonado aquel cuerpo soñado, acariciado con dulzura por sus manos.

Enloquecido, por un momento asumió todo aquello de lo que le acusaban, sintiéndose ese asesino que dibujaban las crónicas, que las autoridades policiales aseguraban era, que los peritos certificaban en gruesos dossiers sellados y rubricados, que los periodistas ansiosos de morbo exageraban en tertulias televisivas vespertinas entre anuncios de cosméticos y casinos virtuales alentando su linchamiento, que toda esa masa ciega de seres imbuidos de odio, abducidos por la sed de venganza, intentando desmembrar su cuerpo a poco que estuviera a su alcance en sus idas y venidas a los juzgados.

Apesadumbrado, Carlos regresó al presente cuando el sol venció el pertinaz velo de las nubes que, salvando los riscos del Monte Santo Firme, serpenteando junto a las riberas del río Frade hasta cubrir todo el valle al que le da el mismo nombre, llegaban desde el furioso Cantábrico, al que imaginaba rugiente y cruel; tanto como lo que le rodeaba. Echó de menos verle y escucharle, olerle y tocarle, andar por sus orillas para tomar después rumbo a las aldeas, a los pueblos, a los valles de esmeralda inmensos, arrullados, silentes al amanecer, dormidos en la anochecida tierna de las tierras sinuosas del norte.

Desesperanzado, ni siquiera contemplar aquel trozo de cielo azul intenso limpio de nubes retiradas con vehemencia por el cálido viento del sur de allende las montañas, apenas único aliciente de sus paseos, enmendó su ánimo cercano al abatimiento más severo, el cual propició se plegara su mente vencida a los planes para acabar con su propia vida.

No era algo nuevo y sí obsesivo durante los primeros días de la severa condena que cargaba a sus espaldas. Carlos, haciendo acopio de voluntad, en su día había logrado apartar las fantasías de romper el nexo con este mundo, con cercenar el débil hilo de la vida, con abandonar el mundo material y dejar que las sombras le envolviesen para apartarle del valle de lágrimas en el que penaba sin consuelo.

Derrotado, Carlos hizo un esfuerzo desmedido por acallar la voz interior, transmutada en poderoso clamor, la cual creyó diversificada en una siniestra coral amplificadas por el acompañamiento de una melodía surgida del inframundo, con la única misión de arrastrarle a los confines de aquél y en cuya oscuridad permanecería por toda la eternidad en un solitario páramo, salpicado de aguas corrompidas y hollado por deformes seres surgidos de sus entrañas pegajosas de hiriente olor azufrado.

Lloroso, mientras sus lágrimas emergían con fuerza inusitada y resbalaban en un viaje sin retorno por su rostro, Carlos deseó durante un instante desaparecer, fundirse con el cemento que sus pies recorrían con pasos inseguros, con el mortero de la enorme tapia desconchada por la humedad, desinhibirse de su cuerpo y dejar de pertenecer al mundo de los vivos para siempre; cerrar los ojos y dejarse llevar a mundos donde el dolor profundo cesara de martillearle, en pos de un bálsamo que lograra apaciguarle, borrar su mente de sufrimiento, de angustia, de zozobra continua.

Iluminado, con repentino furor, su mente encontró la solución para transformar las fantasías en una realidad. Sus lágrimas dejaron de fluir, sus músculos se tensaron, su rostro abandonó la laxitud y se contrajo en una mueca de ira incontrolable, impropia de él hasta ese mismo momento en el que comprendió cómo había llegado la hora de pasar al otro lado, de dejar atrás la tortura que el destino le había preparado ex profeso, de pisotearlo con saña, de escupirle en la cara, de esputar sobre ese futuro que se cernía entre rejas de acero y paredes de frío hormigón, con noches de duermevela y llanto contenido, de nostalgia y recuerdos, de felicidad añorada y desecha como un azucarillo.

Iracundo, parado junto a la gruesa pared del patio y frontera pétreo del presidio, observó desde su voluntaria soledad al tropel de sicarios, ladrones y asesinos arremolinados al otro lado del patio, quienes le lanzaban miradas de profunda animadversión. No era nada nuevo, pero en aquella ocasión eran pintiparadas para su objetivo. De esta guisa, Carlos apretó los dientes y apenas farfulló una jaculatoria cuando arrancó de improviso una veloz carrera sacando fuerzas de flaqueza y puso rumbo ciego al centro de aquella masa informe de cuerpos musculosos y rostros desafiantes.

Carlos tardó apenas unos segundos en cubrir el terreno y su primer contacto no pudo ser más afortunado para sus intenciones, ya que golpeó con su impulso al cabecilla de todos aquellos maleantes, quien fue a dar con sus huesos metros más allá con una brecha en la cabeza que dejaba ver nítido su cráneo asomando entre el cuero

cabelludo bien rajado.

Todo había salido bien, y ese fue precisamente el pensamiento tal vez postrero de Carlos justo antes de recibir el primer golpe en la boca de su estómago de un individuo que casi le doblaba la altura y cuyas manos podían rodear su cabeza sin esfuerzo. Sin embargo, no fue ese el golpe que le noqueó y sí otro lanzado por alguien más cobarde a sus espaldas y dirigido a su nuca. Con éste certero porrazo, Carlos cayó al suelo de boca y tras esto, una veintena de secuaces y machacas del cabecilla herido y al parecer fuera de juego, cayeron sobre él para patearle sin desmayo durante minutos interminables, en una orgía de violencia desatada por la hemorragia que manaba con fuerza de su cuerpo por entero hasta el punto de cubrir las ropas de la turbamulta cuyas piernas le golpeaban una y otra vez, tiñendo de rojo zapatos y botas.

Recobró un momento el sentido Carlos y, volviéndose para observar a sus verdugos, se sintió feliz mientras el más cobarde de todos aprovechaba para partírle en varios trozos su nariz y después pisotearla, momento en el que la consciencia hizo mutis por el foro y la nada al fin le envolvió. Cesó el alboroto en sus oídos, sus ojos dejaron de percibir lo material y su piel dimitió de esa desagradable tarea de mandar a su cerebro, dormido de manera irremisible, aquellos punzantes dolores.

No obstante, esa apariencia de limbo pareció desvanecerse cuando Carlos se encontró a sí mismo recorriendo las sendas del Campo de San Francisco de su Oviedo natal, patria chica entrañable y escenario de momentos felices de su niñez y adolescencia ya al lado de su amada Beatriz, en un día de nubes caprichosas jugando a marear al sol ascendente en la cúpula celeste con rumbo decidido pero incapaz de ganarles la partida. La alegría pareció invadir a Carlos y hasta creyó que ésta era algo consistente y cómo fluía desbocada por sus venas, inundándole todo su ser.

El viento, compañero infatigable de esas descaradas y etéreas formaciones níveas del cielo, hacía que los hieráticos álamos del paseo del mismo nombre se combaran como queriendo presentar sus respetos ante su vuelta improvisada, surgida de la nada; tal como él mismo tenía que reconocer.

Apenas unos instantes después, Carlos se adentraba en los profundo del parque, jardín de corte inglés, frondoso y a veces caótico en su estructura salpicada de islas repletas de mil y un tonos verdes, triunfante sobre la amalgama floral que amenazaba con su poder efímero, surgido a lomos de la bonanza de la tímida primavera que había presentado ya sus respetos.

Carlos quiso creer que su piel se erizaba, o al menos esa fue la sensación que tuvo al percibir aquel perfume mil veces olido en la piel de su amada. Porque olía a ella, a su estela cargada de ese aroma a flor misteriosa, surgida en la noche mágica del trópico, a limón y a jazmín, mezclados como en un crisol con la dulzura de la orquídea y el lirio; de forma compulsiva, embriagado de su olor, la buscó de un lado a otro pronunciando su nombre: *¡Beatriz! ¡Beatriz!*

Sin respuesta, obsesivo anduvo de senda en senda, de fuente en fuente, cribando cada rincón de aquel remanso en medio de la urbe sin hallarla, sin acariciar su cuerpo, sin rozar sus labios, sin escuchar su voz, sin sentir su cálido abrazo. En vez de alcanzarla, observó con temor cómo todo a su alrededor se iba desvaneciendo poco a poco, y el cielo tornaba del azul a un gris tan amenazante como indecente, apagando grosero los colores y difuminando el horizonte. Carlos comprendió que era el final, la antesala del encuentro con lo desconocido y, de manera previsible, algo terrible le esperaba cuando la luz fue vencida y un manto opaco nubló su entendimiento.

Capítulo III

Armando Adaro tenía dos fobias de las que se confesaba incapaz de superar. Una estaba relacionada con esos seres de ocho patas y quelíceros ponzoñosos, de los que hasta pronunciar siquiera su nombre le producía un ligero temblor. De cualquier forma, esa sensación podría catalogarse como soportable si la comparaba con el otro tipo de aversión y, justamente en aquellos momentos, tuvo que reconocer que le atacaba con toda su fuerza.

Sintió como si sus piernas fueran incapaces de sostenerle, asaltadas por un mal repentino que les impidiera recibir a sus músculos la sangre regenerada de oxígeno. Al mismo tiempo, su garganta se secó de repente y un sudor frío perló todo su cuerpo agudizando la palidez de su rostro hasta desdibujar el color de sus labios, cenicientos y contraídos.

Armando hizo un esfuerzo por no caer allí mismo, a la vista de las personas que en ese momento se encontraban por uno u otro motivo en el recibidor de urgencias del Hospital Universitario de Oviedo, para lo cual encontró un improvisado apoyo en uno de los mostradores al que se aferró con la respiración entrecortada. Por un momento el desmayo apareció como posibilidad para el joven criminólogo, al abrirse una de las puertas automáticas que daban acceso a las instalaciones del centro sanitario y los efluvios de su interior inundaron su olfato.

Armando, apoyado en el mostrador con toda la fuerza que le quedaba disponible, asido con las manos sudorosas, dejó de percibir la realidad durante unos segundos y, en vez de la algarabía propia del lugar con una mezcla de empleados al borde del ataque de nervios y familiares de pacientes tan ojerosos como cabreados, aparecieron ante sus ojos otras imágenes bien distintas en las que su propio padre yacía en unas de las camas de aquel mismo centro sanitario y le dedicaba una mirada tierna, mientras le acariciaba, para después besar sus mejillas infantiles con labios demacrados. Armando vio a su madre al lado, apenas una treintañera con mirada lacónica y una profunda tristeza dibujada en sus facciones de las que la luz de la alegría parecía desbancada por un sombrío presagio acechante. Y volvió el olor de aquel lugar; ese olor que lo inundaba todo, que se metía hasta lo profundo de su cuerpo, que se adhería pegajoso a sus manos, que exhalaba su misma piel, que parecía ver recorrer veloz la estancia como heraldo de mal agüero.

-¡Señor! ¡Señor!-escuchó en la lejanía Armando.

-¿Se encuentra bien?-oyó la misma voz, pero en esta ocasión ocupando todo el espectro de los sonidos que su sentido del oído podía captar, además sobreponiéndose al estruendo de conversaciones enconadas que, a sus espaldas, tenían lugar y de nuevo se hacían patentes en aquel lugar de techos bajos, donde retumbaban sacudiéndole los oídos y logrando que un leve pero insistente dolor de cabeza le atacara silencioso.

-Sí, gracias, muchas gracias-respondió al fin Armando deshaciéndose de aquella ensoñación de tristes recuerdos traídos en volandas a su mente, a la vez que conseguía con la sangre volviendo a sus mejillas incorporarse y ofrecer una estampa acorde con su edad y fortaleza.

-¿Quiere un vaso de agua o...?-

-Nada, no se preocupe. Ya estoy mejor. Ha sido la tensión y, bueno, está cargado aquí el ambiente-respondió, la verdad que aún algo aturdido pero con los pies bien asentados en el suelo y sin apoyarse, al celador que amable se había percatado de su estado paupérrimo y casi de ingreso en aquel lugar; a la sazón un hombre de aspecto famélico pero de ademanes vigorosos, con grandes entradas en el pelo y dientes de fumador empedernido.

-¿Armando Adaro?-escuchó después Carlos a sus espaldas, al mismo tiempo que se marchaba tranquilizado el celador. Al volverse se encontró con un hombre de mediana edad, elegante cartera de piel en ristre haciendo juego con los Lotusse que calzaba, traje de ejecutivo, corbata de Hermés, Rólex Daytona en la muñeca y corte de pelo a la navaja.

-Sí, soy yo-respondió Armando pensando a la vez que aquel compendio de lujo hacía contraste con él mismo, y no le faltaba razón puesto que vestía unos vaqueros pasados de moda y deshilachados en las bajos, una camisa con cuellos que habían tenido mejores jornadas y una chaqueta que le quedaba tal si fuera de su hermano mayor, si es que lo tuviera, acompañado todo de zapatos, aparte de necesitar una limpieza a fondo, con suelas tan gastadas que apenas le evitaba cualquier desnivel del suelo por el que pisaba.

No obstante, tenía que reconocer que lo más chocante era el aspecto tan cuidado que ofrecía la cabellera de aquel individuo en contraposición a la suya, donde no sólo la desorganización era su seña de identidad sino los rizos enormes que se escapaban a cualquier intento de domarlos a la hora de cada día enfrentarse a ellos ante el espejo. De forma simultánea sumó el valor de cuanto aquel tipo, quien le observaba con cara de perplejidad, llevaba encima y convino consigo mismo que multiplicaba por mil el saldo de su cuenta corriente; lo cual no era nada difícil dado que éste era cero; por lo menos hasta la fecha y sin incluir los embargos de cuantos bienes poseía cuales eran igualmente cero, por supuesto exceptuando la cantidad que la madre de Carlos Uría había tenido a bien poner a su disposición y que, en previsión de que algún acreedor cayera sobre ella, la llevaba bien guardada en el bolsillo del pantalón escrita de puño y letra en un goloso cheque al portador.

-Le estaba esperando-se arrancó de nuevo aquel hombre, quien se mantenía con gesto serio a una prudente distancia observando la pinta de Armando-*Disculpe que no me haya acercado antes. Es que pensé que venía a ver un...*

-No se preocupe, ¿señor?-le interrumpió Armando con una gesto de comprensión.

-Landáburu, Ignacio Landáburu, abogado de Valdés y Asociados, encantado de conocerle-dijo el leguleyo presentándose al fin y añadiendo la entrega de una tarjeta de visita con un diseño exquisito, en color crema y relieves en color, donde su nombre en letra inglesa aparecía en el centro.

-Igualmente. Ya le digo que no me extraña que haya pensado que era uno de los pacientes. Le confieso que tengo un problema de ansiedad cuando visito cualquier centro sanitario y, en especial, éste-respondió Armando tomando la tarjeta y sin poder corresponder ya que era un gasto que había tenido que recortar, a tenor de su economía de guerra.

-Le entiendo, a mí me pasa lo mismo-

-Pero no creo que como a mí. En fin, es algo con lo que tengo que convivir. Bueno, esperaba encontrarme con...-

-Sí, sí, señor Adaro, usted creía que Don Esteban Valdés sería quien acudiera hoy. Pero ya ve que no, puesto que está atendiendo otros asuntos urgentes. Si le parece, salgamos un momento. Aquí creo que nos volveremos turulatos con esta escandalera-le invitó el abogado a abandonar el recibidor de urgencias, lo que agradeció sin decir palabra Armando y obedeciéndole ipso facto.

-¿Sabe ese detalle la madre de Carlos Uría?-habló muy serio Armando ya aislados en el exterior-Quiero decir que el señor Valdés ha delegado en usted los temas relacionados con su hijo. Y se lo pregunto, abogado, porque me imagino que con lo que le pagará a vuestro bufete se merecía que...-

-Bien, es su opinión-cortó en seco el insidioso comentario de Armando-Todos los miembros del bufete somos un equipo y...-

-También es su opinión y no creo que la señora estaría en desacuerdo

conmigo-interrumpió Armando devolviendo el golpe-En mi caso creo que solicité, y ella en su nombre así lo hizo, entrevistarme con el titular del bufete, o sea el señor Valdés, quien al parecer tiene otros asuntos más urgentes que atender, pero bien que cobra suculentos honorarios y además por dejar que uno de sus defendidos permanezca en un módulo de tanta peligrosidad en la prisión-

-Permítame decirle que no lo veo así y...-

-Pues permítame a mí dudar, abogado, ya que dejando aparte ese detalle de dejadez en este asunto, propiciando que Carlos Uría acabe malherido en una cama de este hospital y gracias a Dios vivo aún, por mi parte pedí hablar con quien llevó el caso ante los tribunales-

-No se exaspere, joven-pareció cambiar de estrategia y suavizar su discurso Landáburu, incluso dejando esa pose de superioridad que había exhibido desde su encuentro con el criminólogo -Entiendo que se sienta defraudado, pero le tranquilizo en el sentido de que llevé el caso del señor Uría personalmente. Se hará cargo de que tanto el funcionamiento como la propia organización del bufete, y más con la proyección nacional de Don Esteban con cientos de casos encargados, no permiten que él mismo pueda acudir a todos, aunque sí por supuesto cuentan con su supervisión y...-

-Tal vez si no se hubiera limitado a supervisar, el veredicto del jurado hubiese sido otro-

-Me temo, señor Adaro, que era tarea bien difícil y esto se lo digo en confianza y con conocimiento de causa. La fiscalía lo tenía todo de su parte puesto que las pruebas contra nuestro defendido eran abrumadoras. Los investigadores hicieron un trabajo impecable y pudieron demostrar de forma fehaciente cómo se encontraba en el escenario del crimen de su prometida, Beatriz Campoamor, el día y la hora a la que se produjo. Incluso cámaras de gasolineras, decenas de cajeros automáticos y varios establecimientos comerciales dejaron plena constancia en sus grabaciones de su paso el día de autos. No, señor Adaro, no fue por nuestra ineficacia y, ya creo que no, por la dejadez en el asunto del titular de nuestro bufete. En su descargo le diré que trabajó día y noche por lograr salvarle aunque fuera aduciendo pruebas circunstanciales. Pero la suerte estaba echada y ni siquiera la actitud de Carlos nos benefició, ya que entró en un estado de melancolía severa el cual le impedía defenderse a sí mismo. Si a todo esto sumamos la presión sobre el jurado de los medios de comunicación, era inútil cualquier estrategia que propusiésemos en el equipo. Fue una historia para no dormir, en especial la televisión machacando de orto a ocaso en los programas más variopintos, en especial con un pésimo gusto los llamados del corazón, los cuales se enseñaron como auténticas hienas con Carlos y su familia. Se abalanzaron con una panoplia de entrevistas a personajes que nada tenían que ver, incluso con testigos falsos aparecidos de repente a cambio de algunas monedas por verter palabras traicioneras y malintencionadas, las cuales condenaban de forma injusta a nuestro defendido en programas de máxima audiencia. Ya le digo que fue un juicio paralelo, tal vez con más poder de decisión incluso del que la justicia llevó a cabo más tarde-

-Todo eso lo sé. También fui espectador en aquellos días y me escandalicé tal como ustedes. No obstante, me pregunto y le pregunto ahora si no tuvieron un equipo de investigadores...-

-Por supuesto, señor Adaro. Dos hombres a pleno rendimiento. Dedicados en exclusiva a revisar punto por punto lo investigado por la policía judicial-

-¿Sin resultado?-

-Tan sólo alguna divergencia en horas y algún que otro fleco, aunque insignificante y donde no pudimos agarrarnos en momento alguno del proceso. Todo inconsistente, sin enjundia para hincar el diente y abrir esa grieta de la sospecha a los miembros del jurado-

-¿Abogado?-escucharon ambos interrumpiendo aquella conversación. Al volverse

ambos, delante encontraron a un facultativo en cuyo bolsillo superior de la impoluta bata blanca y bordada en color verde con perfección artesana llevaba la leyenda "Dr. Samanés". Cincuenta y pocos años de edad, alto, delgado, de expresión adusta y manos de cirujano.

-Doctor, disculpe que me haya ausentado así pero, tal como comprobará, he bajado en ayuda del investigador Don Armando Adaro, a quien ha encargado la madre de su paciente, Carlos Uría, la revisión del caso. Permítame presentarle-

-Encantado de conocerle, doctor-dijo ofreciendo su mano Armando a lo que correspondió con idéntica cortesía el médico.

-La secretaria del departamento me había anunciado su llegada y, al no verle arriba y tampoco al abogado, no miento si les digo cómo he aprovechado para salir y dedicar unos minutos a fumar un pitillo y así dejar esta casa de locos-

-¿Fuma, doctor?-preguntó el letrado extrañado.

-Ya sabe, Landáburu, como dice el refrán popular "En casa del herrero, cuchillo de palo". Me siento incapaz de abandonar este hábito, que arrastro desde mis primeros días como universitario. Por cierto, quieren...-

-Gracias, pero lo dejé precisamente tras una charla de uno de sus colegas-apuntó el letrado con cierta chanza.

-Gracias, pero no fumo-respondió con una sonrisa Armando, quien no quiso desvelar cómo aquella adicción había llevado al camposanto a su padre, cuyas imágenes postreras aparecieron de forma fugaz aunque sin abstraerle de lo que hablaban tanto el médico como el abogado.

-Como le comenté hace un rato, doctor, el señor Adaro va a entrevistarse con su paciente. La verdad es que eso mismo iba a tener lugar ayer en el penal de Villabona, sin embargo las circunstancias han logrado apartarnos de las rejas de la prisión y cambiarlas por la habitación de un hospital-

-Veo una mejora en el entorno. Me parece un sitio horrible ese de la prisión y...-

-No crea, doctor, y hablo por los dos-

-Y que lo diga-saltó Armando.

-¿Son ustedes hipocondríacos? Bueno, no se apuren. Yo también lo era hasta que asistí a mi primera clase en la Facultad de Medicina-

-Digamos que la vocación hizo el milagro-

-Nada de eso, abogado. Más bien la cara de mi padre cuando llegué a casa ese día y escuchó mi renuncia a ser médico-

-No fue mal remedio, según lo visto-

-Ya me ve; casi treinta años de profesión y aguantándome a veces esa sensación. Pero lo fundamental es la costumbre, el trato, el tener al lado la enfermedad, el padecimiento; en fin, ya saben eso que tratamos en esta fábrica del dolor que tenemos a nuestras espaldas. Es tal vez lo mejor de este oficio, caballeros, la relativización de todo cuanto nos rodea. Así que libérense de esa lacra de la hipocondría y piensen que el destino está marcado y es inútil burlarle-

-En el caso de Carlos Uría ¿Qué me dice, doctor?-cuestionó Armando, al hilo de las palabras pronunciadas por el galeno con gran seguridad en sí mismo

-Bien, es cierto que el destino ayer estuvo a punto de alcanzarle. Y si le digo la verdad, con toda seguridad él, "motu proprio", aceleró su llegada-

-¿Qué quiere decir?-

-Pues ni más ni menos que intentó poner punto final a sus días. Aunque eligiendo una forma un tanto peculiar para suicidarse, si me permiten el término-

-¿Suicidio? Creí que me había dicho, abogado, que se había visto envuelto en una pelea...-

-Nada de pelea, señores-interrumpió el médico con decisión-Carlos Uría agredió de forma consciente y premeditada al cabecilla de la prisión. Nada menos que un búlgaro

que pasa por ser el jefe del clan más agresivo de sicarios del este de Europa. Y ya saben cómo se las gasta esta gentuza-

-Bien, es una hipótesis y...bueno, creo contar con información más fidedigna, tal vez más reciente que la suya-interrumpió al abogado, quien se tocó nervioso el cuello de la impecable camisa realizada a medida-Que sepamos en el bufete, ha sido un altercado en el que de manera fortuita resultó herido nuestro cliente-

-Landáburu, vamos a ver. Dejando aparte que los policías que le custodian han recibido información de primera mano de los funcionarios que vieron in situ la acción en la que resultó herido, y que gracias a su rápida intervención no pasó a mayores, como médico que le asistió puedo asegurarle que jamás he visto tal estropicio en una clásica pelea carcelaria. Es como si le hubiese pasado a ese muchacho por encima un regimiento de caballería, y los équidos se hubiesen dedicado a pisotearle con saña. Desde la coronilla hasta las uñas de los pies tiene magulladuras y, gracias a su juventud, se ha librado de ese fin que, sin ningún género de dudas, buscaba para sí-

-No creo que baste eso para apuntalar la tesis del suicidio de manera tan brutal-

-Bueno, abogado, me he reservado para el final confiarle que el mismísimo cabecilla búlgaro también cayó en mis manos, y en concreto su cabeza abierta, a la que tuve que coser durante un buen rato. Él mismo me aseguró que Carlos Uría se había abalanzado sobre él y había sido el causante de que los "machacas", como llaman en el argot del presidio a sus compinches, se lanzaron en tropel como una jauría enfiebrada para propinarle su castigo. Y ya sabe cuál es en estos casos-

-¿Conocía el bufete este extremo? Quiero decir la propensión de su cliente al suicidio-cuestionó Armando extrañado ante lo que oía.

-Para nada-

-De todas formas, abogado, me temo que es una negligencia por vuestra parte no haber mantenido la necesidad de aplicar el protocolo contra suicidios a este joven-respondió con crudeza esta vez el criminólogo.

-Esa contingencia tengo que confesar jamás se contempló. Hasta el momento no había indicios. Aunque sí ciertos síntomas depresivos en él. Pero lo achacamos a la desesperanza que le produjo que el Supremo rechazara las alegaciones presentadas por nuestro bufete y diera firmeza a la sentencia de la Audiencia.

-Deberían haber previsto lo apuntado por el señor Adaro, abogado. Y en particular si habían constatado esa incipiente depresión-

-Bien, caballeros, acepto vuestros tirones de oreja y nos pondremos en ello para que se aplique en cuanto se reponga Carlos ese protocolo y...-

-¿Para qué?-interrumpió Armando gesticulando con la mano -Como bien sabe, señor Landáburu, si Carlos Uría regresa al penal es hombre muerto. Nada más pise el umbral. Y tal vez eso a él mismo le satisfaga-

Capítulo IV

La oscuridad pareció batirse en retirada y el ruido sordo del profundo silencio dejó paso a un suave murmullo, apenas un susurro en la lejanía, a modo de bisbiseo ininteligible. Carlos quiso con todas sus fuerzas concentrarse en su entorno, en fijar sus sentidos en las formas indefinidas que iban tomando cuerpo de forma tímida en lontananza.

Una sensación frustrante le inundó, sabiéndose aun habitando el mundo de los vivos, en cuanto aquella tenue luz se convirtió en una potente fuente de energía y los objetos antes intraducibles pudo identificarlos y catalogarlos como los de una sala de recuperación de cualquier hospital que se preciara. Sintió un irrefrenable deseo de llorar, aunque sin conseguirlo. Y no sólo por el dolor interno, ese que comprobó seguía martirizando su mente, afincado en sus neuronas cautivas de la melancolía, sino también por su parte carnal; ese cuerpo magullado entero, tal si mil saetas se hubiesen incrustado a lo largo de aquél hundiendo su afilada punta con singular tino.

Para Carlos volvía la angustia cuando, ya despierto, pudo ver con claridad la habitación y a la enfermera que trasteaba a un lado de su cama. Para consolarse, hacía cábalas sobre si su estado fuera crítico o, al menos, las coces y puñetazos de los enfurecidos bandidos habrían provocado heridas internas que acabarían pronto con sus huesos calcinados en el crematorio. Ese era su deseo más ferviente y rezaba para sí con tal de que se cumpliera pronto y, en particular, antes de que recobrar las fuerzas.

Observó en silencio -consciente de que su cuello estaba atrapado por algo que no podía advertir pero sí imaginar que era un collarín propio de las lesiones cervicales- las idas y venidas de la enfermera e intentando escabullirse de su vigilancia. Pero fue inútil, puesto que sin poder evitarlo la joven enseguida advirtió con cierta alegría en su mirada cómo Carlos despertaba de nuevo a la vida. Sonrió la muchacha, no demasiado alta, ni tampoco baja, de pelo recogido castaño muy claro, delgada y vivaracha, con ojos grandes y expresivos a juego con el color de su cabello, para después tomar el teléfono.

-¿Charo? De la 426; "porfa" avisa al doctor Samanés...sí, sí, ya ha despertado...anda, date prisa-

-¿Me oyes?-preguntó la joven tras colgar el teléfono con voz susurrante ya acercándose a Carlos.

-Alto y claro-respondió el muchacho, haciendo un esfuerzo por articular las palabras y sin caer en la descortesía exhibiendo cierto humor luchando contra su ánimo por los suelos.

-Pues empezamos bien-pareció aliviada la muchacha-Creíamos que te ibas a quedar como una tapia después del repaso que te han dado esos brutos-

-¿Voy a morir?-le preguntó en seco Carlos.

-Pues por supuesto...y yo también, y esos que andan por ahí fuera, y los de la calle...en fin, nadie se va a librar. Pero, si a lo que te refieres es a ti en particular, te puedes quedar tranquilo en que, seguro, la vas a palmar tarde o temprano; aunque no hoy, ni próximamente. La mala noticia es que te han dejado para el arrastre y me temo que vas a pasarte una buena temporada en mis manos y las de mis compañeras a turno completo. Tienes tantas heridas y huesos rotos que casi tenemos que recogerte con cuchara. Bueno, sin bromas, necesitas un tiempo prudencial para recuperarte y después otro período para que la rehabilitación haga su efecto. Y no pongas esa cara, hombre, peor hubiese sido quedarte en el sitio después de la paliza monumental que te dieron-

-Eso pretendía-

-¿Entonces, es cierto? Andan los dos polis de ahí fuera diciendo que lo hiciste a propósito eso de darte de hostias con el búlgaro-

-Ya lo creo que sí. No merece la pena seguir viviendo-

-Pues díselo a los de la planta de arriba. Sin pelo y comidos de dolores. Les queda un telediario y ahí están, luchando a brazo partido con tal de ganar un día más en este valle de lágrimas-

-Pero son libres. Nadie les ha acusado de algo que no han hecho. Nadie les ha dado la espalda. No están solos. Nadie piensa que son asesinos-

-¿Libres? ¿Acusaciones? ¿Quieres que le preguntemos si esos de la planta de oncología se cambiarían por ti? Tú a su calvario con la enfermedad y una muerte a fecha cierta, y ellos al presidio. Pero sanos, vivos, con la vida por delante, incluso entre rejas, afrontando un mañana libre de dolor ¿Crees que no habría candidatos? Pues te aseguro que se arremolinarían en esa puerta para hacer el canje. Cuando vuelvan tus fuerzas a los músculos y los huesos fragüen, da un paseo y observa su entereza, sus ganas de vivir, su alegría por cada minuto que arrancan a ese destino que tienen marcado. Tal vez eso te haga reflexionar y valorar el don de esa vida que tienes y que aún conservas. Comprendo tu desesperación y desconozco si tu pena es merecida. Pero te animo a perseverar por convencer a todos de tu inocencia si es así. En caso contrario, si eres un asesino de verdad, reconócelo. Sé valiente y afronta el castigo. Enmienda tu ánimo. Sal cuando la justicia te ha marcado y limpia con buenas acciones el mal que has hecho. Si lo has hecho, claro está-

-¿Quién eres?-

-No me jodas con esa pregunta. Creí que te habías despertado ¿Qué piensas sobre mí? ¿Qué soy alguna aparición? No te hagas ilusiones y nunca mejor dicho. Me gano la vida así y mi turno termina dentro de cinco minutos. Así que deja que haga mutis por el foro y mañana quizás podamos seguir hablando. Además, tengo hora con el dentista y que recoger ropa de la tintorería; eso sin contar que tengo que dar de comer a mi gata”.

-¿Y mi madre?-

-¿Tu madre? ¿Ahora te acuerdas de ella? Menudo disgusto le has dado. Pero quédate tranquilo. Estuvo aquí todo el día contigo hasta que tuvo que marcharse a casa un rato. Había pasado uno noche fatal ¿Sabes? Pero volverá dentro de un par de horas. Ya le hemos avisado de que estabas volviendo en sí. Y ahora me voy. Chao. Por cierto, me llamo María Isabel, pero sólo mi madre me llama así. Para ti, que ya eres mi amigo, Maribel-

-¿Amigo? ¿Incluso siendo un asesino?-

-Bueno, nadie es perfecto-le soltó Maribel dándose la vuelta y abriendo la puerta de la habitación, cruzándose con el doctor Samanés, Landáburu y Armando, quienes cedieron el paso a la joven que lo agradeció en silencio con una sonrisa.

-¿Qué tal se encuentra, Carlos?-preguntó el médico acercándose y tomándole el pulso.

-Me duele sólo cuanto me río-soltó Carlos dando muestras de cierta mejoría en su ánimo.

-¡Vaya, joven! Sí que empezamos mejor que lo dejamos. Al menos veo que recobra el sentido y de paso el humor, lo cual es buena señal-

-¿Cuándo volveré a la cárcel?-

-¿Volver? Creo que no le soltaremos nosotros durante una buena temporada, Carlos. Se va a librar del rancho algún tiempo. Aquí le cuidaremos bien y, en su día, podrá regresar a cumplir su condena a pie y no destrozado sobre una camilla tal como salió. Y no se apure, las dos personas que me acompañan están dispuestas a hacer lo imposible para que no tenga que ingresar en Villabona. Ya sé que tal vez tenga su madre que ir a visitarle a otra más lejana, pero no se le escapará que ese individuo y sus secuaces no cejarán en el empeño de liquidarle nada más ponga un pie en su celda-

-Quiero cumplir la condena allí, doctor. No quiero ir a otra cárcel-

-Pero, muchacho, usted les conoce. Son gente sin nada que perder y con condenas máximas. Una más por asesinato no va a alargarles las vacaciones en el presidio. Les sale gratis. Y fíjese cómo le han dejado. Dé gracias a Dios que los funcionarios le vieron correr por todo el patio y eso les puso en guardia de lo que iba a hacer-

-No, no, doctor, por favor. Quiero volver. Quiero acabar allí de una vez. Cúreme cuanto antes y regresaré-

-Veo tozudez en sus palabras, joven. Y no crea, que ya adivino sus intenciones. Sepa que mi misión es, ante todo y sobre todo, salvar vidas. Y eso voy a hacer con usted. No permitiré que terminen lo que empezaron esos tipos. De cualquier forma, antes tengo que dejar su cuerpo tal como era antes de esa fenomenal paliza que, si fuera yo, estaría a tres metros bajo tierra. Su juventud y fortaleza le han salvado. También la providencia y sus motivos tendrá. Tenga fe y luche por su vida. Es un bien que debe salvaguardar, hasta en la peor de las adversidades. Y ahora, permítame presentarle a un miembro del equipo de abogados que lleva su caso, señor Landáburu...-

-Le conozco-interrumpió con rudeza Carlos-La última vez que le vi me dijo que me declarara culpable...-

-Bien, era una estrategia de...- comenzó a decir Landáburu.

-¿Estrategia? Pues mire la estrategia cómo ha quedado-replicó Carlos al letrado con una mirada acusadora y llena de rencor.

-Bien, también le presento-intervino para calmar los ánimos el médico -al investigador que se ha incorporado al caso a instancias de su madre, Armando Adaro-

-Disculpa que no me levante-dijo Carlos, volviendo a ese humor con un tono cáustico que no desagradó a Armando.

-Encantado, aunque me hubiese gustado conocerle en otras condiciones-respondió Armando exhibiendo su mejor sonrisa-De todas formas, si te soy sincero, una vez superada cierta reticencia a venir al hospital por temas privados, confieso que es mejor lugar para entrevistarme contigo. No hay nada más deprimente que un presidio y entiendo tu hartazgo de esa vida. Aunque no comparto esa forma drástica con la que pareces querías abandonarla. Vengo a revisar tu caso, a buscar cualquier tipo de indicio que pueda ayudarte a conseguir una revisión. No te prometo nada, y te digo de antemano que tu caso es cosa juzgada y removerlo costará cielo y tierra, y no es cuestión de dinero, sino de burocracia y de voluntades que, me temo, están en contra tuya de forma decidida. Pero te pido mantengas tu confianza en que el destino tal vez cambie la veleta de sus decisiones y, en esta ocasión, se muestre generoso.

-Bien, Carlos-tomó la palabra de nuevo el doctor Samanés -Dime si te encuentras con ánimos para atender a estos señores y, sobre todo, si te ves con fuerzas...-

-Disculpe, doctor-intervino Armando dando un paso adelante y colocándose a la cabecera de la cama-Debo dejar claro que cuanto tenga que hablar con Carlos será en privado. Y no es un capricho sino, como comprenderán al ser de igual modo profesionales en sus respectivas ramas académicas, necesito el amparo de la discreción en mis investigaciones. Por ello, y si no tiene inconveniente en este momento el paciente, les ruego abandonen la habitación y quede a solas con él para iniciar mis indagaciones en base a su testimonio como encausado y condenado-

-Déjenos solos, por favor-dijo Carlos en tono rotundo.

-No hay problema, muchacho. De todas formas, si se siente mal no dude en avisarnos-respondió el médico, quien salió de la habitación acompañado del abogado. Este último, bien ofuscado por la actitud tanto de Carlos como de Armando, no pronunció ni siquiera un amago de despedida y dejando patente la descortesía manifiesta e intencionada-

-¡Bravo, Armando!-dijo Carlos nada más cerrarse la puerta y quedar a solas-Has puesto en su sitio a ese mentecato de abogado ¿Sabes? Por respeto a mi madre no les di una patada en el culo a los del bufete. El socio principal de la firma, el tal Valdés, era

amigo íntimo de mi padre, que en paz descansa, y ya te puedes imaginar que no había forma de convencerla para que los mandara a freír espárragos. Han sido lo peor. A veces creo que por su culpa me condenaron. Ya sé que es una exageración, pero sólo estaban prestos para recibir los jugosos cheques de mi madre. Y que no fueron pocos y, te puedo asegurar, que ese Landáburu, que sabe Dios cómo consiguió el título, ya tiene lista la factura de muchos ceros por haber hecho un par de llamadas y conseguir la autorización del juez para que puedas entrevistarte conmigo. Eso es lo único que saben hacer: sacarle los cuartos a mi madre-

-Está bien, Carlos. Por ella, haz un esfuerzo. Piensa que Valdés, tal como comentas, es amigo de la familia y más si le recuerda momentos en vida de tu padre. Es comprensible que confíe plenamente en él y sus buenos oficios, aunque no sea así a la vista de tu situación. Sin embargo, seguí en su día tu caso y creo con la mano en el corazón que cualquier otro profesional no habría podido enderezar esa nave que ha zozobrado hasta terminar enjaulado dieciocho años en Villabona-

-No es eso, Armando. No son los años penando. Es la vergüenza que siento porque todos crean que asesiné a Beatriz. Ella lo era todo para mí. Era mi vida ¿Cómo iba a hacerle daño? No había nada más sagrado para mí que ella. Hasta mi madre se enfurruñaba cuando me veía tan colado. La verdad es que a ella jamás le gustó. Decía que era demasiado independiente, que no me merecía. Bueno, ya te imaginarás cómo son las madres...-

-¡Calla, calla! También lo sé-

-Pues mejor para que comprendas la situación. A veces me daban ganas de coger las cosas y largarme de casa. Era un día tras otro, sin cejar en el empeño de que la dejase. Te puedo decir que nadie más la odiaba como mi madre. Con decirte que dejó de hablarle y hasta me prohibió que fuese a casa. Y nada de lo que hiciera o dijera le parecía correcto, hasta el punto de criticarla en público, con los vecinos, con nuestros familiares, con nuestros amigos. No la podía ver, Armando. Y yo luché cada minuto que estuvimos juntos por ella, frente a mi madre y frente a todos. Incluidos mis amigos. Bueno, si se les puede llamar amigos puesto que no me ha quedado ni tan solo uno después de la condena. El caso es que tampoco actuaban bien por nuestra relación y le hacían feos a cada momento. La situación se hizo tan tensa y desagradable que terminé por dejar de acudir a sus fiestas, por lo demás te imaginarás que muy decadentes; gente bien aburrída inventando gilipolleces y consumiendo alcohol y droga a tope. Te confieso que me sentí como alguien nuevo cuando me liberé de ellos y, sobre todo, de sus insinuaciones sobre Beatriz, sobre si esto, sobre si aquello. Ella era un espíritu libre. Tan era así que, teniendo su familia posibles, no permitía que le mantuvieran nada más que lo necesario e imprescindible. Así vivía, así estudiaba, así salía conmigo. Y nos conocíamos desde el bachiller ¿Sabes? Era un cielo, Armando ¡Cómo la echo de menos! Cada día, cada instante. Lo más jodido, chaval, lo que más me jode, lo que más me pone de los nervios, lo que me da ganas de salir de este puto mundo es levantarme por las mañanas y darme cuenta de que estoy olvidando sus facciones ¡Qué martirio! A veces me siento incapaz de imaginarla, de recordar cómo era. Y si esa sensación es como si mil puñales me atravesasen, Armando, no hay peor suplicio, durante mis días atrapado en ese agujero, que esos momentos en los que dudo de mí mismo. Quiero decir que, sabiéndome inocente de todo grado, tengo arranques en los que me veo a mí mismo quitándole la vida. Créeme, es algo horroroso y no sé cómo he llegado a este estado en el que he perdido hasta el control de mis propios recuerdos. No sé si me entiendes, Armando-

-Sí, sí, Carlos. Tranquilízate. Nuestra mente tiene esos desvaríos, esas salidas de tono. No es extraña esa sensación y te diré que, al contrario, muchos culpables fantasean con que son inocentes. Sin embargo, y no quiero alarmarte, ni tampoco introducir otro elemento que disturbe tu entendimiento, pero como profesional de la criminología te

diré cómo no es inusual que personas que han cometido crímenes execrables presenten lagunas en su memoria, efecto producido por su cerebro como defensa encubriendo sus acciones, y crean a pies juntillas en su inocencia más absoluta al no tener registro de lo acontecido y llevado a cabo.

-Entiendo, Armando. Pero puedo asegurarte no es mi caso, que soy inocente y que hay un culpable, o culpables si me apuras, andando sueltos por ahí-

-Sobre eso no hay duda para mí y, si como dices eres inocente, la tarea que me espera es encontrarle o, como también apuntas posible, encontrarles camuflados en sus respectivas vidas apacibles, integrados en la sociedad y hasta siendo ejemplo de urbanidad-

-Entonces ¿Crees en mi inocencia?-

-Hace diez minutos la verdad es que no ¿Para qué mentirte? Es más, había venido a este lugar sólo por complacer a mi madre, que si no lo sabes es compañera de la infancia de la tuya y por ese mismo respeto que tú sientes por la tuya, pese a sus errores, decidí aceptar este encargo. Aparte de eso, me lo tomé como un ejercicio un tanto de soberbia. Y no te escandalices cuando sepas que, aunque de forma rimbombante el médico me ha presentado como criminólogo, señor Adaro, apenas he sido estos años tras los estudios un mero investigador de tres al cuarto, enredando en casos que prefiero no referirte por su bajeza moral en la mayoría de las veces, y para añadir un poco de carnaza a mi confesión, te diré que otro motivo muy serio ha sido que tu madre ha extendido un cheque cuya cantidad excede con mucho lo que merezco. De todas formas, tras este despelote un tanto vergonzante a modo de autoflagelación ante ti, dejando que sepas de antemano quién soy y por qué estoy aquí ahora, no pudo negar que en este preciso momento, tras escuchar tus palabras y, en particular, mirarte a los ojos, creo firmemente en tu inocencia y en compensación por esos prejuicios voy a hacer todo lo que esté en mi mano para restituir tu nombre y darle una bofetada en toda la boca a la sociedad. Pero, amigo, no te hagas ilusiones. No soy Sherlock Holmes, ni Poirot, ni tan siquiera el Comisario Colombo. Y, la verdad Carlos, no he investigado un caso de asesinato en toda mi vida.

-Bueno, hombre, nadie es perfecto-

Capítulo V

Los tímidos rayos del sol del mediodía se atrevieron a iluminar la habitación de Carlos, logrando enmendar la plana a esa luz fría de los fluorescentes que daban un aire de oficina a la estancia. Esa calidez hacía juego con la corriente de amistad que había surgido en unos cuantos cruces de palabras entre los dos jóvenes; casi almas gemelas aunque en roles muy distantes.

Carlos, yaciendo incómodo, pareció olvidar su estado por unos momentos al encontrar una persona que, aparte su madre y su hermana, creía en él y lo que agradecía sin ambages. Tres años habían pasado para que algo así ocurriera y, como consecuencia de ello, una sonrisa había aflorado a su cara cubierta de arañazos y moretones, pómulos inflamados y nariz cubierta por gruesos esparadrapos que apenas le dejaban respirar. Esa señal inequívoca de su rehabilitación emocional fue lo que Armando, antes dudoso, había intuido era un gesto con una significación de gran calado para que se decantara por creer en su inocencia. Él mismo, mientras le observaba hablar, hacía un esfuerzo por meterse en su piel excoriada para entender ese tránsito por la calle de la amargura, ese ascenso al lugar de la calavera, ese tormento lento transitando la vía dolorosa de la incompreensión, esa crucifixión en el Gólgota a la que fue sometido, ese abandono de todos, esa culpa sobre sus hombros injusta y cruel, señalado para la eternidad.

-¿Tienes novia, Armando?-preguntó Carlos de forma repentina, consiguiendo sacar de sus pensamientos al nuevo amigo inesperado.

-Tenía-

-O sea, la mandaste a paseo y...-

-Nada de eso. Fue al revés-

-¿Te pasaste de la raya? Ya sabes lo que quiero decir...-

-Por supuesto. Pero no. No fue eso que supones. Igual que tú con Beatriz, sólo tenía ojos para ella-

-¿Entonces?-

-Un fulano con una abultada cuenta corriente, cochazos, viajes, regalos; en fin, lo propio de esos tipos crasos a base de engañar a la pobre gente y, además, unos padres machacándola día y noche con tal de que me olvidara-

-Y así hizo-

-Ya lo creo. Apenas un mensaje en el móvil ¿Sabes? Pero no le culpo de nada. Si te digo la verdad fue una buena decisión-

-¿Por qué dices eso?-

-¿Qué podría ofrecerle? ¿Qué podría compartir conmigo? ¿Tal vez los embargos que me llovían? ¿Los avisos de los acreedores que me acosaban? No había más futuro junto a mí-

-¿Te dolió?-

-No sabes cómo-

-Sí, sí. Lo sé y bien, Armando. Ahí empezó todo ¿Sabes?-

-Cierto, Carlos. Centrémonos en el caso. Si te parece, comienza por el principio y háblame de cuanto recuerdes y no olvides cualquier detalle, por muy insignificante que sea-

-Si supieras cuántas veces he hablado de esto-

-Sé que es doloroso y también cómo te presionaría la policía judicial, hasta tus propios abogados ineptos; pero entiende que es necesario que pongamos en pie de nuevo la historia tal como la viviste. Y esta vez, piensa que quien te escucha está de tu lado. Tienes que ser mi compañero de investigación, algo así como un ayudante ¿Qué te parece?-

-Claro que sí. Me caes bien, amigo-le soltó Carlos por respuesta y haciendo que, en

silencio, Armando sintiera verdadera compasión de aquel muchacho indefenso, vilipendiado, desamparado y desahuciado hasta por su propia mente, que le había llevado hasta el precipicio del suicidio. No estaba dispuesto a unirse al corro del apedreamiento y se vio a sí mismo como el Rabí de Galilea tomando un pedrusco y preguntando a la muchedumbre quién estaba libre de culpa.

-Pues no se hable más. Adelante y no dejes nada en el tintero de los acontecimientos que han terminado por llevarte a ese estado lastimero en el que te encuentras-

-Voy a intentar recordar hasta lo último que ocurrió aquel día. Maldito día, si me permites que lo califique así. Fue temprano por la mañana. Hacía ya un mes que Beatriz se había marchado a Llanes a trabajar. Había conseguido un buen empleo cuidando a un pequeño a la vez que enseñaba inglés, idioma que era su segunda lengua. Yo le había insistido para que no se fuese esos dos meses de verano, pero ni te imaginas el carácter tan fuerte y decidido que tenía. Todo lo que tenía de belleza se compensaba con genio y cabeza dura. Además, no le hacía falta el dinero-

-Entonces, Carlos ¿Qué le movió a irse a trabajar?-

-Pues ni más ni menos que su tozudez. ¿Sabes que no le permitió al padre pagarle ni una sola matrícula? Bueno, y mucho menos a mí-

-¿A tí?-

-Ya lo creo. Bueno, ya te imaginarás que mi padre al morir nos dejó una herencia que nos permite a mi madre, mi hermana y a mí mismo vivir con holgura y tal vez algo más, si soy sincero. Hasta que se produjo esta desgracia de la acusación de asesinato dirigía la constructora que poseemos; soy arquitecto y esa era mi ocupación. Con esto quiero decirte que le ofrecí costearle los estudios y demás, pero se negaba en redondo. Y lo mismo hacía con el padre. Decía que sería ella y su esfuerzo quien lo conseguiría. Y no andaba descaminada porque le quedaba sólo un año. Por eso quiso tener lo suficiente para dedicarse durante el curso sólo a estudiar y aceptó sacrificarse los dos meses de verano. En fin, no había mortal que pudiera con sus decisiones-

-Háblame de sus padres-

-Pues que, seguro, ahora me odian con todas sus fuerzas pero antes de todo me querían como a un hijo ¿Qué te digo? Algo más que eso, si me apuras. En especial su padre ¿Sabes? Hasta hacíamos viajes juntos y me tenía un aprecio como de su propia sangre. Estaba siempre de acuerdo en todo cuanto hacía o deshacía, lo que proponía, me invitaba día sí y día también a su casa y no dejaba de decirme lo contento que estaba con que fuera a ser la persona que se convirtiera en el marido de su hija. Y no te miento si te digo que el sentimiento era mutuo. Le apreciaba y le aprecio. Aunque no tengo oportunidad de decírselo. Eso es algo que me enerva, que me supera. No he tenido la oportunidad de hablarle tanto a él como a su madre y decirles que no maté a su hija. Que la quería y la sigo queriendo como el primer día. Que no la olvido ni un solo momento. Bueno, me estoy enrollando, Armando...-

-Tranquilo, hombre, haces bien en desahogarte-respondió Armando contagiándose de la emoción de Carlos, quien aparecía con los ojos lacrimosos y enrojecidos al ritmo de sus palabras.

-Bueno, dejemos esto y sigamos-se repuso el chaval intentando incorporarse un poco pero sin conseguirlo debido a los dolores que le aquejaban por todo el cuerpo-La cuestión está en que no hubo forma humana de pararle los pies en sus pretensiones y allá que fue Beatriz haciendo oídos sordos de nuestros ofrecimientos para, al menos, adelantarle el pago de las tasas de las matrículas que tenía que afrontar ese último año, en el que tenía marcado no sólo el curso en sí, sino también algún master que se le metió en la cabeza. Y lo hubiese terminado todo ¿Sabes? Era una fiera una vez que se ponía a hincar los codos. No había quien le ganara en eso. Tal vez le costaba un poco más las asignaturas técnicas, pero no eran obstáculo. Si era necesario se llevaba días y días sin pegar ojo con tal de aprobarlas. Y vaya que si lo conseguía. No he visto

nadie con esa voluntad de hierro. No exagero si te digo que le admiraba y, si me guardas el secreto Armando, era todo lo contrario que yo. Siempre fui un haragán...-

-A bueno fuiste a decírselo, amigo. Más vago que yo no creo que fueras-

-Creo que podríamos presentarnos ambos a un concurso de gandules y remolones-

-Creo que me llevaría el primer premio, sin discusión, Carlos-

-Pues es que no me viste en mis tiempos estudiantiles. A mi madre casi la mato de los nervios porque hacía de todo, salvo estudiar. Era como una alergia...-

-Yo le decía a la mía que me daba urticaria-

-Joder, Armando, coincidimos hasta en eso. Hubieras sido el colega perfecto en aquellos días de vino y rosas-

-Sobre todo de vino-

-Buena apreciación y te digo que de acuerdo. En fin, amigo, ya te digo que era un desastre frente a ella, quien era toda perfección, entrega, seriedad y, para colmo, era guapa y tenía un cuerpo de fábula. No veas cómo intentaba más de uno quitármela. Hasta amigos míos íntimos de juerga hacían lo imposible por tentarla con tal de que les cambiara por ellos. Y yo, sin exagerar, ni me daba cuenta. Bueno, siempre he sido un idiota. Un pardillo en ese aspecto. Cualquiera me la da con queso ¿Sabes? Pero Beatriz me lo contaba todo y siempre cuando alguno me cogía las vueltas e intentaba arrebatármela. Y así fue hasta el último momento-

-¿Qué quieres decir?-preguntó Armando al ver cómo se ensombrecía el rostro de Carlos y su mirada se perdía observando el cielo, a esa hora bien encapotado tal como podía divisarse desde el ventanal de la habitación orientada al sur.

-No quiero parecer un neurótico aguafiestas ¿Sabes? Ni un paranoico tampoco si me apuras; pero allí en la celda, día tras día, noche tras noche, no podía quitarme de la cabeza a uno del círculo de amigos que compartíamos Beatriz y yo, de nombre Luis Ángel Lamadrid. Nunca me cayó bien. Un típico niñato de papa, paseándose en su Audi R8...-

-Pero ¿Por alguna causa especial?-

-Se lo dije a esos picapleitos, por cierto al tal Landáburu de los cojones más de tres veces. Le advertí que le investigara-

-¿Era un pálpito? ¿Tal vez una corazonada?-

-Nada de eso, Armando. Una certeza-

-A ver, aclárate-

-Tres meses antes de aparecer asesinada Beatriz, ese cabrón había intentado forzarla en la entrada al edificio donde vivía...-

-¿Hay constancia oficial de ese ataque? ¿Lo denunció a la policía?-

-Nada, Armando. Y se lo dije cien veces. Hasta casi nos cuesta la separación. Pero no consintió presentar la denuncia. Decía que sólo había sido un intento, pero que cuando vio que ella se resistía pues que desistió y se marchó-

-¿Le hiciste, digamos, una visita a ese sujeto?-

-Eso es lo que me pedía el cuerpo, pero no tuve más remedio que aguantar la ira-

-¿Y eso?-

-Tenía que elegir entre partirle la cara o terminar con Beatriz-

-Sabía decisión-

-No sé, Armando. Tal vez no estaría yo aquí en esta deplorable situación y ella misma viva y feliz, si no me hubiera plegado a sus exigencias de no buscarle y devolverle la ofensa causada.

-La violencia sólo engendra violencia, Carlos-

-Pues en aquella ocasión la no violencia trajo consigo que un par de meses después lo volviera a intentar. Aunque esta vez sin bravuconería y, según me contó Beatriz, no tardó en darse cuenta de que jamás la tendría-

-Aparte de los leguleyos ¿Relataste estos episodios a la policía judicial y al juez?-

-¿Qué me vas a contar? ¿Referir esto? Tres, cuatro, cinco, seis ¿Yo qué sé cuántas veces? Sólo faltaba que lo proclamase en voz alta, pero incluso así nadie movió un dedo por lo que decía. Al señorito Luis Ángel ni siquiera le preguntaron por esos episodios. De todas formas, Armando, su papaito que tenía tentáculos políticos hubiera maniobrado con tal de que le dejaran en paz-

-¿Tenía?-

-Es que los padres murieron en un accidente de aviación. Ahora se dedica a gastarse su pasta-

-Entiendo. Bueno, hombre, en casos como estos los jueces y los agentes de la Ley no se dejan amilanar así como así-

-Pues en este caso te puedo asegurar que sí. Y si no, dime ¿Por qué no le preguntaron a ese niño dónde se encontraba aquel día?-

-Puede que haya un motivo y...-

-Pero, Armando, hasta yo mismo sabía por amigos en común que estaba en casa de sus padres en Llanes; o sea, apenas unos minutos de la escena del crimen. Era, y es, un sospechoso, aunque nadie quiera verlo. Y sí tenía un motivo: ella le repudiaba a cada momento. Jamás hubiera sido suya-

-De acuerdo, Carlos, visto así coincido en que puede encajar en el perfil de posibles candidatos a la sospecha. Déjame a mí y ya te contaré-

-Ten cuidado, amigo, ese es un cabronazo y muy violento. Además ya te he advertido de que tiene mucho dinero y es aficionado a comprar voluntades. Ándate con ojo-

-Tomo nota. Y ahora, Carlos, continúa el relato donde lo dejaste. Repasemos lo que ocurrió paso a paso-

-Volvamos entonces a aquella mañana en la que me levanté de la cama y, como de costumbre y creo que a ti mismo te ocurrirá, me lancé directo al teléfono móvil-

-Bueno, yo y todo el mundo-

-Me imagino. Es como un vicio ¿Sabes? Es de lo peor que llevo en el penal eso de no poder tenerlo. Pero sigo. El caso es que me encontré con un mensaje enviado por Beatriz al filo de las dos de la madrugada anterior. No le di importancia, y máxime cuando lo había hecho otras veces sabiendo que me levanto muy temprano para trabajar y elegía ese método tal vez para desahogarse un poco. Y no te extrañe porque el niño que cuidaba era de armas tomar, incluso con la fuerza de carácter que te comenté tenía Beatriz. Hasta me llegó a decir un día que le daban ganas a veces de tirar la toalla. Pero yo sabía que eran fuegos artificiales para aliviar la tensión y la responsabilidad, aparte de las ganas de darle un sopapo al niño ese. No se podía rajarse si quería pagar la matrícula y todos los gastos del curso y, en especial, ese último que pensaba dedicarlo sólo a empollar libre de pequeños trabajos esporádicos-

-¿Sólo se quejaba del niño?-

-A mí sí. No sé si a sus padres diría otra cosa-

-¿Actuaba así? Quiero decir dando dos versiones-

-Bueno, para qué mentirte, Armando. Sí, así es.

-No entiendo-

-Joder, pues que aparte de cabeza dura era diplomática cuando quería-

-Más turbio me lo pones-

-Hombre, que no era la primera vez que me decía una cosa y a los padres, pues otra y opuesta. La pillé en más de una ocasión. Pero, ojo Armando, nada serio. Sólo en temas nimios. Y lo hacía para no herir ni a ellos ni a mí-

-O sea que se reservaba información según el destino-

-Dicho así es correcto. Aunque suena un poco raro, la verdad. No era una espía, joder-

-Perdona, Carlos, es una forma de hablar. Traduciéndolo, Beatriz jugaba a contentar a todos sabiendo que refiriendo algunas situaciones podía herir susceptibilidades-

-Bravo, Armando. Eso ya se corresponde con la realidad. Tenía mano izquierda, si

quieres que también te lo traduzca. Sabía manejar a todos. Pero ya te digo que nada grave, sino esos pequeños asuntos en los que cada uno es menos flexible ¿Sabes?

-Entiendo-

-Además, yo jamás se lo tenía en cuenta y sabía a ciencia cierta que lo hacía así para no molestarnos-

-O sea, contemporizaba-

-Ya has dado con la palabra justa-

-Correcto. Bien, Carlos, sigue con lo que ocurrió más tarde aquella mañana-

-Nada bueno-

-Me hago cargo, amigo-

-No te puedes hacer una idea. Hasta aquel momento, de desbloquear la pantalla del móvil y pulsar la tecla de correo, mi vida era pura felicidad. Ni que decir tiene que con altibajos y alguna nubecilla de tormenta, pero nada inasumible ni insoportable, ni infranqueable. Y si a eso poníamos el cariño por Beatriz y, sobre todas las cosas, el que estaba seguro sentía ella por mí, cada amanecer era una bendición y una oportunidad para el gozo. Pero todo se derrumbó de repente al leer lo que había escrito. Un mensaje impropio de ella y tajante en su contenido-

-¿Podría verlo?-

-Me temo que eso es imposible, amigo. Ni Landáburu dejando por un rato su cachaza podría convencer al juez. Pero no pongas esa cara porque la memoria aún no me falla y lo tengo grabado a fuego aquí arriba-

-¿Te acuerdas de todo?-

-Bueno, hay truco porque no era demasiado extenso. Supongo que hizo un esfuerzo por no herirme demasiado y para las malas noticias eligió un sucinto mensaje contundente. De ahí que pueda conservarlo tal cual en el recuerdo. Decía así:

“Carlos, lo siento de verdad. Todo ha cambiado. Yo he cambiado. Las cosas han cambiado. Me he dado cuenta de que no te quiero o, al menos, lo que debo quererte para permanecer a tu lado. No es tu culpa y no te culpes. He encontrado a una persona y nada más. Y le quiero; como nunca he llegado a quererte a ti. Me duele decirte esto pero es mejor que lo sepas de mis labios que por terceros. Procura olvidarme cuanto antes. Ya soy historia. Tú para mí también. Adiós”-

-Pues a mí no me parece tan corto pero sí es cierto que tajante. Si me permites decírtelo, no se corresponde esa forma de expresarse con lo que me has referido de ella-

-De acuerdo, Armando, y eso tiene una explicación; aunque no sé si lógica. Fíjate que han pasado tres años desde que salió de mi vida de esa forma tan dura, tan abrupta, tan fría si me apuras; pero la sigo queriendo, chaval. Ya sé lo que me vas a decir y se parecerá a lo que mi madre no se cansa de meterme en el tarro: que si era una tal y una cual y que me dejó en la estacada y demás...pero la amaba y sigo amándola. No puedo remediarlo y ese mensaje te puedo asegurar que es de ella-

-¿No tienes dudas?-

-Ni siquiera una. Tal vez te he dado la sensación o bien he dibujado a Beatriz con cierto aire dulce. Nada de eso. Todo lo contrario. Esa seguridad en sí misma era lo que le caracterizaba y, si lees entre líneas, es lo que transmiten sus palabras escritas sin arrebatos; fríamente y sin motivos personales añadiría. Esa contundencia era propia de ella, de saber lo que quería. Y está claro que yo había dejado de ser objeto de su pasión y sí otra persona-

-¿Persona?-

-Bueno, joder, intento decir que no aclaraba si era hombre...o mujer-

-¿Y qué te hace decir eso? ¿Algún indicio por tu parte? ¿Algo que desconozco?-

-¡Coño! Armando, no eres un crío. La cuestión de las tías que les gustan otras tías está a la orden del día. En la Facultad no había pocas ¿Sabes? Y de buen ver-

-Me dejas un poco planchado. No se me había pasado por la cabeza que esa cuestión era una posibilidad-

-Bien, de acuerdo, no demos mayor importancia. El caso es que eran sus palabras. Si lo piensas con detenimiento, Beatriz quiso ser leal conmigo-

-Intuyo que te dolió leer aquello pero también que, al recapacitar, valoraste cómo lo hizo-

-Sin duda. Si vuelves a leer entre líneas sus palabras, estaba haciendo un esfuerzo para hacerme el menor daño posible. Sabía que su sinceridad terminaría por vencer la sensación de desdén que recibiría al tener esas noticias tan tristes. Pensaba en mí, Armando. Era ella. Te lo aseguro-

-Cerramos el tema. Me basta con tu apreciación y doy carta de naturaleza a su acción en el sentido que apuntas. Disculpa que me haya mostrado un tanto suspicaz y tal vez por esa idea, que has apuntado con buen criterio, de que tus palabras que antecieron sobre Beatriz influyeran en mí en un sentido que, en la realidad y en la crudeza de esa acción de cortar de repente vuestra relación, no me cuadrara. En cualquier caso, con claridad meridiana era ella quien escribió ese mensaje. Ahora continúa, Carlos-

Capítulo VI

-Pues imagínate qué despertar me dio aquella sorpresa-siguió el convaleciente Carlos su narración con buen ritmo y mejor humor, a la vista de la complicidad de su investigador de cabecera improvisado y en respuesta a un cada vez más interesado Armando zambulléndose en aquella historia; la cual a cada momento cobraba interés y se diluía esa especie de pátina de suposiciones preconcebidas, de las que él mismo se avergonzó en su interior.

-Macho, se me aflojaron las piernas y hasta las tripas, con decírtelo todo ¡Joder! ¡Qué mal rato pasé! Y que no te miento si te digo que lo leí más de veinte veces. Para colmo de males, como eran las siete menos veinte de la mañana me sentía incapaz de llamarla. Así que seguí mi rutina hasta que a las diez en punto no pude aguantar más y marqué su número. Como puedes imaginar ya, ni siquiera se molestó en coger la llamada. Y mucho menos las que hice después cada quince minutos. El caso es que sobre las doce, y tras no sé cuántos intentos, me mandó un mensaje, esta vez sí más seco y cortante en el que me decía que no insistiera más y algunas palabras que en este caso no recuerdo con exactitud pero que, más o menos, venía a decir como que no había marcha atrás en su decisión. Después, la tensión del trabajo, atender a proveedores, los jefes de obra detrás de mí y los problemas que te harás una idea tienen las promociones de viviendas hicieron que hasta las seis de la tarde no volviera sobre el tema; aunque estuvo latente en mi cabeza sin poder quitármelo. Una desesperanza que no fui capaz de desembarazarme de ella y, de cuando en cuando, me daban ganas de mandar todo al carajo, coger el coche y plantarme donde trabajaba Beatriz-

-Quizás ese impulso hubiese cambiado las cosas-

-Ni te puedes hacer una idea cómo, Armando. El caso es que la conocía demasiado bien, y su determinación era un rasgo que lo llevaba en los genes. Cuando decidía algo, poco había que hacer frente a su fuerza para acometerlo. Y algo como romper de forma repentina nuestra relación era una más de esas misiones que se autoimponía con un solo fin: hacerlo realidad. Confieso que esa fue la razón para no ir antes. Calculé al milímetro cómo sería su reacción y la inutilidad de cualquier decisión que tomase para reconducir el tema. No había salida y con esa idea transcurrió la tarde-

-Entonces, Carlos ¿Qué te impulsó a cambiar de estrategia y a llevar a cabo lo contrario que tu mente te dictaba?-

-La desesperación. No hubo otra causa. No pude aguantar y me lancé a la carretera como un poseso. Apenas bajé de los ciento ochenta por la autopista y llegué antes de las ocho de la tarde. No me costó trabajo encontrar la fastuosa residencia, ya que era tan evidente su presencia desde la propia carretera, y aunque me parecía violenta mi propia acción, la necesidad imperiosa de ver a Beatriz me impidió ser más cauto y no hacer eso que, en circunstancias normales, yo mismo sentiría una vergüenza extrema al irrumpir en un hogar extraño reclamando hablar con una de las empleadas-

-¿Y qué tal el recibimiento?-

-Pues, chico, todo lo contrario a lo que había pensado durante el camino hasta allí. La verdad es que son una familia formidable y me atendieron de manera soberbia. Me hicieron pasar al descomunal salón de la mansión, por cierto majestuosa y decorada con un gusto exquisito. El caso es que se excedieron en el buen trato, y eso lo imagino yo mismo, al ver en el estado en el que llegué. No pude disimular los nervios y la ansiedad por encontrarme con Beatriz. Tanto fue así que no había caído en que era su tarde libre. O sea que no estaba allí-

-Chasco morrocotudo y con la nerviosera seguro darías botes-

-Lo has descrito tal cual, Armando ¿Sabes? Hasta me hicieron una tila de cómo me temblaban las manos-

-¿Recuerdas si en el juicio rememoraron aquella llegada a su casa?-

-Ya lo creo. Y no variaron una coma de lo que te estoy relatando. Pero ni fu ni fa. O sea que su testimonio ni me ayudó ni me perjudicó. Pasó sin pena ni gloria y ni mis abogados ni el fiscal hurgaron más-

-Bien. Entonces te atendieron y...-

-Y nada porque, tal como te referí, era su día de asueto y desde el almuerzo estaba Beatriz fuera y, como es lógico, desconocían dónde podía haber ido. Sólo apuntaron la posibilidad de que estuviera en el puerto de Llanes, adonde la habían acercado en coche-

-¿Me decías que era Poo de Llanes?-

-Sí. Bueno, mejor dicho unos kilómetros más allá. La casa está a medio camino entre esta localidad y Celorio-

-Conforme. Y dime ¿No les extrañó aquella llegada tuya, así...?-

-Nada. Ni se inmutaron. Ni me preguntaron a qué se debía. Y yo mismo tampoco levanté liebres y me limité a decir que había pasado mucho tiempo y quería ver a Beatriz-

-¿Se lo tragaron sin más?-

-Sin rechistar. Hasta les pareció normal-

-¿Y el estado en el que estabas?-

-Les solté una trola que improvisé, achacándolo a que había tenido que pegar un volantazo por un conductor memo que se me había echado encima en la carretera comarcal. Ya sabes lo estrechas que son y las curvas que tienen-

-Buenos reflejos tuviste. Y dime, Carlos ¿Por qué no ibas a menudo a verla? Además, lo que me extraña de igual forma estando tú tan cerca desde Oviedo...-

-¡Calla, calla! Esa fue otra de las disposiciones, decretos o como quieras llamarlos, de Beatriz. Sólo me permitía una visita cada muchos días-

-¿Motivo?-

-¡Joder! Ya te lo he dicho; ella era así y no había forma de hacerla renunciar a sus decisiones. Me dijo que nos vendría bien un poco de distancia para nuestra relación. Siempre decía que era un empalagoso. Y era la verdad, Armando-

-Vaya con la señorita Beatriz. Sí que era toda una personalidad-

-Bueno pero para eso estaba el móvil y hablábamos a diario-

-¿Notaste algo raro en ella los días previos?-

-Nada. Incluso la noté más cariñosa que de costumbre. La verdad es que entonces me pareció genial escucharla así conmigo. Y te digo que no era habitual. No es que fuera desagradable en lo cotidiano, pero sí más comedida en la forma de demostrar sus sentimientos-

-Arisca-

-Como siempre, Armando, aciertas. Ese es el término. Pero a ratos. Yo la conocía y bastaba con venirme abajo en mis atenciones para que ella misma reaccionara y endulzara su actitud conmigo-

-O sea que nada te puso en guardia contra lo que después sobrevino-

-Cero patatero, Armando. Jamás hubiese podido imaginar que me dijera “adiós, muy buenas” y me mandara a la porra por otra persona-

-¿Ni una pista? ¿Algún comentario? ¿Algo que delatara que tuviera otra relación?-

-Nada, chico. Hago memoria y todo era color de rosa. Además, había dejado de fantasear con dejar el trabajo. Parecía más contenta con permanecer el mes que aún le restaba-

-Sí que es extraño. Pero, continúa el relato y dime qué ocurrió a partir de que te enteraste de que desconocían dónde podría andar Beatriz-

-Pues si ya estaba al borde del abismo antes de llegar a la casa, figúrate cuando me dijeron que no sabían su paradero. El caso es que en ese momento sí hice de tripas

corazón y no perdí la calma. Así que me despedí de ellos, en concreto el matrimonio y los abuelos también presentes, y acepté la sugerencia de acercarme a la zona de ocio de Llanes. Llegué en un periquete y tardé más en aparcar que en el trayecto puesto que, siendo plena época estival, el pueblo estaba hasta las trancas de turismo. Comencé a dar vueltas de un lado a otro, sin rumbo, en plan zombi, y nada de nada. Así pasaron horas, la noche se echó encima y los pies ardían-

-¿Y no insististe en llamar al móvil?-

-No me lo cogía. Más tarde cometí el error de enviarle un mensaje al wasap-

-¿Error?-

-Tal cual. Esa fue mi perdición, Armando. Todo se desencadenó desde ese instante. Le escribí y le dije dónde estaba. A los pocos minutos me llamó y me dio un vuelco el corazón. Y no dijo más que me esperaba en el aparcamiento de la playa de Toró, muy cerca de Llanes. Así que salí disparado como una bala, conduciendo de forma temeraria e, incluso, casi me llevé por delante a un anciano a la salida de Llanes. Menos mal que reaccioné a tiempo y la cosa no pasó a mayores. Un susto, una disculpa rápida y seguí mi camino hacia el encuentro con Beatriz, el cual se produjo quince minutos después-

-¿Esa playa que mencionas fue donde...?-

-No, no, Armando. Apareció el cadáver en la de Torimbia-

-Bien, bien, sigue por favor-

-Pues que parecía la meta de un rally cuando frené al llegar al aparcamiento, también atestado de gente disfrutando de la noche estival con una brisa que invitaba a pasear-

-¿Cómo te la encontraste?-

-¡Me cago en...! ¿Cómo iba a estar? Pues guapísima como siempre y, además, si te soy sincero, aún más. Quiero decir más atractiva, más mujer y menos jovencita. Tenía otro arreglo y muy alejado de cómo la recordaba hacía apenas treinta días. Pero el cambio era evidente en sus ropas y también en su forma de expresarse, de comportarse, hasta de moverse. La sensación que me transmitió fue como si se tratase de otra persona muy alejada de la Beatriz que conocía. Y eso no me disgustó y te lo digo con el corazón abierto. Es más, tuvo el efecto contrario en mí, porque me resultó más interesante, más hecha-

-¿Hablasteis dando un paseo, en alguna terraza...?-

-¿Paseo? ¿Terraza? Se emperró en que nos metiésemos en el coche y de allí no hubo quien la sacara. Mira que le dije que hacía una noche espléndida y tal y tal. Pero como si le hablara a un poste. No consintió salir del vehículo-

-Quieres decir que allí transcurrió todo el rato ¿No es así?-

-Absolutamente todo, Armando. Bueno, no quiero mentirte, menos al final cuando se me cruzaron los cables y ella salió del coche de estampida, yo detrás y acabamos haciendo una escenita en medio de la terraza del hotel que hay a la espalda del aparcamiento. Vaya bronca que armamos, chico-

-Pero, cuéntame todo al detalle antes de ese final que hablas tan desagradable-

-Casi no me dio tiempo ni de preguntarle ¿Sabes? Me soltó una parrafada de tomo y lomo, que hasta pensé se la había escrito antes. Para mí que llevaba rumiando aquellos días y días y le salió de una sola vez. No me dejaba hablar y menos preguntar. Sabía que le abrumaría con preguntas incómodas y no quiso permitirlo. Sólo repetía una y otra vez que había conocido a otra persona y que se había enamorado perdidamente. Que no había vuelta atrás, que me seguía queriendo mucho pero sólo como amigo, que no le guardarse rencor, etcétera, etcétera y etcétera-

-¿No desveló quién...?-

-Nada, chaval, no soltó prenda. Sólo que se sentía más feliz que nunca y que tenía planes para comenzar una nueva vida junto a la pareja que ya tenía-

¿Y tú?-

-Joder, pues métete en mi pellejo. Primero me entró un sudor frío, después caliente, y para terminar perdí un poco el sentido de la realidad. Bueno, un poco no. Bastante-

-¿En qué sentido?-

-¿No te lo imaginas? Pues que intenté abrazarla, besarla y esas gilipolleces que uno no debe jamás hacer en esos momentos. Pero, ya sabes, las circunstancias, el enajenamiento que me venció, las ganas de tenerla en mis brazos y, en fin, no hace falta que siga. Tú seguro me entiendes...-

-Claro, claro. Continúa-

-Pues que, como era de prever, tuvo el efecto contrario en Beatriz y se puso como una furia hasta el punto que me dio unos buenos y profundos gañafones en las mejillas. Para empeorar más las cosas, ella misma en esos momentos de ira se hirió con la percha que tenía en el reposacabezas, el cual casualmente estaba partido y un reborde afilado le provocó aquélla. En fin, Armando, un desastre y todo por culpa mía. Perdí los nervios, lo reconozco y en vez de intentar hablar con educación me salió esa acción de tontolaba-

-¿Después vino el episodio de la terraza?-

-Sí, pero antes de salir del coche me soltó un sopapo con tanta fuerza que me hizo una buena herida en la nariz con una de las pulseras metálicas que llevaba en la muñeca-

-¿Sin más?-

-No, amigo. Me lo merecía-

-O sea, que insististe...-

-Es que estaba guapísima. No pude reprimirme-

-Bien, Carlos. Llegamos al instante de la bronca a la vista del personal-

-¿Personal? Yo creo que parecía una tribuna de un campo de fútbol. Ya te digo que la temperatura acompañaba y aquel lugar estaba hasta los topes. Y sí, la escena fue de película y no exagero. Hasta algún gracioso al terminar comenzó a aplaudirnos. En fin, nos dijimos de todo y, en especial, Beatriz que perdió las formas y chilló como nunca la había escuchado. Todo su afán era que me largara, que desapareciera de su vida. Y claro, como te harás cargo, más insistía yo en pedirle explicaciones. El caso es que hasta nos hacían fotos con los móviles y películas me imagino y aquello se convirtió en un cachondeo. Los camareros saliendo, los que estaban paseando por la playa acercándose y los del aparcamiento asomándose. Para qué voy a seguir si ya te harás una idea del escándalo-

-Y tanto, Carlos. Y qué buen argumento para la acusación en el juicio ¿O no?-

-Demoledor resultó y más si cabe porque buscaron varios testigos y encima éstos aportaron las imágenes grabadas. Por cierto, me avergoncé cuanto las contemplé en público. Pero fue un calentón y no le agredí. Sólo fueron palabras de recriminación en un momento de ofuscación que cualquiera al recibir esa noticia puede sufrir. Y nada más-

-Estoy de acuerdo. No obstante, ese tipo de testimonios bien manejados por los acusadores suelen dar sus frutos para conseguir inclinar la balanza y empujar al jurado a una condena sin paliativos-

-A mí me lo vas a decir. Y para poner más feas las cosas, los dos íbamos sangrando; pero ella no por mi causa. Fue sólo una puta casualidad, Armando, créeme. No le puse una mano encima-

-Bien, cálmate. Olvida ese tema y ahora céntrate en lo que ocurrió a partir de ese momento, de triste recuerdo por lo que escucho-

-Seguro, Armando, y trágico añadiría yo por todo lo que se desencadenó más tarde, aunque fuera de mi protagonismo. Pero mejor será que siga con mi relato. Así las cosas, resulta que terminada la escena, la verdad que recapacitando ya y muy abochornado, intenté pedir perdón por mi comportamiento a Beatriz. Pero ella no me escuchaba y en vez de eso se largó como alma que lleva el diablo. Por mi parte,

destrozado y con la sangre corriendo por toda mi cara y manchándome la ropa, di media vuelta y me dirigí al coche. Lo arranqué y derrapando salí de allí malhumorado y con destino que ni yo mismo sabía. Recorrí unos kilómetros y caí en la cuenta de que el testigo de aviso de falta de combustible estaba encendido. Paré en la primera gasolinera que encontré, a la entrada de Llanes por cierto, reposté y luego conduje sin un rumbo fijo hasta que me detuve en un bar de carretera que, si me puedes creer, no recuerdo dónde estaba. Allí me limpié un poco la camiseta, puesto que la manguera de la estación de servicio estaba manchada de grasa y además con la sangre que llevaba encima, pedía a gritos un poco de agua para mitigar los lamparones. El caso es que ni yo sé cómo comencé a beber cubatas. Y el caso es que no bebo ¿Sabes? Pero estaba tan turbado, tenía tal cacao mental que me dio por eso. Así que me fulminé seguro una botella de ron en el tiempo que estuve-

-¿Recuerdas cuánto?-

-Pero si no me acuerdo de dónde estaba. Imposible decirte si pasaron minutos y horas. Estoy en blanco-

-¿Y después? Me imagino que no cogerías el coche-

-¿Cómo? A ciento sesenta por las comarcales lo puse. Un milagro que saliera ileso con la cogorza que llevaba auestas. Hubo un momento que tuve que frenar y pararme en el arcén de la arcada que me entró y eché cuanto había tomado durante todo el día y, tal vez, la semana anterior. Eso me hizo bien porque conseguí que mi cabeza carburara algo mejor y busqué otro lugar donde tomar café. A unos kilómetros pude hacerlo en otro bar de carretera, del que no tengo constancia en mis recuerdos, además cuatro o cinco tazas que apenas me quitaron el dolor de cabeza que tenía. Dos aspirinas y dos vasos de agua después, abandoné aquel lugar y busqué un desvío donde descansar un rato antes de dirigirme a Oviedo. Allí mismo amanecí al día siguiente y con un dolor aún más fuerte que el de la noche pasada. Y eso es todo, Armando. Poco después el mundo se me vino encima y comencé este calvario, que aún peno, cuando me colocaron las esposas y me dijeron que estaba detenido por el asesinato de Beatriz-

-¿Recuerdas el sitio donde aparcaste y pasaste esa noche?-

-Pero, hombre ¿Cómo no me voy a acordar? Si fue el argumento principal para incriminarme-

-No entiendo...-

-¡Joder! Armando, amanecí en la playa donde apareció el cadáver de Beatriz. Ya estaba sentenciado desde aquel momento-

-¡Santo Dios!-dijo Armando pasándose las manos por la frente.

-Eso mismo dije yo cuando escuché el veredicto. Y parece que Él mismo se unió a la sentencia-

-No seas mal pensado, Carlos. Él nunca te abandonará-

-Ojalá te oiga; porque lo que es a mí...-

Capítulo VII

Era muy temprano. Tanto que Armando Adaro había recorrido el sendero que corta en dos Poo de Llanes camino del mar sin haberse cruzado con paisano alguno; caracoleando entre casas y minúsculos huertos urbanos en una penumbra húmeda incluso en esos días de estío, sin que el sol despuntara aún y sólo su lejano fulgor reverberara tímido sobre las cumbres a la espalda de la apacible y coqueta población costera, en una suerte de silenciosas guardianas de sus esencias.

Para Armando aquel lugar no era desconocido y hollarlo resultó de una emoción contenida. Anduvo pisando con levedad el verdor que inundaba la vereda, cuya alfombra esmeralda se extendía hasta casi la misma orilla desafiando la finísima arena aún empapada de la pleamar la cual, agachándose, acarició sumido en los recuerdos. Minutos después, subió decidido al promontorio situado justo a un lateral de la cala semicircular que daba inicio a un nuevo camino costero, intentando no resbalar por el rocío que se enseñoreaba sobre la vegetación crecida de forma tan caótica como enérgica hasta aguachinar su calzado tal si metido en charcos; cuidadoso de no despeñarse y llegar a las amenazantes rocas muchos metros más abajo.

Superados los obstáculos y hasta el vértigo del ascenso, Armando tuvo su recompensa al ver el espectáculo de la inmensidad del mar desde aquella notable altura, a esa hora de cielos velados ofreciendo una sinfonía de tonos grises preñados de melancolía y plácida armonía, silenciosas aguas calmas y rumores en la lejanía sólo rotos por el insistente graznido discordante de las gaviotas afanadas en conseguir alimento.

Esos mismos tonos grisáceos difuminaban la línea de la costa a sotavento, aguarrasando los profundos verdes convirtiéndolos en meros manchurroneos exentos de líneas, salpicando las laderas de los acantilados enhiestos en medio de calas que se sucedían sin cesar, guardadas por afilados riscos que aparecían transmutados en mudas efigies amenazantes para quien osara retarlas; sumidos aquéllos en un sueño profundo de calma eterna, viéndose reflejados en aguas prístinas, salvajes y legendarias, orgullosas de su pasado perdido en la noche de los tiempos, surcando profundidades abisales.

Gozó por un momento de la contemplación del sosiego efímero del irascible cantábrico, callado por momentos pero pronto de nuevo vigoroso hasta en su retirada hacia el horizonte; rumbo sus aguas hacia las tierras del norte en corrientes silenciosas, como ríos exentos de orillas pedregosas, tierras oscuras y cenagosas, sin vadear anchos meandros frondosos, corriendo encabritados, en una ciega prisa por abrazar a la mar.

Armando giró sobre sí y puso rumbo su mirada más abajo, hacia la playa de Poo de Llanes, y los sonidos circundantes se apagaron por un instante para dar paso a otros emergidos en su memoria. Sus ojos dejaron de ver la realidad y por el contrario llevaron hasta sus retinas imágenes pretéritas. Se vio a sí mismo, cuando aún no levantaba del suelo algunos palmos, en un día de cielos de profundos azules y brisa cálida del sur cruzando de punta a punta la cala, mientras su menudo cuerpo disfrutaba de aquellos momentos junto a su padre; pitillo en la boca y sonrisa perenne observándole enemistado con el agua inundando una y otra vez aquel pequeño foso del efímero castillo de arena, levantado tal si fuera para mil años, soñando su mente juguetona e infantil con batallas y caballeros, con princesas y malvados con quien batirse a duelo sobre alazanes blancos.

No tardaron las lágrimas en desbordar sus ojos, al tiempo que parecía oler las mejillas de su padre al besarle con cariño, rememorando esa mezcla de tabaco y loción de afeitar, de oír su voz grave, interrumpida por el carraspeo inoportuno fruto de su adicción, su mano cálida tomando la suya tirando fuerte para llevarle a sus brazos, para auparle sobre su cuello, agarrarse temeroso a su cabeza y taparle los ojos sin querer.

Preso de la nostalgia, rehén del pasado, encadenado a la tristeza de lo perdido, del ser amado ausente, de la herida supurante dejada por la pronta huida de éste hacia la

eternidad, del vacío en el alma incapaz de sobreponerse al desafío del destino, Armando apenas pudo desenganchar su mente de aquel carrusel de imágenes y sensaciones que habían escapado con la contemplación de los escenarios bucólicos de su niñez, en aquellos días de asueto de la mano de sus padres, y sólo el sonido repentino e insistente de su teléfono móvil le permitió volver a la realidad.

Observó un instante la identificación del llamante en la pantalla del teléfono, esbozó una sonrisa y después la desbloqueó para aceptarla.

-¿Sigues levantándote tan temprano, mamá?-

-Perdona, hijo, pero la curiosidad ha podido conmigo. Es que como ayer no me llamaste y, bueno, quería saber cómo había ido tu entrevista con Carlos ¿Te he despertado?- oyó Armando a su madre al otro lado con voz un tanto apurada al final.

-Tranquila, mamá, también yo no he aguantado mucho en la cama. Fíjate que me encuentro ahora mismo en los acantilados de Poo de Llanes ¿Te acuerdas?-

-¡Cómo no me voy a acordar, hijo! ¡Qué pena tu padre y cuánto le echo de menos! ¡Dios lo tenga en su Gloria! Y qué felicidad en aquellos días. Eras un mocoso correteando por la playa y tu padre ¡Qué orgulloso de ti, hijo! Parece que fue ayer mismo cuando disfrutábamos de las vacaciones ahí justo donde estás. Un sueño, fue un sueño sólo...pero no me quiero poner triste. Anda, cuéntame cómo encontraste a Carlos y si te animas a investigar para sacarle de la cárcel-

-No te hagas ilusiones ¿Animarme? Pues sí me animo. Pero lo que es sacarle de la cárcel es algo que veo como una utopía-

-¿Así andamos?-

-Sólo es ser realista, mamá-

-Pero, dime ¿Qué impresión te dio?-

-Formidable-

-Bueno, al menos compruebo que algo positivo has visto-

-Ya te digo, mamá, que sí estoy en el camino de la investigación. Pero de ahí a que consiga que la justicia le deje en libertad va un abismo. De todas formas tengo que darte la razón. Carlos es inocente-

-¡Jesús, qué alegría me das! Pero cuéntame-

-No sé si es una corazonada, o quizás la forma de relatarme cuanto aconteció. Pero mi conclusión, y más después de mirarle a los ojos, es que no es el asesino de Beatriz. Al menos que él sepa-

-¿Cómo? No entiendo eso que dices-

-Es fácil, mamá. ¿Sabes cuánta gente hace cosas horribles que más tarde olvida? Es un trauma el que provoca que nuestra mente borre ese momento trágico y quede fuera del registro de nuestra existencia. Es una especie de amnesia selectiva que, como si fuera un rollo de celuloide, corta las escenas no deseadas. Por eso te digo que pongo en cuarentena esa inocencia-

-¡Vaya! Ahora me enfrías la euforia-

-No tengo más remedio que ser sincero contigo. Yo mismo me desilusiono cuando pienso en ese matiz, sin embargo no debo dejarlo como algo anecdótico y sí como probable en este caso-

-Armando ¿No me dirás que es motivo eso para ni siquiera intentarlo?-

-Ni mucho menos. Estoy decidido a agotar todas las posibilidades-

-Me quitas un peso de encima, hijo. Ahora mismo voy a...-

-¿Decírselo a su madre?-

-Pues sí. Es que la pobre...-

-Frena, frena, mamá-

-¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué ocurre?-

-Ahora mismo esa señora, curiosamente mi cliente inesperada, la tengo como sospechosa número uno-

-¡Las cosas que dices! Pero ¿Cómo va a ser...?-

-En este tipo de investigaciones nadie se salva de ser potencial culpable. Y tu amiga, si me lo permites mamá, tiene bastantes papeletas para serlo-

-¿Cómo has llegado a esa conclusión?-

-De la forma más sencilla y recta. O sea por el testimonio de su hijo-

-¿Qué me dices? ¿Él la ha acusado...?-

-No, por supuesto que no. Le creería incapaz de incriminar a su propia madre. Sólo es una apreciación mía tras escuchar sus palabras. En su relato de los hechos aparece ella como alguien opuesto a la relación que mantenía con Beatriz. Es más, me ha confesado que sentía un odio atroz hacia ella. Y si me permites la expresión, mamá, sin quererlo ha puesto una diana en su madre-

-¿De verdad que la vas a investigar?-

-A ella y a cuantos formaban el círculo de ambos. Nadie puede descartarse y si lo hiciera estaría faltando a la regla número uno de mi oficio-

-Armando, hijo, por favor te pido lo hagas con discreción y...-

-Pero no me malinterpretes. Esa señora, tu amiga y madre de Carlos, es una más de los muchos que hay que investigar. Y te aseguro que ni se va a dar cuenta de las pesquisas-

-Bien, eso me deja más tranquila. Y además, ya te digo que ella no fue con toda seguridad-

-¿Por qué tanto crédito por su inocencia? Te sorprendería saber la cantidad de crímenes cometidos por señoras de cierta edad, incluso ancianitas de aspecto inocente-

-Pues que es una persona como Dios manda-

-Mamá, presentas un argumento poco serio. No dudo que sea una madre ejemplar y también una esposa hasta enviudar con una hoja de servicios inmaculada. Pero no quita que, en un arrebató, quitara la vida a Beatriz. El odio es un poderoso aliado para perder el norte de la vida y un móvil como la copa de un pino-

-Puedes quitarla de tu lista, hijo. Tendrás que apuntar a otra dirección-

-Ya quisiera hacerlo, pero me es imposible. Es más, creo que comenzaré por interrogarla a ella en primer lugar-

-Pero, recuerda, sin que ella note que estás ojo avizor a sus respuestas buscando donde meter el diente-

-No te apures que te hago caso-

-Armando, aparte de ese pálpito que tengo de que no es culpable sino víctima mi amiga, dime el motivo de que haya decidido contratarte, por mediación mía claro está, para que investigues-

-Bueno, es un comportamiento nada extraño, mamá. Y te diré que es una estrategia que los mismos criminales utilizan como recurso para mimetizarse. En este caso, y sin ánimo de preocuparte, es de libro-

-¿De libro?-

-Sí, porque es un caso tan claro y además juzgado y condenado el autor con una lista de pruebas que pone los pelos como escarpas. Encima con testigos que le situaron el día, la hora y, para rematar la faena, en el lugar donde se produjo el crimen. Vamos que con la mitad de argumentos le hubieran enviado a la sombra el mismo número de años. Con lo cual, contratarme puede ser una cortina de humo-

-Pero es su hijo, Armando-

-Ya, mamá, pero eso no quita que ella lo hiciera sin saber que incriminaba a su vástago

¿Lo entiendes?-

-A ver si te explicas, hijo-

-Pues que tu amiga pudo asesinar a Beatriz sin tener conciencia de que su hijo, por diversas casualidades, habría tenido contacto con la joven el mismo día y las pruebas,

por una carambola, apuntarían a él como principal sospechoso. Después la policía le relacionaría con el crimen y listo-

-Ya entiendo y de esa forma sí me cuadraría lo que dices. Porque de forma consciente pongo la mano en el fuego porque no lo haría-

-También lo pienso así. Es su madre y no lo permitiría-

-De todas formas, hijo ¿Qué quieres que te diga? Como madre, si fuese el caso que dices, yo no tardaría en presentarme ante la justicia y confesar mi acción-

-Ya lo he pensado, mamá. Es una de las hipótesis pero llamo tu atención al hecho de que, incluso siendo verdad, la policía no daría crédito a esa autoincriminación. Y todo porque es su madre. Estoy seguro de ello y de que ella misma lo habrá pensado-

-¿No la creerían?-

-No, claro que no. Y es que, en primer lugar, su relación materno filial abortaría su estrategia y, en segundo, las pruebas pesan como una losa sobre su hijo. Ya sé que puede ser por casualidad, pero ésta juega en su contra y no podría convencer tu amiga a nadie de lo contrario-

-Es complicado para mí lo que dices, Armando-

-Ya, sí, pero esos son los presupuestos en los que se mueve la policía, los jueces y todo el engranaje de la justicia. Pruebas, sólo pruebas, aunque sean circunstanciales. Para ponerte un ejemplo es como si yo mismo confesara que asesiné a Beatriz. Me mandarían a paseo antes de seguir hablando. Y te preguntarás por qué motivo. Pues simple y llanamente que no hay tan sólo una prueba que lo atestigüe. No basta el testimonio personal, la certeza en lo que se dice, sino que los indicios apunten a la culpabilidad de uno-

-¿Sabes si ella intentó declararse culpable?-

-Es algo que desconozco, mamá, e intentaré sonsacarle algo cuando la interroge. De todos modos, olisquearé por ahí-

-Con discreción, hijo, por favor te lo ruego-

-Que sí, que sí, mamá. Bueno que te dejo ya. Tengo que acudir a una cita importante y donde espero encontrar alguna pista-

-Llámame de vez en cuando y...-

-Sí, sí, no te preocupes. Un beso-concluyó Armando la conversación mientras sus piernas estuvieron a punto de jugarle una mala pasada y llevarle de bruces al tropezar con algunas piedras camufladas por la hierba. No llegó la sangre al río y consiguió recorrer a buen ritmo el camino de vuelta hacia el pueblo. Miró su reloj al pasar por la bolera al aire libre, que a esas horas permanecía solitaria, y decidió desayunar en uno de los bares aledaños a aquélla.

-Oiga ¿Sabe dónde reside el comandante Alarcos?-preguntó Armando, tras engullir las viandas, al camarero quien era un hombre de edad, de baja estatura y grandes entradas.

-Dirá usted el ex comandante-

-Sí, disculpe. Me he referido a él como si aún estuviese en activo-

-Así es. Mire, si sale a la izquierda, continúe por la segunda calle a mano derecha. Después gire a la izquierda y la segunda casa es la de Alarcos-

-Muchas gracias, señor-

-Oiga y ¿Cómo sabe que vive en Poo de Llanes?-

-Es un viejo amigo de la familia. Bueno, siempre me dijo que cuando dejara el servicio vendría a vivir aquí. Insistía en que era su sueño-

-De eso no tengo duda-respondió el camarero dando con los nudillos en la barra-*Pero es algo tarde para pillarle-*

-¿Qué me dice? ¿Tarde?-preguntó Armando extrañado.

-Sí, amigo, aunque parezca una incongruencia. Mire, cuando voy llegando al bar para abrir ya va él con el chándal puesto camino de Llanes. Así que difícil será que le

encuentre en casa aún-

-Entiendo. Mejor haré tiempo y después me acercaré-

-Sin duda será lo mejor. Pero no se preocupe, es hombre de costumbres fijas y al poco rato aparecerá de regreso-

Armando volvió dio de nuevo muestras de agradecimiento y abandonó el bar para andar un buen trecho por los senderos paralelos al ferrocarril de vía estrecha, por donde cada cierto tiempo circulaba con estrépito que hacía retumbar el suelo algún convoy rumbo a los pueblos que jalonaban la costa camino de la frontera cántabra, cercados por la maleza que crecía salvaje y desordenada por los márgenes hasta desafiar el mismo camino de hierro.

Miró el reloj y decidió era momento de intentar encontrarse con el comandante Alarcos, a quien y desde su llegada había tenido intención de hacerle una visita. Siguió al pie de la letra las indicaciones del camarero, aunque a veces dudaba si era izquierda o derecha el rumbo que debía tomar. Finalmente, y haciendo memoria, dio con la calle que buscaba identificando los hitos marcados por aquel hombre.

Armando puso un pie en la acera que daba acceso al portal de la vivienda, tal cual había colegido era la que buscaba, pero ni siquiera consiguió poner el otro. Cuando se quiso dar cuenta, tenía encima de él una especie de mastodonte empujándole la cabeza contra el suelo y otro, no menor que el primero atenazándole los brazos a sus espaldas y provocándole un dolor tan intenso que apenas podía respirar y, mucho menos, articular palabra.

Sintió después un tirón descomunal y, ya puesto en pie, alcanzó a distinguir a un palmo de sus narices a un sujeto frisando la sesentena pero de aspecto atlético, aún sin que las canas tiñesen por completo su cabeza, de facciones pétreas, algo más bajo que él, sonriendo y rascándose la coronilla.

-¡Pero si eres tú! ¡Me cago en...!-exclamó aquel individuo pasando de la sonrisa a la carcajada y dejando atónitos a los que retenían con fuerza a Armando.

Capítulo VIII

-¡Dejadlo, muchachos! Este cabroncete es un hijo del Cuerpo-dijo aquel risueño veterano.

-No tiene pinta, mi comandante-dijo uno de los titanes vestidos con ropas de mecánicos, bolsillos rebosantes de trapos grasientos y narices con churretes que les delataban como tales, liberando de su tenaza al joven criminólogo.

-¡Coño, es verdad, Armando! Pareces un rufián con esos pelos y esas barbas ¡Aséate, joder! Anda, ven aquí y dame un abrazo-

Armando, quien andaba con el rostro serio, terminó por reír al fin y fundirse en ese abrazo solicitado.

-Bueno, muchachos, perded cuidado y volved a la faena. Se llama Armando y de apellido Adaro-les dijo el comandante.

-¿El hijo de...?-preguntó el mayor de los dos forzudos agentes camuflados.

-Sí, hombre ¿No ves que se llama exacto a su padre? Una leyenda en la Guardia Civil.

-Discúlpalos-dijo de nuevo uno de aquellos hombres -Nos avisaron de que andabas haciendo preguntas sobre el comandante Alarcos y no hace falta decirte más-

-Es igual. Tranquilos. Lo entiendo-respondió Armando.

-Ya ves cómo me cuidan, muchacho. Ahí los tienes, siempre vigilantes, siempre dispuestos a proteger a un compañero-

-Joder, comandante, y que lo diga. No les arriendo la ganancia a quienes intenten hacerle cualquier jugarreta-

-Bueno, venga chaval vamos para adentro y charlemos un rato. Y vosotros, gracias de nuevo-concluyó Alarcos mientras los inesperados guardaespaldas arrancaban una vieja y escandalosa furgoneta y se alejaban rumbo a la carretera.

-Siéntate, Armando-invitó el anfitrión a su repentino huésped, quien le traía sensaciones encontradas y, sobre todo, recuerdos de un pasado que añoraba.

-¿Y tu madre?-

-Muy bien, Bueno, con sus achaques porque la edad no perdona, pero nada de particular. Un montón de amigas y muchas actividades para hacer cada día-

-La mejor terapia para la soledad, chaval. Y ¿Qué me dices de ti? ¿Cómo es que andas por estos pagos?-

-Si le digo la verdad, en un laberinto del que me va a costar salir-

-Aclárate ¿Algo turbio? Ya sabes que aunque esté fuera de combate, aún tengo mano y...-

-No, nada de eso. Más bien la cara opuesta a eso que imagina, hasta el punto de que tal vez sí que tenga que usar sus influencias. Pero no quiero dar más rodeos y le diré que estoy inmerso en una investigación un tanto atípica-

-Con esos datos aún lo complicas más-

-Es cierto. Mejor será decirle que la madre de Carlos Uría...-

-¿Uría? El asesino de...-

-Justo así es. El caso es que la señora susodicha es amiga de la infancia de mi madre y ella, que ya sabes cómo es, me convenció para que ayudara al hijo ya juzgado y condenado, con tal de buscar algún resquicio que demuestre, si no su inocencia plena, que las pruebas fueron circunstanciales para hacerle pasar dieciocho primaveras en el penal-

-Armando, muchacho ¿Sabes en el berenjenal que te has metido?-

-Lo sé. Pero no tenía más remedio que aceptar. No tengo corazón para defraudar a mi madre-

-Eso sí lo entiendo. Y te enaltece como hijo y como persona de bien. Aparte de este caso ¿Qué tal te va lo de ser investigador privado?-

-Tan mal que lo he dejado-

-¿Cómo?-

-Las culpables han sido las deudas y, para qué mentirle, la ausencia de casos. Es inútil seguir con mi sueño de vivir de este oficio. Apenas cuatro casos cada muchos meses y siempre lo mismo. Además estaba harto-

-Y llegó éste-

-Mejor sería decir que irrumpió. En realidad he conseguido una plaza de profesor de criminología en la Facultad...-

-¿Vas a enseñar? No me lo puedo creer-

-Pues créaselo. No he podido más. Tampoco mis acreedores quienes van a cobrar al fin y yo a descansar de sus acosos-

-Me quedo de piedra, Armando. No te reconozco. Recuerdo una conversación contigo no hace muchos años y no eres el mismo chaval ilusionado por esta profesión-

-Todo se acaba. Todo pasa. También la pasión, esa ilusión de la que hablas, la inocencia, en fin nada es igual ya. Ahora me conformaré con ser un funcionario-

-Algo que has odiado toda tu vida, si mal no recuerdo que me soltaste aquel día-

-Y lo sigo firmando-

-¿Y el Cuerpo?-

-No insista, comandante. No tengo nada contra la Guardia Civil. Todo lo contrario, la quiero y la respeto. Pero no me veo-

-Armando, chaval, si tu padre te viera se sentiría orgulloso de ti si siguieras sus pasos. No había nadie como él ¿Sabes?-

-Me lo ha repetido cien veces, comandante. Sé quién era mi padre. Y todas las cosas maravillosas que hizo y que es un héroe para vosotros, un orgullo para todos los integrantes de la Guardia Civil. Pero tenga en cuenta que no soy mi padre. Soy solo su hijo y tengo otros proyectos, otras miras y, la verdad, no pasan por seguir sus pasos-

-Bueno, no quiero insistir más, hombre. Y ahora dime ¿Cómo estás enfocando la investigación?-

-Hasta ahora sólo he tenido una larga conversación con Carlos Uría y algunas palabras con uno de sus abogados-

-De poco le sirvieron esos picapleitos. Recuerdo en el proceso la cantidad de errores que cometieron y, lo que me llamó la atención, siendo un bufete de campanillas con honorarios bestiales-

-Ya me aclaró el propio Carlos que el titular del bufete había sido amigo y compañero de su padre, también desaparecido hace años-

-Fue una mala elección y te lo digo con conocimiento de cuanto aconteció en su día. Aunque no participé en la investigación, sí tuve confianzas de compañeros que lo hicieron y me aseguraban que la Fiscalía lo tuvo más fácil de lo que siempre se supone por la resistencia, legítima por supuesto, de las defensas. En este caso fue coser y cantar para la acusación, quien sacó un veredicto de culpabilidad en pocas horas cuando, lo normal, es que el jurado se empantane en sesiones que duran días y días en una pugna entre sus miembros sin alcanzar una opinión común-

-Esa misma impresión me causó a mí, una vez conocido por Carlos cuanto ocurrió durante los días de la vista en los juzgados-

-Y dime, Armando ¿Le crees inocente?-

-Idéntica pregunta he respondido hace un rato a mi madre. Y te digo que sí-

-Te veo contundente ¿No tienes dudas?-

-No, comandante. Y creo que, si lo fuera, su mente habrá hecho un esfuerzo para no recordarlo-

-Eso me suena a película de cine negro de los cuarenta-

-Bueno, sabe que soy aficionado y no crea que he recordado alguna que otra sobre el tema. Pero es que lo creo a pies juntillas. Ese muchacho no cometió el crimen, al menos de manera intencionada y nunca premeditada-

-Bueno, Armando, imagino que contarás con candidatos como sospechosos ya que estás tan seguro de tu dictamen apresurado-

-No es apresurado. Es analítico, aunque entiendo que parezca un tanto arriesgado al nadar contracorriente de muchos profesionales que dieron lo mejor de sí para meterle entre rejas. Y en cuanto a su pregunta sobre si tengo objetivos que investigar, le diré que unos cuantos y empezando por su madre-

-¡Coño! Chaval, eres la leche ¿Sabes lo que vas a hacer? Además, me has dicho que ha sido ella quien...-

-Ya, sí, pero tiene un móvil de peso y no dejaré de contrastar lo que me diga-

-¿Y si resulta que es ella la asesina?-

-¿Y usted me lo pregunta?-

-No sé, la verdad. Desconozco qué planes tienes en ese caso-

-Ni siquiera yo los tengo. Pero improvisaré-

-Es algo peliagudo, Armando. Incluso puedes quedarte sin tus honorarios-

-Eso me es indiferente. Puestos ya en este caso, conocido a Carlos, vista o mejor dicho intuida su inocencia material, siento deseos de llegar hasta el final en este asunto-

-Bien, muchacho, veo que te lo tomas como un reto-

-Así es. Como la estrella a punto de saltar en mil pedazos en su último instante de vida, como la llama a punto de apagarse y hace un esfuerzo por permanecer en todo su esplendor. Será mi último caso antes de...-

-De convertirte en funcionario ¿Tienes preparado el traje gris y la corbata a juego?-

-No sea cruel, comandante-

-Pollo, aún no te he visto en el estrado de la clase en la Facultad, con un horario fijo, tomando el tranvía cada mañana y después por la tarde, descanso los fines de semana y fiestas de guardar, puentes de diciembre y tal y tal. Las canas saliéndote mientras te apagas allí encerrado. Mientras el mundo sigue-

-Cambiamos de tema. Por cierto, yo también recuerdo a tu esposa que en paz descansa-

-Mucho más yo. Cada día, cada hora, cada minuto. Fíjate, al final conseguí lo que ansié durante tantos años, que no era otra cosa que retirarme aquí, en este paraíso entre montañas y rumores del mar, y sin embargo no lo he podido disfrutar ni uno solo de esos momentos que soñé. Se me fue ella y, de paso, también parte de mí y, sobre todo, mi ilusión-

-¿Tus hijos?-

-Fantásticos. Los veo una vez al año. Siempre que no sea bisiesto. Pero así es la vida, dura y exigente. Sobre todo en el tramo final y, sin exagerar, ya estoy en éste donde la soledad es compañera de viaje. Pero hablemos de cosas menos jodidas, chaval-

-Sí, comandante, parece ser que nos ha dado por la melancolía y lo que venía a proponerle era que me echara una mano con esta investigación. Si no le es molestia-

-¿Molestia? ¡Me cago en...! Soy yo el que debe darte las gracias por acordarte de este viejo investigador. Seguro que estoy un poco oxidado, pero en unos cuantos días recupero la forma-

-Necesito de su experiencia y sus contactos. Es imprescindible recomponer el caso y, en concreto, cómo se obtuvieron las pruebas-

-Cuenta conmigo, Armando. Está hecho. Pero te voy a decir una cosa y no te enfades. No dudes que te ayudaré hasta la extenuación y rezo porque tengas razón, ese chaval sea inocente, lo saquemos de la cárcel, rehaga su vida y de paso encontremos al verdadero culpable de ese crimen tan execrable, pero también quiero que sepas que estoy seguro de que Carlos Uría es el asesino-

-¿Sabe, comandante? Esas palabras me motivan aún más.

-¡Coño! Armando, es lo que pretendía-

Capítulo IX

El coche apenas entraba en la única plaza libre que encontró en el parking subterráneo municipal enclavado en pleno centro de Oviedo y Armando, desacostumbrado en esas lides, tuvo que sudar para que encajara sin llevarse un buen recuerdo en forma de antiestético arañazo; máxime cuando el coche no era ni suyo. Y eso incluso habiendo dejado que el propio auto lo hiciera en modo automático. Por fin concluyó la maniobra, se quitó el jersey que llevaba con tal de aligerar el calor soportado y se dirigió hacia la salida del aparcamiento.

Miró el reloj y comprobó que llevaba tres minutos de retraso. Eso le incomodó y se puso a redoblar el paso y, al menos, enmendarlo. Pocos instantes más tarde cruzaba la calle donde residía Doña Clara Antúnez. Al mismo tiempo que llegaba hasta el elegante portal, Armando meditó unos momentos sobre la zona de Oviedo donde estaba, tal vez la más costosa para vivir de toda España, y no sabía si la coincidencia de su denominación, calle Uría, con el apellido de su defendido, Carlos, era casual.

Tal vez fuera algo anecdótico y sin más relieve que una coincidencia. En aquellos pensamientos, Armando pulsó el timbre de la casa, de tres niveles y un ático que se adivinaba reformado, y a los pocos segundos una señora de servicio uniformada con todo lujo de detalles le invitó a pasar al recibidor tras identificarse.

Ya la propia estancia para acoger a las visitas tenía un sello propio, un tanto decadente pero con unas calidades de vértigo. Se respiraba el aroma de la alta burguesía y, si se apuraba, mezclado con unas gotas aristocráticas decimonónicas. Armando se sentía un tanto incómodo entre tanta exhibición de lujo y exclusividad, incluso en los cuadros de artistas de renombre que decoraban desde los pasillos hasta las mismas escaleras donde, a su final, se adivinaba una continuación artística de idéntico tenor. Cuando le invitaron a pasar, con cortesía desacostumbrada para él, a la biblioteca aledaña al gran salón donde las lámparas y los tapices constituían su epicentro, Armando pensó -una vez acomodado en un profundo sillón tapizado en legítima piel- cómo podía notar el penetrante olor a madera vieja mezclado con otro que le traía recuerdos del de los billetes nuevos. Armando convino consigo mismo que era el aroma de la riqueza y la opulencia. Aunque no lo sabía a ciencia cierta puesto que jamás había tenido la oportunidad de acercarse ni a una, ni a la otra.

Tomó asiento en uno de los colosales butacones cosidos a mano de color verde aceituna rematados con madera noble y, aun con su envergadura, apenas rozaba con los pies el suelo si se acomodaba hasta el fondo de aquella especie de trono con enormes brazos.

Tras unos minutos de espera, en el silencio de la estancia, con estanterías hasta el techo y sendos volúmenes de aspecto secular, Armando escuchó cómo se abría la puerta y aparecía una joven que, ni por asomo, podría tratarse de la madre de Carlos. Después, aquélla anduvo unos pasos hasta la chimenea, como es lógico vacía de leños en aquellos días de verano, y se colocó frente a él ofreciéndole un rictus tan serio como altivo.

-Soy Clara Uría, la hermana de Carlos-

*-Encantado de conocerle. Soy...-*respondió Armando levantándose cortés y ofreciendo su mano derecha en señal de saludo.

*-Armado Adaro, lo sé-*interrumpió la joven dando un paso atrás y rechazando la mano para tomar asiento frente a él.

*-Esperaba entrevistarme con su madre-*dijo Armando tomando de igual forma asiento y frustrado ante aquella demostración de enemistad manifiesta, sumada a la severidad de las líneas del rostro de la joven, las cuales ni así lograban borrar la belleza que atesoraba. De facciones pequeñas y armónicas, sus ojos grises contrastaban con un cutis perfecto de piel tostada de forma suave por el sol, cejas perfiladas con precisión,

casi dibujadas, y enmarcando el conjunto una larga cabellera negra azabache cayendo libre hasta más allá de sus hombros. Delgada, pero sin ser escuálida, y con diez centímetros menos que Armando, éste le observaba sin apartar la mirada percibiendo a la vez la fragancia de su perfume; una mezcla de dulzor, calidez, un tanto almizclado, con toques de especias, hasta algo picante, sin faltar esas notas tan sensuales que recordaban a oriente, dejando una estela de vainilla y algodón de azúcar que le retrotraía a su niñez. Le dieron ganas de cerrar los ojos y concentrarse en éste, pero aún más sentir su piel tibia advertida tras el ligero vestido de lino blanco que portaba sobre sí con sutil elegancia; dejando ver las piernas más bonitas que recordaba.

-No se preocupe. Está avisada-

-¿Entonces?-

-Me he adelantado para advertirle un par de cosas-

-Espero sean benignas, señorita-

-Me temo que no. En primer lugar quiero dejarle claro que no permitiré que se aproveche de mi familia y, en especial, del estado de ansiedad de mi madre-

-¿Y en segundo?-

-Que llamaré a la policía y pondré en conocimiento del juez sus manejos, si es que se confirman mis sospechas-

-¿Eso es todo?-

-¿Le parece poco?-

-Si le soy sincero, pues creo que sí. En todo caso pensé que me echaría los perros, si los tuviese claro. O bien algún mayordomo culturista me arrearía una buena patada en el trasero y me sacaría por la puerta de servicio; la cual creerá apropiada para mí con toda seguridad-

-No lo dude-

-Ya lo creo. Es lo que se merece un vulgar plebeyo como yo-

-Un zarrapastroso querrá decir-

-Bien, ese es un calificativo que jamás me habían aplicado. Tomo nota para mi colección-

-Tengo más para describirle-

-Me hago cargo. Pero no se preocupe, ninguno me ofende. Incluso alguno, que imagino, me hará gracia. Y no crea, no es usted la primera que me los suelta. Con decirle que estoy acostumbrado-

-No me extraña con ese atuendo y esa dejadez que muestra a los demás-

-¿Tan mal me ve?-

-Peor de lo que piensa-

-Pues yo no me veo así-

-Bueno, ya está bien de diálogos de besugo, señor. Le advierto de nuevo que no intente abusar de la confianza de mi madre y, en particular, de su dinero-

-Ya entiendo, señorita ¿O señora?-

-Clara y punto-

-De acuerdo, Clara y punto-

-Es usted un estúpido y un grosero-

-No recuerdo haberle insultado-

-Déjese de ironías-

-Las prefiero a los insultos descarados y descarnados, si me permite el término-

-¿Ahora se pone pedante?-

-Digamos que nació así-

-Desde luego es una desgracia-

-A veces pienso lo mismo. Pero no puedo remediarlo-

-Es usted un...-

-No siga, que ya le he leído el pensamiento. Y es verdad, soy maleducado, insolente y

descarado, tengo aspecto de rufián y lengua de truhan-

-No podría yo mismo haberle descrito mejor, aunque le ha faltado añadir que viste como un pordiosero-

-En eso no discutiremos. Mi madre me dice lo mismo y la verdad es que no recuerdo haber puesto el pie en un gran almacén desde que hice la Primera Comunión-

-No hace falta que lo jure. Da asco verle-

-Bueno, también los pelos y la barba no las he tocado desde ese día de recibir la Hostia Consagrada-

-Dudo que su madre le deje entrar en su casa-

-En fin, no llega a ese punto. Pero es cierto que, de vez en cuando, hace amago de no abrirme la puerta. Aunque ya sabe cómo son las madres. Apenas le lloriqueo un poco y levanta el foso del castillo. Siempre se rinde y de eso me aprovecho; lo confieso-

-Es usted odioso, señor Armando Adaro-dijo Clara Uría con la mirada más furibunda que pudo esbozar y, en ese preciso momento, la puerta de la biblioteca volvió a abrirse para dar paso a su madre.

Clara Antúnez, algo menos avejentada que la madre de Armando, más alta y aún erguida, elegante tanto en el vestir como en sus modos, pero de una tristeza en sus ojos que hablaban de su desazón permanente. Eso no se le escapó al joven criminólogo y también el parecido con su hija.

-Encantada de conocerte, Armando. Bueno, te tuteo porque...-

-Por favor, señora, por supuesto que sí. Yo mismo se lo iba a sugerir-respondió Armando levantándose de nuevo y aceptando la mano de su anfitriona.

-Estupendo, pero tomemos los tres asiento y charlemos. Ayer hablé con tu madre y me puso al día de tus avances en la investigación...pero ya os habéis presentado ¿Verdad?-preguntó la señora Antúnez mirando a ambos jóvenes y Armando tomando nota para tirarle de las orejas a su progenitora por no hacerle caso y terminar relatándole cuanto podía.

-Sí, ha sido un verdadero placer conocer a su hija-respondió Armando con retranca sin dejar de lanzarle una mirada entre pícara y reprobatoria a la joven, quien se escurrió volviéndole la cara con desdén estudiado.

-Estupendo, Armando. Y dime ¿Qué tal te fue con Carlos? ¿Sabes? Ayer fui a verle y ha mejorado una barbaridad. Hasta le encontré con mejor ánimo y, si me permites, no dejo de pensar en que tu visita obró el milagro porque no puedes hacerte una idea de cómo estaba hasta hace pocos días-

-En un pozo-dijo Armando.

-Esa es la expresión justa. Y no había quien le sacara. Por eso estoy tan contenta y todo gracias a tu madre, que es un Ángel del Cielo. No he conocido persona más bondadosa que ella ni con mejores sentimientos. Y qué alegría cuando me comentó que eras criminólogo y más cuando se ofreció a trasladarte mi petición para que investigases este caso que ha dado con mi hijo en la cárcel y, si no es por la mano del Señor, en el camposanto por culpa de esos salvajes extranjeros. Pero estoy siendo una maleducada y no dejo que hables, Armando. Cuéntame, por favor-

-No voy a negarle la verdad, señora. Creo más lícito poner las cartas boca arriba. Con esto quiero decirle que al principio, cuando mi madre me trasladó su interés para que me hiciera cargo de una investigación privada sobre el caso de su hijo, pensé de inmediato negarme a ello. No se le escapará que es un tema cerrado para la justicia y, mucho más, para los investigadores oficiales. Es algo ya juzgado y sentenciado; para colmo, hasta el recurso ante el tribunal superior fue perdido por su defensa. O sea que, salvo ese milagro que aduce, Carlos está predestinado a dejarse dieciocho años de su vida entre las paredes de la prisión. Es triste decirle esto y lo siento de verdad. Pero es mi deber no abrirle expectativas de que pueda lograr algo que le exonere de ese castigo, quizás inmerecido. Sin embargo, y una vez dicho todo esto, me cabe la

satisfacción de igualmente hacerle partícipe de que creo firmemente que su hijo es inocente-

-¡Jesús bendito! Había perdido la esperanza de que alguien le creyera y...-

-Por favor, señora, espere un momento. No quiero enfriar esa felicidad que veo mis palabras le producen, pero tengo que ser sincero advirtiéndole cómo mi teoría tiene una vertiente negativa y pasa porque su hijo cometiera el crimen aunque no de manera consciente-

-Hijo, no te entiendo-

-Quiero decir con esto que mis esfuerzos en un principio estarán dirigidos a demostrar su inocencia plena; esto es, que Carlos no tuvo nada que ver en el asesinato de Beatriz. Pero como segunda alternativa, y desfavorable para sus intereses, puede que su hijo cometiera en efecto esa abominable acción contra su novia y el sufrimiento a posteriori borrara de su mente los momentos claves haciéndole creer de manera fehaciente en su propia inocencia-

-¿Es posible eso?-saltó Clara Uría, esta vez devolviéndole la mirada que le había negado hacía un momento.

-Absolutamente, señorita. Es más, no es nada infrecuente y ocurre en un porcentaje altísimo de casos en los que los protagonistas asesinan de forma cruel a sus más cercanos allegados. Es una defensa del cerebro para evitar el sufrimiento lacerante de la culpa y el remordimiento-

-No creo capaz a mi hermano de eso, señor-

-Le comprendo, señorita. Pero debe tener en cuenta cómo de igual forma reaccionan las familias de esas personas encausadas por estos crímenes. Es una patología contrastada y, de paso, les diré cómo es un hecho lamentable desde mi punto de vista que los abogados de su defensa no escarbaran en este asunto o, al menos, buscasen dictámenes psiquiátricos que hubiesen dado una oportunidad a Carlos; al menos de rebajar condena o bien trasladarla para ser cumplida en una institución donde fuese tratado-

-¡Bandidos!-

-¿Señora?-

-Sí, Armando. Fueron unos bandidos esos abogados y el primero el mejor amigo de mi marido-

-De eso ya tenía información. En concreto por mis propias impresiones al conocer al señor Landáburu...-

-Ni le mencione-saltó de nuevo la joven con esa expresión de odio en sus ojos y con la voz crispada-

-De acuerdo, señorita. Punto en boca, pero añadido con respecto a ese bufete que la dirección jurídica de la defensa fue deplorable y descuidada con multitud de detalles que, de ser reconducidos, hubieran dado un margen para la esperanza. Además, si me permiten, destacar su torpeza a la hora de comunicar a la sociedad el caso, logrando así el efecto contrario, hasta tal punto de que fue peor el remedio que la enfermedad poniéndose todo el mundo en su contra y empujando de esta forma al jurado al más grave veredicto-

-Son los verdaderos culpables de que mi hijo se encuentre en este trance-

-Si me permite, señora Antúnez, le doy la razón en parte. Y me explico; sin el trabajo riguroso de los investigadores no se habría podido demostrar la culpabilidad de Carlos-

-Pero si me acabas de decir que...-

-Ya, correcto. Pero déjeme terminar mi argumento. Decía que fue capital, y muy por encima de la incompetencia de sus abogados, la labor investigadora para conducir al penal a su hijo. Y eso se debe a la cantidad de pruebas incriminatorias encontradas y, en particular, la presencia de su hijo en el escenario del crimen-

-¿Contra eso qué cabe?-preguntó la joven Clara, suavizando su actitud con Armando

tras escucharle cómo se expresaba.

-A eso iba, precisamente para finalizar. Pues pretendo rastrear prueba a prueba hasta encontrar una duda razonable con la que podamos abrir de nuevo el caso. Advierto que es tarea casi imposible. Pero el reto está ahí y yo lo he asumido. Les digo, por tanto, que cuenten conmigo para hacer ese último intento, esa quema de naves a la desesperada para que Carlos vuelva a la libertad e impere la justicia-

-Siempre he sabido cómo el verdadero criminal anda suelto- apuntó la señora Antúnez ofreciendo una airada expresión.

-O criminales- respondió Armando con reflejos y sin dejar un segundo de pausa.

-¿Qué quiere decir?-intervino de nuevo Clara Uría, dejando en esta oportunidad signos evidentes de perplejidad en su rostro.

-Creo que me he expresado con claridad. Sepan que no descarto que fueran dos o tres los implicados en el crimen de Beatriz. Y les digo más: ya sea por acción u omisión-

-Ahora sí que me pierdo, Armando-

-Señora Antúnez, resumiré lo dicho en que pudo haber un asesino material, o sea el que perpetró la acción de matar y otro, u otros, que se limitaron a ser meros cómplices; aunque para la justicia son de igual modo criminales-

-¡Madre mía! ¿Cómo podrán dormir tranquilos después de haber hecho aquello y dejar que un inocente pague por su pecado?-

-Señora Antúnez, no sólo existe el miedo a la justicia, a la pérdida de libertad que supone confesar el crimen, sino verse sometido, o sometidos si es el caso, al escarnio público; esa especie de infierno en vida que su hijo ha sufrido y, aún hoy, sufre en silencio-

*-Y su familia, pero no sus amigos-*añadió Clara Uría.

-Ese detalle lo conozco, señorita. Su hermano ya me confió con gran tristeza cómo todos habían desaparecido de su vida, dándole la espalda. Ni siquiera uno le había quedado. Es terrible. Pero ahora, me gustaría que me hablaran ambas de Beatriz-

-¿Beatriz?-habló primero la madre de Carlos poniendo énfasis al pronunciar y añadiendo una clara mueca de desprecio-*Era un tormento, Armando. Para mi hijo era el cielo. Para nosotros, el infierno. Tenía toda la maldad que pueda tener en su interior cualquier persona. Pero, además, enfocada a quienes queremos a mi hijo. No perdía oportunidad de separarle de nosotros, pero te puedo asegurar que no lo consiguió-*

*-Además era una golfa-*interrumpió Clara.

-¿En qué se basa para decir eso?-preguntó intrigado Armando ante una nueva faceta de la muchacha asesinada.

-No le era fiel a mi hermano. Se veía con unos y otros aprovechando su ausencia por motivos de trabajo. De vez en cuando tenía que visitar obras en otras provincias y lo hacía siempre. Aunque él hacía oídos sordos a lo que le advertíamos con respecto a su comportamiento. Nos decía siempre que eran simples amigos, que tenía muchos y que Beatriz sólo les veía como tales y no iba a impedirle salir con ellos y que confiaba plenamente en que no le engañaba. Como verá, un iluso mi hermano-

-¿Les consta que se producía el engaño?-

-¿Qué si nos consta?-saltó con fuerza la joven Clara-*Yo misma la vi no una, sino varias veces, morreándose en fiestas con amigos de ambos. Era una cualquiera y todos lo sabían. Con ese aire de mosquita muerta, tan estudiosa, tan, tan; en fin, para qué hablar más de esa desalmada que tanto mal hizo a mi hermano-*

-Entre ese círculo de amigos o conocidos ¿Creen que alguno pudo tener mayor relevancia hasta el punto de convencerla para que dejara a su hermano?-

*-Por favor, Armando, esa pregunta es de una inocencia de tanto calibre como las que haría mi hijo-*intervino la señora Antúnez con una sonrisa comprensiva.

-Ahora soy yo el que no le entiende, señora-

-Pues que nadie podía convencerla para nada. Sólo buscaba el desahogo del cuerpo,

hijo, y por los motivos que desconozco salvo que era una golfa morrocotuda. ¿Cómo iba a dejar a Carlos? ¿Dónde iba a encontrar otro joven como él? Bondadoso, enamorado hasta el tuétano de ella, pendiente de lo que necesitaba, defendiéndola ante el mundo sin atender a las evidencias de infidelidad, guapo, inteligente y, además, futuro heredero de una de las mayores fortunas del Principado de Asturias. ¡Por Dios, Armando!-

-Confieso mi ignorancia en este aspecto de la vida de Beatriz y muy discordante de la imagen que su hijo me facilitó en la charla que mantuvimos. De cualquier forma, sí me hizo mención a un amigo del círculo de ambos del cual quisiera me dijeran ustedes si coinciden con que persistía en arrebatarse a la joven asesinada de Carlos. Su nombre es Luis Ángel Lamadrid y me relató su hijo una serie de episodios, y en especial uno, en el que se propasó hasta límites de denuncia el tal sujeto con Beatriz, quien sin embargó convenció a su hijo para que no tomara medidas y...-

-Otro cuento de Beatriz-interrumpió la narración Clara Uría, quien había estado haciendo gesticulaciones varias, casi remedando lo que decía Armando y éste aguantando las ganas de soltarle una fresca por su actitud.

-Mejor será que se explique, señorita y, si no le es molestia, sólo con la palabra basta; sobran los énfasis gesticulatorios-

-Prefiero no contestar a la segunda parte de su petición y me la reservo para otra oportunidad, pero accedo a la primera y le digo que ese incidente al que alude y que mi hermano se tragó es del tipo que brujas como ella utilizan para mantener bajo su control a los hombres. No hubo ningún altercado, ni se sobrepasó, ni nada de nada. Era ella quien quería algo más que palabras y besos en las mejillas con Luis Ángel. Él es mi amigo, y él sí que tenía que aguantar las maniobras de Beatriz, ya que estaba obsesionada con él desde que comenzaron el primer curso en la universidad-

-Me descoloca eso que dice, señorita. Hace que tenga que volver a la casilla de inicio en este juego-

-Créele, Armando-intervino la madre de la joven-Es algo que sabíamos todos y además comentado por todos los amigos del círculo en el que se movían-

-Bien, les creo a ambas y lo tendré en cuenta en el transcurso de la investigación. Continuando con Beatriz ¿Qué me pueden decir de esa casi obsesión por no permitir ayudas económicas...?-

-Una pura mentira, otra de sus falsedades, una cortina de humo para seguir con sus planes. Eso de marcharse los dos meses a Llanes, pero ¡Habrase visto mayor caradura! Sólo quería estar sola durante el verano y buscarle las vueltas a mi hermano-continuó Clara sus diatribas contra Beatriz-¿A qué si no esas normas dictadas a Carlos para que no le molestase? ¿Que no fuera a verle y otras restricciones para estar a sus anchas?-

-No obstante, sí que lo hacía para pagarse ella...-

-Eso es lo que le habrá dicho mi hermano. No le haga caso. Su padre es abogado, además de ejecutivo de una multinacional, tiene un patrimonio enorme y le puedo asegurar que corría con todos los gastos. Ella era el ojito derecho de él y sólo tenían divergencias porque es hombre muy austero, tal vez un tanto chapado a la antigua, pero muy educado y cortés. Además, quería con locura a mi hermano; tal vez porque veía la persona tan buena y paciente que era. Lo demás eran cuentos chinos de Beatriz, a quien le gustaba hacerse la chica necesitada que tenía que trabajar para pagarse los estudios. Nada de eso. Lo haría para darse sus caprichos y en ese aspecto no tengo nada que añadir si su padre, la verdad que severo en esas cuestiones, no le proveía de más ingresos para aquéllos-

-Al hilo de lo que comenta, me dijo Carlos que él mismo quiso más de una vez ayudarle económicamente, e incluso la tentó para que no aceptara trabajar este verano en Llanes y que ella lo rechazó-

-Pues *ídem de ídem*, señor-volvió a la carga y esta vez aún más endemoniada Clara Uría-Esa era otra de sus especialidades, o sea soliviantar a su novio, lo mismo a su padre y así sucesivamente. Sólo buscaba excusas para perderse, para quitarse de en medio y encontrar libertad para sus deseos ocultos. Y no era la primera vez que lo hacía ¿Sabe? Sólo que no tan descarado y por menos tiempo que dos largos meses dejando a mi hermano al paio. Y el muy imbécil la defendía a capa y espada-

-¿Les consta que ese tal Luis Ángel estaba en Llanes el día del crimen?-

-Pues a mí sí me consta-respondió ufana la joven con rapidez-Y no veo nada malo en ello. Luis Ángel jamás hubiera ido tras ella. Más bien ella habría movido cielo y tierra por estar cerca de él-

-¿Lo cree una posibilidad?-

-Que ella le buscara, por supuesto. Que fuera al revés puedo asegurarle que imposible-

-¿En qué se apoya para decir eso con esa contundencia?-

-Luis Ángel a quien quiere de verdad es a mí, señor y precisamente aquel verano me propuso matrimonio-

-Entiendo-respondió Armando un tanto estupefacto y perdiendo el sentido de su interrogatorio durante unos segundos-Veo que su respuesta no fue afirmativa, señorita-

-Se equivoca, señor Adaro. No respondí ni sí, ni tampoco no-

-¿Y después de tres años sigue esperando el señor Lamadrid?-

-No hay día que no suene el teléfono-respondió de forma arrogante, no sólo con la palabra sino también con el gesto, la joven.

-Me hago cargo. Entonces, con ese argumento creo que le eliminaré de mi lista de sospechosos-

-No corra tanto-reaccionó la joven de improviso menos altiva-Aquella noche estuvimos juntos en Llanes con amigos comunes y es cierto que le perdí de vista sin saber dónde se había metido alrededor de la medianoche. Al día siguiente le pregunté y me soltó una respuesta poco convincente y creo que anduvo en algo que no deseaba me enterase-

-Interesante. Luego sigo su consejo y vuelvo a darle de alta en mi lista de posibles asesinos escurridizos-

-Ahora disculpe que le haga preguntas un tanto desagradables...-

-Está poniendo demasiada *árnica* antes de hacer la herida, señor Adaro-le interrumpió la joven-Y sepa que adivino qué me va a preguntar. La respuesta es sí, a la primera cuestión que está pensando. Ya le he dicho que estaba esa noche y a esa hora en Llanes. En cuanto a la siguiente cuestión la respuesta es no. Por supuesto que no asesiné a Beatriz, aunque si le digo la verdad, me hubiese gustado hacerlo. Y no exagero-

-Por favor, Clara, no seas descortés con Armando-

-Mamá, no es descortesía es sólo un poco de incorrección formal y eso parece no ofender a nuestro invitado-

-En ningún caso me incomoda, señora, estoy encantado de hablar con ustedes. Además me veo en la obligación de dar las gracias por la sinceridad mostrada a su hija y también por comprender que en mi investigación nadie está exento de ser sospechoso-

-Señor Adaro, si está pensando lo que imagino le diré que mi madre estaba también en Llanes, compartíamos habitación en el mismo hotel y tomábamos el sol en la misma *cala*-

-Agradezco la información pero no era nece...-

-Por favor, señor Adaro, le ha temblado la voz y eso le ha delatado-

-Clara, por favor, no seas mal pensada-reconvino la señora Antúnez con cierto aire de mando en su voz y logrando que cerrara su boca la joven y, de paso, finiquitando su perspicacia.

-Pido mil disculpas. No era mi intención...-

-Estás disculpado, hijo. No te tomes en serio las cosas de Clara. Es tan guapa como incisiva-

-Estoy de acuerdo en ambos calificativos-dijo Armando y con ello logrando que Clara cambiara su pose adusta por otra más dulcificada.

-Pero ¡Qué descortesía, muchacho! ¡Jesús bendito han sido los nervios! No te he ofrecido...-

*-No se preocupe. Tal vez en otra ocasión puesto que debo marcharme ya. Tengo una cita importante con un viejo amigo cuya ayuda puede arrojar luz a este asunto-*respondió Armando levantándose, no sin cierta dificultad por lo mullido del sillón donde había permanecido, y anduvo unos pasos hacia la puerta de la biblioteca seguido por ambas féminas. Antes de abrirla para abandonar la estancia, Armando se detuvo, se volvió hacia las dos y extrajo un cheque del bolsillo de sus gastados vaqueros.

*-Quería, señora Antúnez-dijo muy serio dirigiéndose a su anfitriona-agradecerle la entrega de este, diría, muy generoso cheque pero, aparte de que no estoy acostumbrado a tantos ceros, de que en el Banco se extrañarían de verme entrar con semejante documento extendido por una cantidad tan excesiva y, con las consecuencias las cuales se pueden imaginar de gente tan desconfiada, suelo tener la costumbre de jamás aceptar el vil metal por ayudar a un amigo. Y considero que su hijo ya cumple esta condición con creces. No crea que lo hago por su situación tan desesperada. Lo hago porque él seguro haría lo mismo por mí. De todas formas, y espero no tome mal opinión de mi persona, le acepto de buen grado ese alquiler del apartamento en Poo de Llanes durante este mes y, por supuesto, el coche; dado que mi precaria situación financiera ha provocado que el mío haya cambiado de manos, por decir un eufemismo y reconocer que ha sido embargado de manera implacable y además con razón puesto que no he conseguido pagar ni tan sólo el primer plazo-*concluyó Armando su casi manifiesto, el cual dejó atónitas a las dos mujeres, y después de manera muy teatral rompió en pedazos aquel cheque cuyo importe pensaba jamás vería en otra oportunidad.

*-Ha sido un placer conocerles y espero pronto traerles noticias esperanzadoras. Hasta muy pronto, señora, señorita-*dijo finalmente el joven criminólogo, se dio la vuelta y al fin abrió la puerta para marcharse.

-¡Armando!-escuchó a sus espaldas la voz firme pero menos grave de Clara Uría y al volverse observó cómo una sonrisa amplia y sincera se había dibujado de repente en su rostro, al tiempo que le ofrecía su mano. Armando no dudó en devolverle el gesto y en silencio la tomó para estrechársela.

*-Vuelva pronto-*le dijo Clara Uría sin apartar la mano.

-Lo antes que pueda, señorita-

*-Clara. Llámame Clara-*respondió la joven.

Capítulo X

Para llegar a punto a la cita con el comandante Alarcos, aguardando paciente en la urbanización donde residía Luis Ángel Lamadrid en Llanes, Armando había tenido que apretar algo más de lo que la prudencia aconseja el acelerador del flamante Volkswagen Golf GTI dotado con un potente motor de doscientos treinta caballos, a lo que no había podido renunciar por dos motivos.

El primero lo había confesado a las damas Uría, pero el segundo se lo había reservado para sí ya que le daba un poco de vergüenza desvelar en público el amor que profesaba por aquella sofisticada máquina que habían puesto en sus manos y, conociendo su precio y lo paupérrimo de su economía, se le hacía cuesta arriba imaginar que algún día podría poseer uno, al menos, parecido. No perdía, no obstante la esperanza pero, mientras sus finanzas se saneaban lo suficiente, había preferido disfrutar de aquel regalo por unos cuantos días hasta que, como en el cuento de Cenicienta, se evaporase dejándole sin consuelo. Estaba como niño con zapatos nuevos y no dejaba de observarlo cuando lo dejaba aparcado ni tampoco de admirar cómo rugía aquel motor por la carretera mientras lo conducía amparado en su seguridad y potencia.

Tras aquel tramo de autopista y otro de carretera comarcal, donde se vio obligado a contener al bólico, llegó por fin con el tiempo justo para que le diera Alarcos un buen tirón de orejas en forma de retahíla que distaba poco de los que su propia madre le propinaba de vez en cuando y, de cualquier forma, algo nada áspero y hasta le pareció con cierto cariño en las reconveniones recibidas, tanto por el riesgo en la carretera como por la tardanza propiamente dicha.

Después de las palabras que cruzaron sus oídos sin apenas hacer caso como era su costumbre y aprovechando la bonanza del clima, una vez dejado el vehículo en el aparcamiento anexo a la lujosa urbanización, emprendieron ambos a pie el camino que les llevó al domicilio de su próximo sospechoso. El veterano amigo continuó su perorata centrándose en la investigación, aunque sin demasiada concentración del joven.

-Te digo, chaval, que me huele mal ese tal Luis Ángel Lamadrid-dijo el comandante con seguridad en sus palabras-He andado preguntando por aquí y por allá y todos me dicen que es un niño de mucho cuidado. He confirmado que estuvo en Llanes la noche del crimen y muchas antes y muchas después también. Además que en esa fecha llevaba rondando por playas y bares de copas hasta el amanecer al menos una semana antes.

-Especias...vainilla...algodón de azúcar-

-Pero ¿Qué coño dices? Armando, joder, despierta ¿No me escuchas? ¿Qué haces ahí con la mirada perdida y oliéndote la mano?-

-Perdone, lo siento Comandante-respondió Armando dando un respingo tras escuchar el vozarrón del ex agente -Se me había ido el Santo al Cielo. Pero le he escuchado y le doy las gracias por esa valiosa información y...-

-Chico, cada día estás más despistado...si hasta me parece haberte visto babear y...-

-No sea exagerado. Sólo estaba pensando en un asunto y...-

-Ya me parece adivinar qué asunto es-

-Bueno, no es nada importante. Un tema doméstico-

-Bueno, bueno, sí, Armandito, un tema doméstico ¿No? Vale, ahora una de vaqueros e indios-

El joven criminólogo se ruborizó sin poder aguantarlo mientras su veterano y fiel amigo bajó la intensidad de su burla con tal de centrarse ambos en la investigación, la cual este último había avanzado con un cuidadoso y taimado trabajo de campo a la antigua usanza.

-¿Bien, dígame qué cuenta el personal del sujeto Lamadrid?-

-Nada bueno. Unos me dicen que es el típico caradura, otros que vive del cuento, los más discretos que es un chisgarabís-

-Pero forrado parece ser-

-Te equivocas, Armando. Esa es la imagen que pretende dar. El fulano debe hasta la camisa que lleva-

-¿Qué me dice?-

-Lo que oyes, chaval. Sobrevive con ese ritmo de vida a base de créditos, los cuales por cierto no suele pagar o bien pide otro para pagar el anterior-

Las palabras del comandante coincidieron cuando los dos investigadores pusieron pie en la escalinata de la mansión de su sospechoso joven.

-Alarcos, joder ¿Con esta casa pretendes que me crea que está al borde la ruina ese individuo?-dijo Armando boquiabierto ante el lujo y ostentación de la casa, donde no faltaba una enorme piscina romana rodeada de jardines cuidados con esmero sin contar con el cochazo aparcado justo al lado de la entrada.

-No te fíes de las apariencias. Ya sé que me vas a decir que con esto sólo ya tendría para cubrir deudas. Pero te equivocas, puesto que he descubierto que cuanto ves está embargado por los Bancos y financieras. Como lo oyes, pollo. Nada es suyo y además me temo según lo escuchado le quedan días para que tenga que abandonar este lugar de ensueño-

-Eso no lo pongo en duda, comandante; lo que me extraña es cómo alguien puede dilapidar el valor de esta mansión-

-Pues no es difícil si le gustan los Lamborghini Huracán, como el que tiene aparcado ahí fuera, y los fuera borda fondeados en el puerto de Llanes, y los inviernos esquiendo en Colorado, donde en las pistas de Aspen es esperado cada año con los brazos abiertos, y los fines de semana en la Costa Azul...-

-Bien, pero ¿Si dispones de una fortuna?-

-Pero no es el caso, muchacho. Y no digo que no la tuviera sino que no la retuvo-

-A ver, explíquese-

-¿Recuerdas el accidente aéreo de Orly?-

-Sí y no. Bueno, sí me acuerdo de que tuvo lugar pero no pongo en pie cuándo-

-Pues hace cuatro años este verano. El caso es que en el avión iban los padres de Lamadrid y, como es lógico, no sólo heredó como hijo único la fortuna que tenían sino las indemnizaciones-

-No me lo creo, comandante-

-¿Qué es lo que no te crees?-

-Joder, que Lamadrid se haya fundido todo ese capital y, además, el valor de esta fabulosa casa. Es que es imposible que haya tenido días suficientes para gastarlo todo y también los créditos-

-Pues te digo que demasiado le ha durado. Y comprenderás el motivo si te digo que, aparte los coches de lujo, los viajes, de los hoteles de cinco estrellas y la costumbre de cerrar los bares de copas de alto standing, el señorito tiene un gusto especial por esos polvitos blancos que se aspiran por la nariz y que tanto estímulo dan, los cuales consume a diario-

-Incluso así, Alarcos, no me digas que es difícil gastar ese dinero-

-Chico ¿Sabes a cuánto está el gramo de esa sustancia?-

-Lo desconozco pero debe estar bien cotizada-

-Lo que consume ese por supuesto. Nada de droga cortada. Sólo de la mejor calidad y comprada por kilos-

-Bien, tendré que claudicar y aceptar cómo alguien puede conseguir lapidar una fortuna tan grande en tan poco plazo de tiempo. Aparte de esto ¿Algo significativo más?-

-Pues algo que tiene su lógica si te digo que está buscando fortuna de repuesto para seguir ese tren de vida. Aunque, tal como lo veo yo, ésta no le va a durar mucho si

continúa ese ritmo porque con ese consumo el corazón pronto se gripará como motor sin aceite-

-¿Fortuna de repuesto? No entiendo-

-Me dicen por ahí que Lamadrid tiene un plan para que no pare la fiesta permanente en la que vive, donde por cierto no faltan las orgías con fulanas y amigotes. Y es que anda detrás de la hermana de Carlos Uría-

-De eso doy fe-

-Ya, ya, me imagino que es quien olía tan refinadamente ¿O me equivoco?-

-Bueno, sí, pero...-

-O sea que era ella-

-Pues sí. Además me confió que, en efecto, Lamadrid le propuso matrimonio aquel verano e incluso aún insiste-

-Pues no para de hacerlo desde entonces y todos me confirman que tiene montada una persecución, con tal de que acepte ser su esposa y de paso le limpie de deudas-

-No ha usado ella ese término tan contundente, o al menos no ha querido que yo supiera que la asediaba de esa forma. Lo que sí me ha comentado es que no había día que no la llamara por teléfono. Este comentario no sé cómo debemos tomarlo-

-Para mí que, leyendo entre líneas, ha querido decir que es un plasta ese tipo-

-No me pareció que lo dijera con segundas. Más bien se vanagloriaba que le insistiera, que no pasara día sin que le llamara para intentar su rendición y llevarla al altar-

-Error, chaval-

-¿Cómo?-

-Pues que si quisiera casarse te digo que lo estaría ya y, si no ha dado el paso, es porque conoce el percal-

-¿Habrá llegado a sus oídos lo que me cuentas?-

-Chico, joder, es vox populi. Si no me ha hecho falta ni decir su apellido. Pronunciar Luis Ángel y todos se han lanzado a su cuello, sobre todo porque va dejando ronchas por donde pasa. Deudas, deudas y más deudas. Esa es su vida y te aseguro que publicada a los cuatro vientos, por lo que esa muchacha le frena dar el paso para convivir con alguien así, por mucho que le guste. Bueno, si es que le gusta-

-Tal vez espere a que cambie de actitud-

-Pues va arreglada-

-Siempre hay excepciones y tal vez Lamadrid le haya prometido algo-

-Sí, seguro que dejarle sin un céntimo-

Las palabras de Alarcos, y su seguridad al hablar, se interrumpieron cuando la puerta de entrada a la fastuosa casa se abrió.

-Hola, les estaba esperando- dijo un joven de no más de treinta años, apenas vestido con bermudas, chanclas, camiseta y el pelo aún húmedo tras algún chapuzón en la piscina que se divisaba desde fuera.

-Luis Ángel Lamadrid, es un placer conocerles. Por favor, pasen- les dijo señalando un pasillo que llevaba directo al porche, donde les acomodó.

-¿Quieren tomar algo?-

-Tal vez algo fresco, gracias- dijo Armando acusando la temperatura de aquel día de verano profundo.

-Para mí algo igual de fresco pero con algunos grados- dijo en tono jocoso Alarcos y el anfitrión encajó con buen humor sirviéndole una jarra bien fría de cerveza, la cual ni un segundo esperó para saborearla hasta su mitad y de un solo trago.

Por su parte, Luis Ángel se sirvió un doble de whisky de doce años con hielo hasta arriba, el cual tuvo que rellenar incluso antes de que cualquiera de los dos investigadores abrieran la boca. Precisamente fue él mismo quien decidió romper el silencio.

-Creía que vendría de uniforme- le dijo a Alarcos de repente.

-No crea que muchas veces me levanto por la mañana, voy al armario y lo cojo. Es la costumbre. Ahora soy ex Guardia Civil y este que llevo es mi nuevo uniforme-respondió tocándose la blusa de cuadros que llevaba.

-De acuerdo. Es que me dijo su compañero por teléfono que era comandante-

-Retirado. Pero es la costumbre entre los que me conocen llamarme aún comandante y Armando el primero. Su padre y yo fuimos compañeros muchos años-

-Entiendo. Bien, estoy a su disposición. Sé, por lo que me adelantó su colega, que trabajan en el caso de mi amigo Carlos Uría. Una tragedia si me lo permiten. Nos conocemos desde párvulos, fuimos al mismo colegio de jesuitas y estudiamos en la misma Facultad. Si bien él terminó sus estudios y yo...bueno, el accidente de avión donde mis padres perecieron ambos y...el caso es que aún me quedan un par de años y ahora me da pereza volver a estudiar; además la herencia hizo que me desvinculara de un ritmo de vida más familiar por otro, digamos, más mundano. Pero tengo intención a futuro de concluir la carrera-

-¿Qué nos puede contar de Beatriz?-abrió fuego Armando sin más, ansioso por conocer nuevos datos.

-Fue una pesadilla. Jamás podría imaginar que terminara así y, para colmo, siendo víctima de uno de mis mejores amigos. Aquello resultó un aldabonazo para todos los que les conocíamos y, en especial, para mí ya que era íntimo de los dos-

-¿Qué grado de amistad tenía con ella?-atacó fuerte Armando.

-No sé a qué se refiere-

-Carlos me refirió algún que otro incidente...-

-Por favor, no siga. Carlos es un celoso empedernido-

-Según él, usted se propasó con Beatriz...-

-¡Jamás, jamás! Eso sólo está en su cabeza. Era una buena amiga y nada más-

-Disculpe que insista y le refiera un incidente...-Armando volvió a la carga para arrinconarle.

-Pero ¿Qué objeto tiene remover eso ahora?-

-Intentamos ayudar a su amigo y las preguntas, incluida esa tan incómoda, son necesarias-terció Alarcos.

-Está bien, tomen nota. No quiero hacerle daño a Carlos, más del que él mismo se hizo asesinando a Beatriz, pero él tenía una idea, una imagen, no sé cómo llamarlo...quiero decir de ella. Para él era el culmen de la integridad, de la fidelidad, del amor en estado puro, un ejemplo de pareja para toda la vida a prueba de tentaciones...y no pueden imaginarse cómo se equivocaba. Era tal el convencimiento, era tal la fe en la rectitud de sus actos que jamás desconfió de ella, hasta el punto de ver las cosas por sus propios ojos y ni siquiera reconocerlas. De ese tenor es el incidente del que habla, aunque hubo otros que ha silenciado. Ese en concreto fue muy desagradable, puesto que nos sorprendió cuando ella intentaba hacerme una felación en pleno hall de su casa. Ya se imaginarán que, con gran aplomo, Beatriz supo manipular la situación cargando las culpas sobre mí y yo mismo asumiéndolas por no herir a mi amigo. Para ella, y créanme que no exagero, yo constituía una obsesión y no perdía oportunidad de estar cerca de mí, hasta el extremo de seguirme, acosarme y todo guardando una doble vida con Carlos, quien ya les digo que estaba ajeno a todo y esos arranques de ira contra mí eran provocados por la cada vez más arriesgada forma que tenía Beatriz de abalanzarse en cualquier parte-

-¿Aquellos incidentes entonces no fueron aislados?-

-Así es, y todo por su culpa, por su impaciencia para tener sexo-

-¿Sexo?-

-Vamos a ver, señores, antes he dicho que no quería hacer daño a Carlos desde siempre y, ahora, tampoco a la memoria de Beatriz. Sin embargo, no tengo más remedio ante sus preguntas que confiarles la verdad. Y les digo que es la auténtica

verdad, la cara real de ella. Desde primero en la Facultad lo hacíamos cada fin de semana que Carlos no estaba por cualquier motivo. Por supuesto, ese verano trágico de hace tres años movió Roma con Santiago para venir a Llanes porque sabía que no viajaría en esta ocasión como otras temporadas. Mi economía, aunque vean aparcado el coche ahí fuera y esta magnífica casa donde les recibo con gusto, anda maltrecha y los embargos me llueven. Por ese motivo, cuando Beatriz se enteró de que pasaría el verano en Llanes no tardó en maniobrar para estar junto a mí y tampoco le faltó tiempo para presentarse aquí el primer día de descanso que tuvo-

-Agradecemos su sinceridad, joven, pero denos detalles sobre los movimientos de Beatriz si es que tan cerca estuvo de ella todo el tiempo-preguntó Alarcos cada vez más sorprendido de cuanto oía.

-No me importaría hacerlo. Sin embargo, debo decirles que, de manera sorpresiva, sólo vino aquel día a por su ración de sexo y la tuvo-

-¿O sea que quiere decir que se hartó de usted?-

-Justo eso es lo que deseaba decirles. Y esa fue la primera vez desde que nos conocíamos-

-¿No le llamó usted?-

-Quite, quite. Fue un descanso para mí que se olvidara un tiempo de que andaba por Llanes. Les confesaré que la misma noche de su desaparición me encontré con ella-

-¿Puede concretar en qué lugar?-preguntó Armando.

-Pues en la zona de ocio de Llanes, en un bar de copas, aunque después salimos y nos fuimos a charlar dentro de mi coche, cosa en lo que ella insistió-

-¿O sea que estaba sola?-

-Así es. Y eso mismo le pregunté yo y además viéndole tan emperifollada y oliendo a flores exóticas. Precisamente se ponía ese perfume para...bueno...ya saben...-

-No hace falta que dé más detalles de sus encuentros íntimos con ella, joven. Nos los imaginamos. Ahora continúe su relato-dijo el comandante con seriedad.

-Pues que estaba realmente atractiva. Y se lo digo yo que no me atraía. Bueno, quiero decir como novia, pareja o cosa similar. Sólo me atraía para...-

-Ahórrese el verbo. Siga-volvió el comandante a cortar el intento de Lamadrid por enriquecer su relato hasta el límite del buen gusto.

-Pues que me pareció curioso que ella siempre me buscaba para hacerlo y yo la mayor parte de las veces rehusaba, pero aquella noche fui yo quien le pidió nos viniésemos para esta casa. Joder, menudo corte me dio por primera vez. No me lo podía creer. Así que me mandó a la mierda en un segundo y me volvió la cara. No voy a mentir y más ganas de dieron de traérmela y pasar un buen rato. Así que insistí y me soltó una hostia de cuidado y luego salió pitando en dirección al puerto-

-¿Le dio la impresión de que alguien había quedado con ella?-

-Eso pensé después, aunque ya le digo que no apareció por lo menos allí. Y no volvió al bar de copas porque estuve luego más de una hora. Así que, si ese era el caso, quedaría con otra persona en lugar distinto-

-De acuerdo, Luis Ángel-habló Armando sin esperar a más detalles-Me imagino que el día del primer asueto de Beatriz, cuando estuvieron en esta casa, además de sexo comentarían la marcha de su trabajo. Tenemos entendido que tuvo un amago de querer abandonar ¿Tal vez por el niño? ¿Demasiado travieso?-

-¿El niño? ¿Ramirito? ¿Travieso?-remedó Lamadrid con ironía y cierto grado de mal gusto, lo que provocó una respuesta en forma de gesto iracundo de Alarcos, quien no se pudo reprimir bajo la mirada suplicante de su joven compañero de investigación para que no perdiera los estribos.

-No pongan esa cara, caballeros. Pido disculpas si me he excedido en esa forma de ridiculizar sus preguntas. Lo siento pero es que me han dado ganas de soltar una buena carcajada. Me imagino que esa es la versión, edulcorada por supuesto, que

Carlos les habrá dado. Y es que no hay mortal más cándido que él. Una pena de chaval, de qué manera se la dan a cada instante-

-Lamadrid, escupa de una vez lo que tenga en la boca y déjese de rodeos-cortó de raíz el comandante al lenguaraz joven.

-No se impacienten que les digo cómo Beatriz me confió de qué manera se las gastaba el sátiro del padre del tal Ramirito. Ya desde el primer día de trabajo le había intentado meter mano y, de hecho, el segundo día lo consiguió-

-Pero ¿Cómo no hizo nada o...?-

-Me dijo que logró bajarle los humos y le amenazó con referirle con pelos y señales sus actos a su esposa. Parece ser que aquello tuvo efecto y paró el individuo en sus ansias por disfrutar de su cuerpo-

-¿Cómo es que no tomó sus cosas y...?-

-¿Y largarse? ¿Dejar de estar cerca de mí? Jamás. La conocía de sobra y sabía que no lo haría. Me arriesgo a decir una maldad, incluso-

-Pues adelante, joven-dijo el comandante con curiosidad.

-Me la juego que permitiría algún revolcón con el padre de Ramirito con tal de quedarse en la casa hasta final de verano, obviando ponerle en evidencia y así tener que hacer las maletas de forma apresurada-

-¿Hasta ese punto actuaría?-preguntó Armando ofreciendo una mueca de asco en la boca.

-Ya les digo que no la conocían y, mucho menos, su novio, mi amigo el infantiloides Carlos Uría-

-¿No le estará faltando usted el respeto a su memoria...?-

-Comprendo, comandante, le suene fuerte lo que les desvelo. Pero sepan que intento ayudar a mi amigo. A pesar de todo, y de sus ataques continuos hasta llegar a veces a lo físico, y su animadversión hacia mí persona por supuesto absolutamente injustificada, quiero lo mejor para él y también verle fuera de ese infierno en el que está. Incluso sabiendo que acabó con ella-

-¿Tan claro lo tiene?-preguntó Armando un tanto desafiante.

-¿No les basta con mi testimonio? Pregunten por ahí. Amigos, conocidos, a ver qué les cuentan de ella. No, caballeros, no exagero un ápice-

-Bien, de acuerdo, Luis Ángel, pero no me cuadra lo que apunta con el cambio de actitud hacia usted. O sea que pasó de la obsesión sexual a la desidia y hasta la agresión para que no le tocara-

-En eso estamos de acuerdo. Yo también pienso que alguien se cruzó por medio y, ni que decir tiene, que le haría disfrutar más en la cama o quién sabe dónde más. Y perdonen la crudeza-

-Aparte de esos episodios del padre del niño que cuidaba ¿Comentó algo sobre algún otro hombre interesado en ella?-

-Ni hombre, ni mujer-

-¿Qué quiere decir con hombre o mujer?-preguntó extrañado el comandante.

-Bueno, creo que no tiene nada de particular salvo que podría estar interesada en otro hombre o bien en otra mujer. No sería nada raro-

-Vamos a ver, amigo, me está subiendo por el estómago una cosa y...-dijo un tanto enfurecido el veterano investigador.

-Un momento, Alarcos-interrumpió Armando con sequedad en sus palabras -Y usted, Luis Ángel, aclare las cosas y no suelte infundios, se lo ruego. Ahora, si sabe algo más, por favor díganoslo-

-Joder, no he tenido otra intención que señalar una posibilidad. Y todo porque Beatriz me contaba todo en la intimidad de las sábanas, quiero decir antes y después de...ya saben. El caso es que había tenido una experiencia con una compañera de curso y,

según me decía, había disfrutado al hacerlo con ella. No es que le gustaran otras mujeres, pero me confió que la experiencia le había resultado positiva. Después le pregunté si la repetiría y me dijo que sin dudar. Por eso he apostillado lo de hombre o mujer, ya que era una posibilidad. Tal vez remota pero no descartable para ustedes los investigadores-

-En eso estamos de acuerdo-dijo el comandante ya con menos severidad en sus facciones.

-Ya lo creo-añadió Armando-Es un dato que considero importante y donde hurgar-

-Tienen donde hacerlo-respondió Luis Ángel, tras dar un trago a su copa y de nuevo con aire enigmático, aunque sus entrevistadores no perdieron las formas en esta ocasión.

-Venga, chaval, déjate de acertijos, no amenaces con exclusivas como si fuésemos vulgares gacetilleros y dinos qué quieres decir con esas palabras-

-Pues, comandante, sólo lo que dice, comenta, cuchichea la gente del pueblo. Bueno, este es un lugar como saben pequeño, coqueto pero también cruel a su manera como todas las pequeñas comunidades a lo largo y ancho de la piel de toro. Aquí no iba a ser menos y todos se conocen, y todos nos conocemos. Ya les habrán dicho que estoy al borde de la ruina. Pues se han equivocado, por si no lo saben, puesto que ya me he caído de ese borde y les confirmo que sólo tengo lo que llevo puesto, salvo este whisky y esas cervezas aún frías. El Lamborghini no serían ustedes capaces de arrancarlo, ya que no tengo tanto como para repostar el enorme depósito que lleva. Además, ni tiene seguro para circular...-

-Ahórrrese más confidencias porque, no le mentimos, todo eso nos lo han citado punto por punto-

-Sí, comandante, es un terreno abonado para los investigadores y si el susodicho investigado es un bala perdida pues mucho mejor. Todos sobre mí que es gratis. Se vengan por la opulencia. Y es que la envidia es el mal patrio. Ni sur, ni norte, ni este, ni oeste, es el rasgo común de los hispanos, incluso los de más allá del océano, aunque no quieran reconocerlo, hasta los esquivos separatistas periféricos no pueden detener esa pulsión interior que les aboca a envidiar el bien ajeno-

-Luis Ángel, déjese de proclamas, filosofía barata y vaya al grano. Tenemos cosas que hacer-

-De acuerdo, comandante. Allá va. No sé si sabrán que Beatriz encontró ese trabajo gracias a los buenos oficios de la agencia de trabajo temporal del pueblo-

-Estamos al tanto. Siga-apremió Armando.

-Pues la última persona con quien se vio Beatriz la noche de su asesinato fue, precisamente, la directora y propietaria de la agencia-

-¿Y?-

-Pues ¿Qué va a ser? Es una redomada lesbiana conocida por todos y anda detrás de los cientos de chicas que pasan por la agencia-

-¿Beatriz no le comentó nada al respecto?-

-No hace falta, caballeros, y si no pregunten por ahí. Se vieron más de una vez en ese mes en el que trabajó. Y no lo digo yo, es que todos lo saben y lo comentaban. De todas formas, ya les adelanto no era la primera vez que una de las chicas andaba con esa mujer. Y no quiero decir que terminaran en su cama-

-De acuerdo, Luis Ángel, creo que es suficiente. Ahora respóndame sin rodeos ¿Dónde y con quién estuvo la noche del crimen entre las dos y las cuatro de la madrugada?-

-Bueno, justo aquí, en el dormitorio que está en la planta alta y en compañía-

-Entiendo ¿Podría indicarnos quién era su compañía?-

-Hay un problema-

-Usted dirá-

-No recuerdo sus nombres-

-¿Sus nombres?-

-Sí. Eran tres. Normalmente son dos, pero aquella noche hice una excepción. El caso es que con una fue genial, pero con las otras dos hicimos...-

-De acuerdo, de acuerdo, no hace falta que siga-

-Lo siento. Nunca recuerdo sus nombres y sus caras. Aunque sí me acuerdo de cómo tenían...-

Capítulo XI

Armando Adaro sorbía saboreando el café recién hecho con la mirada perdida en el verdor del paisaje que divisaba desde la galería del apartamento rural de “El Requexu”, un refugio en el interior de Poo de Llanes, a buena distancia del bullicio de la costa en esas fechas en plena efervescencia, donde podía escuchar los bucólicos rumores de la Asturias profunda, aspirar el aroma del campo al amanecer en pleno estío y dejarse llevar por el entorno poético a caballo entre los senderos que conducían empinados hasta las cumbres y los que se desparramaban como escorrentías secas hasta la mar brava cantábrica.

Aunque Alarcos le había suplicado se alojase en su casa de la localidad, Armando quiso hacerlo por su cuenta, y no porque le incomodase su entrañable amigo sino porque deseaba preservar su intimidad y necesitaba esos momentos de soledad para meditar. Y aquel lugar le predisponía a ello. Cosa que supo nada más encontrarlo serpenteando por entre las calles hasta descubrirlo en su tramo final, como oasis de paz y sosiego, entre árboles y cercas, entre mugidos y balidos, entre trinos de nerviosos jilgueros, mirlos ruidosos y ruiseñores esquivos, todos afanados en el trasiego de la vida, y de fondo el relincho encabritado de équidos, piafando y pastando libres en el húmedo vergel circundante.

Armando volvió en sí para observar la botella de sidra que se encontraba sobre la mesa, testigo mudo de la amabilidad de la encantadora propietaria de “El Requexu”, de nombre Marta, puesta allí a modo de heraldo de su hospitalidad desde su llegada y que renovaba en cada oportunidad en que se cruzaban.

Armando regresó a sus pensamientos y en el laberinto en el que andaba acompañado de Alarcos, a cada paso que daban más intrincado y complejo. De todas formas, lo más frustrante era comprobar cómo las pesquisas no alumbraban ese camino, esa pista de oro, que les llevara a un resquicio por donde penetrar en el misterioso enigma de quién había asesinado a Beatriz Campoamor.

Tal era su desasosiego que, por unos instantes, cayó en esa melancolía tan propia suya y hasta desechó la idea de la inocencia de Carlos, con vigor abanderada por él mismo. Pero sólo fue un desliz, apenas una intención, y como otras veces una forma de hacerse daño a sí mismo, reconociendo que por simple y llana inseguridad.

No obstante, ese rasgo lo compensaba con la tozudez, heredada de su madre, y levantó de nuevo la guardia para frenar aquellos golpes certeros que, sobre su conciencia, lanzaba ese gigante invisible que moraba callado en su propio interior, amenazante pero aún no triunfante.

-¡Armando!-oyó el joven criminólogo de repente y comprobó cómo Alarcos, preparado para la batalla, le reclamaba voz en grito desde el aparcamiento situado más abajo, a la vez que le hacía señas para que aligerase.

Unos minutos después se encontraba con su compañero de pesquisas y, subiendo al Golf GTI, pusieron rumbo a Llanes.

-¿Sabes, Armando? He estado dándole vueltas a la conversación de ayer con ese fulano y ¿Te puedes creer que cuanto más recuerdo sus palabras menos de las creo?-

-Dímelo a mí. Anoche no podía coger el sueño por idéntica sensación. No veo factible esas cosas que cuenta. Además, el tipo es poco de fiar-

-Más bien un cantamañanas-añadió Alarcos-Y aficionado a echar mierda sobre los demás sin oler la suya propia, que es mucha-

-Me cuesta un poco asimilar eso que asegura de que Beatriz fue quien, al saber que pasaría el verano en Llanes, se enfrentó a Carlos y a su propia familia con tal de trabajar aquí y estar cerca de él. Pero, a fin de cuentas, puedo tragármelo. No es descabellado. Sin embargo, ese episodio en el bar de copas me resulta chirriante, cuando menos-

-Esa es la cuestión, Armando. No cuadra esa forma de describírnosla como una obsesa del sexo a deshoras con él, alguien que le persigue por donde va, y después nos larga esa escenita con guantazo incluido y huida de la chica en pos de no sé quién. Y lo más gracioso eso que añadió de hombre o mujer-

-Bueno, comandante, en eso no pleiteo con ese sujeto. El mundo está así-

-Joder, qué mierda de mundo ¿No?-

-En fin, es el signo de los tiempos y no es de extrañar que alguna mujer encandilara a Beatriz-

-Pues vamos a salir de dudas-

-Esperemos que podamos sacar algo en claro-concluyó Armando mientras conducía el trecho corto hasta el centro de la población, superando los típicos atascos matutinos y después, no sin esfuerzo, aparcaba al lado de la agencia de trabajo temporal de Llanes, para después encaminarse a ésta.

-Buenos días ¿Podríamos hablar con Doña Luisa Arango?-preguntó Armando a una joven situada a la entrada de la oficina maquillada como si fuera a asistir a una fiesta de fin de año, aunque no tan cuidadosamente vestida como las otras tres que permanecían hipnotizadas delante de las pantallas de sus respectivos ordenadores.

-Buenos días-respondió la joven-Sigan el pasillo adelante y después a mano derecha-les indicó gesticulando aunque con cierta elegancia; lo que sirvió de guía a los dos investigadores que, tras unos pasos, se encontraron con una mujer de mediana edad sentada en una mesa de ejecutiva, gafas de lectura colgadas al cuello y ensimismada en cientos de papeles que poblaban de forma caótica su lugar de trabajo.

-¿Señora Arango?-se arrancó Armando.

-Sí, dígame-respondió ella con una sonrisa, la cual permitió a ambos comprobar lo atractivo de su rostro.

-Hablamos por teléfono...-

-Sí, sí, pero ¡Qué cabeza la mía! Por favor, siéntense los dos. Investigadores ¿Verdad? El caso de Beatriz, pobrecilla, una pena. Y díganme ¿Qué quieren saber?-

-Gracias, muchas gracias señora Arango. Mi nombre es Armando Adaro y me acompaña mi colega el comandante Alarcos-

-Un placer, señores. Estoy a su entera disposición aunque bien poco puedo ayudarles, ya que mi contacto con Beatriz se ciñó a estrictos temas laborales-

-Disculpe que la contradiga, señora, sin embargo tenemos noticias de que usted y ella se vieron en varias ocasiones-se lanzó Armando a degüello.

-Y yo no le contradigo a usted-torció el gesto la mujer aunque sin forzar el tono de voz-Es cierto que tuvimos esos encuentros, pero les puedo asegurar que en ellos sólo se trataron temas relacionados con su trabajo en la casa-

-¿Podría ser más explícita?-

-Soy una profesional y como tal me debo a mis clientes. Beatriz, en parte, también lo era y, por supuesto, quienes le contrataron. Por lo tanto, no debo faltar al respeto a estas personas y hacer públicas nuestras conversaciones-

-Señora, antes nos ha dicho que estaba a nuestra disposición, sin embargo veo que eran sólo palabras-intervino Alarcos sin dejar de pensar en el atractivo de aquella mujer y el desperdicio que suponía que no le atrajeran los hombres; siempre que aquello fuese verdad y que él mismo ponía en cuarentena observando su femineidad tan acusada.

-De acuerdo, es cierto lo que dice. Como prueba de buena voluntad les revelaré algo que ruego guarden para sí-

-También nosotros somos profesionales, señora. No tema-

-Confío en ustedes y por ello les diré que Beatriz me consultó, creo recordar que a la semana de trabajar en la casa, qué consecuencias traería si abandonaba lo pactado de permanecer dos meses cuidando al niño. Por mi parte, le advertí que sólo traería

inconvenientes relacionados con su salario, pero que para los padres del niño sería una gran decepción por cuanto el pequeño se comportaba de maravilla con ella. Quiero decir que había logrado meterle en cintura, además de aceptar de buen grado utilizar todo el día el idioma inglés, y eso era algo que apreciaban sobremanera. Era una chiquilla encantadora, bellísima, educada, la verdad es que lo tenía todo y eso no había pasado desapercibido en los días en la casa. Estaban encantados con ella. El caso es que le recomendé tuviera paciencia y aguantara un poco más antes de tomar una decisión definitiva-

-¿Le reveló los motivos de su malestar?-preguntó Armando sin esperar a la última sílaba.

-No sé si debo-

-Debe, señora Arango. La vida de un inocente está en juego-contestó Alarcos sin quitar ojo de sus largas y cuidadas piernas a la vista por un lateral de la mesa.

-¿Inocente? Pero creía que su novio estaba sentenciado y cumpliendo condena-

-Cierto. Pero creemos en su inocencia y es el motivo de nuestra investigación, a modo de revisión del caso-apuntó Armando utilizando un tono más conciliador para buscar la complicidad de la mujer.

-Es algo irregular, creo. Pero, en fin, como les veo con esa seguridad pues de la misma forma les ruego guarden absoluto secreto de lo que voy a referirles. Y en esta ocasión con mayor rigor, si pueden-

-Punto en boca-recalcó Alarcos.

-El caso es que es un tema muy irritante y, si me lo permiten, escabroso. Y digo esto como introducción porque las palabras en su día de Beatriz me sonaron huecas-

-Por favor, explíquese-sugirió intrigado Armando.

-Pues por el tono en el que me las dijo-

-Más concreción, por favor-saltó Alarcos casi mordiéndose las uñas y observando el perfecto perfil de aquella mujer de ojos grandes y cristalinos, pelo recogido de forma elegante y manos con dedos largos y finos, de uñas relucientes de un rosa pastel haciendo juego con sus labios.

-Pues ¿Cómo les diría yo? Frialdad...eso es, con frialdad...sin que rompiera a llorar, como yo hubiese esperado o, al menos, con signos de preocupación. Nada de eso sino todo lo contrario, como si me relatara cualquier suceso cotidiano en la casa. Y les puedo asegurar que era algo muy grave y tenía que ver con el padre del niño-

-¿Se propasó con ella?-preguntó adelantando acontecimientos Armando, pecando de ansiedad.

-Veo que pocas palabras han bastado. Pues así es. Beatriz me confió que andaba día y, sobre todo, noche tras ella. No dejaba de manosearla en cualquier oportunidad y, en una ocasión, había entrado en el baño mientras estaba desnuda aseándose y se abalanzó sobre ella hasta tocarle...bueno, me paro aquí-

-Sí, por favor-dijo Alarcos con aquella mueca de repulsión que en esos momentos le salía de forma inconsciente.

-Tras referírmelo también me chocó que no me pidiera consejo respecto a denunciar el acoso. Por eso se lo sugerí y, en vez de esto, se limitó a pedirme si podía buscarle otras casas para completar la temporada de verano en Llanes-

-¿Y quedaron en eso que apunta?-preguntó Armando.

-Pues sí y no. Y me explico, no se inquieten de nuevo. El caso es que al día siguiente de aquel encuentro me llamó y me pidió olvidara por completo el asunto y, agárrense, que todo había sido un malentendido y que no quería implicar al padre del niño en nada. O sea que me negó lo que había dicho. No me lo podía creer por supuesto y así se lo dije; para ella después insistirme decenas de veces en su petición de olvido y abandono de la posibilidad de ir a otra casa-

-¿Qué conclusión saca de todo eso, señora?-preguntó Alarcos.

-Pues que, si no me equivoco, quería permanecer allí a toda costa. Y, si me permiten que sea un tanto cotilla, tal vez le complació el padre del niño en alguna de sus acometidas y decidió probar con más detenimiento-

-¿Tenía noticias de este comportamiento de ese hombre?-

-Ni mucho menos. Jamás escuché un comentario negativo de él. Y fíjense que decenas de chicas he mandado a trabajar a su casa. Siempre ha tenido una conducta intachable. Al menos que yo sepa, claro-

-O sea que, desde ese día, no volvieron a tener contacto-escurió la pregunta Alarcos, no sin cierta dosis de mala baba.

-Bueno, la verdad es que sí nos encontramos en otra oportunidad-

-¿La noche en que fue asesinada?-se envalentonó con rostro serio Armando y atacó sin contemplaciones.

-¿Quién le ha dicho eso? Bien, seguro que algún vecino gustoso de los chismorreos. Hay muchos ¿Saben? Y no se imaginan las cosas que yo misma sé de ellos. Son unos cobardes y envidiosos, si me lo permiten. Soy una emprendedora y me va bien. Comencé con una pequeña oficina, apenas un cuchitril, y miren ahora. Eso no lo pueden perdonar. Pero, en fin, pues sí es cierto ¿Y qué hay de malo que nos viéramos esa noche?-

-Nada y todo, señora-habló Alarcos matizando la última opción.

-Bien, bien, lo leo en sus ojos, señor. Han ido por ahí buscando chismes y les han dicho que soy...-

-Disculpe, señora, su condición sexual es algo que no nos incumbe. Sin embargo, ese factor añade una variable que debemos tener en cuenta a la hora de...-

-Déjese de palabrería, de dar vueltas. Lo que quiere saber es si mantenía una relación con Beatriz ¿O no es así?-

-Tal cual y ahora responda, por favor-saltó Alarcos.

-No y mil veces no. Jamás tuve nada que ver en cuestiones sexuales con ella. No voy a negar que me atraía y mucho, por cierto-

-¿Lo intentó al menos?-hurgó Armando con la palabra en el ánimo de la mujer.

-En fin ¿Para qué voy a mentirles? Sí y en varias ocasiones. Pero me rechazó siempre-

-¿Sentía por ella...?-fue más allá Alarcos subiendo la apuesta.

-¿Amor? No, claro que no. Para ello tendría que haber intimado algo más. Pero fueron momentos, instantes los que estuve con ella. Pero sí sentí una atracción fuera de la común y...-

-¿Para perder la cabeza?-Armando se desmelenó e imitó la agresividad de su compañero.

-Ni mucho menos. Era un portento como belleza, inteligente, despierta, atractiva, con mucha personalidad, pero le faltaba algo. No sé qué para que me volviera loca por ella-

-Señora, no me gusta preguntar estas cosas pero aquella noche...-Alarcos ya no pudo más y buscó la puntilla con su pregunta.

-Está bien, será mejor que les diga la verdad o si no me parece que no me dejarán tranquila nunca. Aquella noche fui yo quien la citó y con una simple excusa que se tragó. No sé si por inocencia o porque deseaba que le tentara. El caso es que nos encontramos en el aparcamiento del puerto y ella se sentó junto a mi dentro de mi coche, donde le dije le esperaba. Llegó despampanante, atractiva y elegante como nunca, me dejó sin aire. Tanto fue así que no pude reprimirme y sin mediar palabra le besé en los labios. Ella no me rehusó al principio y después dejó que repitiera mi acción. Sin embargo, de repente me apartó, me lanzó algunos insultos y salió del coche dando un portazo. Visto y no visto, tal como les refiero. Después de aquello, les aseguro que no volví a saber nada de ella hasta que me enteré que había aparecido asesinada. Eso es todo-

-Ahora, señora, díganos cuántas veces intentó eso mismo-lanzó Armando como una

daga la pregunta observando la reacción en la mujer.

-Dos, tres, no sé. No recuerdo cuántas veces-

-Sea valiente y díganos en cuál de esas consumó...-

-Una...una sola, y déjenme ya en paz-

-Enseguida señora, en cuanto termine de decirnos la verdad-le respondió más bravío Alarcos intentando amedrentarla al límite de sus fuerzas.

-No fue aquella noche. No insistan. Les he dicho la verdad. Lo juro. Pero sí les he mentado. Una semana antes Beatriz aceptó venir a mi casa. Y sí, lo hicimos. Fue inolvidable para las dos. Por eso me dolió su actitud, aquel desplante en el coche horas antes de ser asesinada. Me rompió el corazón cuando me dijo que alguien había ocupado mi lugar. Yo perdí un poco los nervios y... en fin, ya se imaginarán. Pero no tuve que ver nada en su asesinato. Arranqué el coche y volví a casa. Nada más-

-Esto ya suena algo mejor, señora. No sé si ha dicho todo, pero si se queda algo para usted debe ser insignificante y para nosotros ya nos sirve lo que tenemos-dijo Armando más relajado.

-No sé si es, como dice, insignificante lo que me quedó en el tintero-

-¿Cómo? Por favor, no se prive. Esa propina nos puede resultar provechosa-al fin Alarcos esbozó una sonrisa y dejó caer la mirada en el generoso escote que, tras desabrocharse un botón por su cuenta en algún movimiento de la mujer, dejó a la vista su pecho.

-Les diré que al dar la vuelta al aparcamiento, para enfilarse hacia las afueras del puerto, observé cómo se le acercaba alguien por detrás a Beatriz-

-Nos tiene sobre ascuas, señora-dijo Armando.

-Pues no se vayan a quemar porque esa persona era alguien muy conocido para ella. Tanto que vivía bajo el mismo techo y, quien sabe en esos momentos, si tal vez compartían algo más-

-Señora, sólo le falta decir que esa persona era el padre del niño al que cuidaba-Alarcos ya se mordía otra uña y casi se incorporó de nerviosismo.

-Frío, frío. Era su esposa...-

Capítulo XII

-Armando no era amigo de asistir a fiestas, y mucho menos a ferias rurales. Sin embargo, había aceptado el día anterior la sugerencia de Marta, la propietaria de “El Requexu”, siempre dispuesta a que todos los visitantes de su establecimiento conocieran no sólo la naturaleza excelsa circundante, ni los cientos de lugares con encanto que ofrecía la costa, sino a las amables gentes que pueblan aquellos rincones norteños.

De esta guisa, se había presentado con su amigo el comandante en una de aquellas entrañables fiestas del verano asturiano y, en volandas de la música, los bailes y el ambiente de confraternización y, sobre todo, el calor húmedo de la noche exenta de vientos, había tomado más sidra de la que acostumbraba junto a varias pintas de cerveza y algún que otro espirituoso de mucha graduación, por lo que cuando despertó por la mañana las cosas alrededor de la cama parecían bambolearse por sí solas, a su libre albedrío, mientras él mismo parecía estar anclado a aquélla.

Después de dos esfuerzos por recuperar la verticalidad realmente inútiles, el tercero pareció sonreírle y dejarle al menos alcanzar el cuarto de baño, en el cual su estómago logró el desahogo esperado durante horas, dejándole más centrado, con su cabeza tomando de nuevo el control de los objetos que le rodeaban, aunque con un dolor fastidioso que no recordaba haber sufrido desde su época de universitario barbilampiño.

La ducha consiguiente, el café cargado, los dos comprimidos tragados aprisa, apenas le dieron un respiro para la migraña tan molesta, optando entonces por cerrar los ojos y tirarse en el sofá del apartamento, al que cegó de luz con persianas arriadas. Ayudado por la calma reinante, lejanos los rumores del campo y ausente el indecente ruido del tráfico, distante kilómetros del refugio en el que habitaba, se sumió en su mundo interior donde aparecieron esas imágenes que los relatos de cada uno de los testigos del caso interrogados materializaban como vaporosas estructuras efímeras que, a poco que él mismo recapacitase en su existencia, se esfumaban impulsadas por corrientes invisibles y poderosas de aire salido de un laberinto en el que podía escuchar con nitidez los bisbiseos de gentes anónimas, a las que era incapaz de poner rostro.

En este trance, reconocido por él mismo como terapéutico, la sensación del dolor pareció aplacarse y le dejó en su lugar otra que le llevó a un sueño donde las imágenes tomaron entonces corporeidad, donde los diálogos escuchados comenzaron a reverberar insistentes en su mente, cautiva por unos momentos de un vaivén de escenas yuxtapuestas, a veces inconexas, pero cuyo denominador común podía adivinar aunque no definir. Esa frustración no le dejaba conciliar el estado profundo de descanso y le soliviantaba con tal de que intentara descifrar el acertijo que su propia consciencia le proponía.

Fallidos intentos se sucedieron una y otra vez hasta que un sonido lejano le alertó de algo que no ponía en pie. Ese mismo sonido fue haciéndose cada más fuerte e intenso, hasta ocupar todo su entendimiento; aunque su cuerpo noqueado se negaba a dejar que sus músculos respondieran las órdenes categóricas para ponerse en movimiento.

La insistencia y el volumen de aquel sonido, aún sin identificar en su somnolencia, por fin consiguieron que sus ojos se abrieran y su espalda aceptara impulsarle para incorporarse y regresar al mundo material, donde el timbre de la puerta no dejaba de emitir el estridente sonsonete.

A duras penas alcanzó la puerta y la abrió con desgana hasta que observó quién se encontraba tras ella. Con un tan elegante como informal vestido de algodón blanco, el cual dejaba ver insinuante sus hombros tostados por el sol, Clara Uría le dedicó una mueca comprensiva al ver el estado de sopor en el que se encontraba y, de paso al comprobar su estrambótica y precaria indumentaria, también una sonrisa.

Armando abandonó el estado casi catatónico que exhibía y despertó al mundo al verla justo a un palmo de sus narices. Era la segunda vez y, si la primera le causó una sensación extraña, aquélla fue nítida y fulgurante. Era una belleza tan personal que apenas podía aprehenderla. Tenía un algo tan especial que, por mucho que rastreara por sus facciones, no daba con la palabra que la definiera. Recurrió por tanto, sólo para sí en esos instantes, a idealizarla y así imaginarla con los atributos de una vestal romana, virgen y de pura sangre etrusca, sacerdotisa entregada a la misión de mantener el fuego sagrado.

-¿Llego en mal momento?-dijo al fin Clara viendo lo absurdo de la situación, con Armando todavía en babia.

-No, no, nada de eso. Es que anoche estuve de parranda-reaccionó de repente dando un respingo el joven-*Disculpa que te reciba con esta pinta...-*

-Bueno, no es peor que la que llevabas el otro día-le soltó Clara con sorna, que Armando tomó con buen humor.

-Vaya, me alegro. Pero, pasa, por favor, siéntate ¿Quieres tomar algo?-

-Un café no me iría mal. Sólo y sin azúcar, por favor-

-La línea ¿No?-preguntó Armando mientras se lo preparaba con tanto nerviosismo y torpeza que no atinaba a nada.

-¿El café te refieres? Para nada- respondió Clara aguantándose la risa al verle caer y derramar cuanto tocaba-*Lo tomo así porque me gusta saborearlo. El azúcar enmascara el aroma. Cierto que es ácido y fuerte, pero es que el café es así. Pero, disculpa, parece que estoy dando una conferencia sobre...-*

-Pues a mí me ha parecido interesante lo que dices. La verdad es que nunca lo había pensado. Tal vez me anime la próxima vez a seguir tu consejo y lo tome sin azúcar-

-Al principio es muy amargo, ya te lo adelanto. Pero si perseveras, al poco tiempo te acostumbrarás y te deleitarás con el sabor natural. Y así aprenderás las diferencias entre sus distintas procedencias. Yo soy muy de café Catunambú-

-¿Catunambú?-

-Es de Sevilla y es el mejor que puedas tomar en España. Aunque es difícil encontrar por aquí. A mí me lo manda una prima mía-

-Muy interesante y tomaré nota por si puedo conseguirlo. Aquí tienes-le puso al fin Armando la taza de café a su alcance *-No creo que sea tan bueno como ese que dices, pero al menos es café-*

-Y bien fuerte, Armando-le respondió Clara jugando un poco con él al verle en el estado de desazón que andaba. Pesó que era un peluche en sus garras de felina. Allí, tan indefenso, tan inocente, pero le gustaba a rabiarse aquel individuo desaliñado e inseguro, pero aun así educado, humilde y, sobre todo, muy inteligente. Y lo curioso es que su primera impresión había sido todo lo contrario. Tal vez por eso estaba allí. Pero eso él lo desconocía.

Armando, por su parte, guardó silencio unos instantes, dejando que sorbiera el café. Se paró en seco y regresó a sus adentros. El sonido se apagó y sólo se concentró en sus ojos, en sus manos, y en ese olor que exhalaba, el cual no había podido dejar de recordar desde su primer encuentro. Rememoró su primera impresión de aquella muchacha surgida de no sabía dónde en la biblioteca de la ampulosa casa ovetense. Le pareció la más maleducada, arrogante, presuntuosa y estúpida niña bien que había conocido en su vida. Y habían sido bastantes y todas cortadas por la misma tijera. Y no había nada en el mundo que odiara más que a una de éstas. Sin embargo, Armando reconocía que Clara era una excepción. No podía evitar mirarle a esos ojos profundos, admirar su perfil de suaves líneas, su cutis de una perfección insultante. Pero, sobre todo lo demás, su personalidad arrolladora, esa pizca de inteligencia que salía por sus poros, esa femineidad que acompañaba cada gesto y cada sílaba que su pequeña boca pronunciaba. Armando la miró y pensó, sólo una milésima de segundo, que la

conocía desde siempre. Que era alguien con quien había charlado y paseado. Con quien había tomado alguna cerveza en una terraza del centro de su Vetusta natal. Tal vez compartido un helado alguna tarde calurosa de verano. Quizás unas sidras, después de ver en un cineclub universitario una película surrealista de algún autor de culto en una fría noche de finales de enero. Hasta le parecía haber sentido aquellas manos virginales rozar su piel. Sin embargo, no era el caso y eso fue lo que le hizo abandonar su ensoñación.

-¿Qué tal se encuentra tu hermano?-

*-Como nunca-*respondió con esa rapidez de reflejos y hasta gracejo en su sequedad al pisar las últimas sílabas pronunciadas por Armando.

-¿Qué me dices? Pero si le dejé taciturno y...-

-Pues ahora parece una sonaja. Hasta habla por los codos y está todo el día de acá para allá gracias a la rehabilitación que le está dejando como nuevo-

-Me das una alegría grande. Pero ¿qué ha motivado...?-

-El amor-

-¿Cómo? Pero, no entiendo...-

-Pues sí, así es. Amor a primera vista. Para mí es lo mejor que ha podido ocurrir, aunque sea una barbaridad lo que digo, pero es que esa paliza y su ingreso en el hospital ha cambiado el rumbo de su vida hasta el punto de arrancarle de ese agujero infecto en el que estaba sumido sin esperanza de salir de él. Y me refiero a la parte anímica, porque la condena de momento no hay manera de librarse de ella. El caso es que ha encontrado un motivo para recuperarse y desear ver cómo amanece cada día. Y la pócima milagrosa se llama Maribel y es una de las enfermeras que le cuida-

-Enamorado entonces-

-Y que lo digas. Hasta las trancas. Ni en sueños podría imaginar algo mejor para mi hermano al fin rota esa sogá que le ataba, incluso convertida en humo, a Beatriz.

-¿Y ella? La tal Maribel-

-No lo sé. Y la verdad es que tampoco me importa demasiado. Por mi parte, sólo me conformo con que le considere su amigo-

-Pero, Clara, una vez se recupere del todo y deba abandonar el hospital...-

*-Dios dirá...ahora disfruto del presente y de que Carlos piense en alguien diferente a ese demonio vestido de mujer-*respondió Clara con signos evidentes de furia en su rostro, para después dejar la mirada perdida y guardar un silencio que se hizo espeso para ambos jóvenes; tan incómodo que ninguno se atrevió a romperlo durante un minuto parecido a una eternidad.

*-Es curioso-*retomó Armando la conversación y cambiando no sólo de asiento para acercarse un poco más a ella sino también de tema.

*¿Qué es curioso?-*replicó Clara intrigada.

-Pues que a estas alturas no te he preguntado de qué forma has dado conmigo. Ahora que caigo, no recuerdo haberte dado...-

-¿Tus señas? Pero, hombre, si es que Poo de Llanes es muy pequeño. Tanto como encantador. Y ya sabes lo de las pequeñas comunidades. Sabía que habías elegido este lugar por mi hermano. Y me ha bastado aparcar en el bar, ese que está junto a la vía del ferrocarril de vía estrecha y hacer un par de preguntas. Tan es así que, de paso, me he enterado que andas investigando el caso con otro vecino ilustre de la localidad. Todo un comandante retirado, lo cual aquí es como un Premio Nobel, si me permites la maldad-

-No sé si pedirte que te incorpores a nuestras tareas de sabuesos, ya que te veo maneras, Clara-

-Pues no creas que me gustaría. Ya que me consideras una sospechosa más, por lo que vi en tus ojos el otro día, también tengo derecho a investigar y encontrar esa pista que me libere de mi estado-

-No, Clara. No eres sospechosa...-

-Por favor, Armando. Faltas a la sistemática de la investigación. Si lo piensas fríamente, soy el prototipo de presunta criminal de Beatriz. Primero y esencial, tenía un móvil claro y ese era el odio. En segundo, y no menos importante, es el hecho de que estaba el día y a la hora del crimen muy cerca de donde se cometió. En tercero, último y si me permites rocambolesco, puede que haya venido hoy para intentar me borres de la lista-

-Pero, Clara, algo tendrás en tu descargo para que así lo haga-

-Tienes razón. Aunque no sé si te valdrá. El caso es que sólo puedo poner en la balanza de mi inocencia que, al enterarme del asesinato de Beatriz, lo primero que pensé es que alguien se me había adelantado-

-¿Tanta era la animadversión que le tenías?-

-Te agradezco el eufemismo pero no hacía falta. Odio; puro odio, insano y maligno. Justo era lo que sentía por esa arpía-

-No dudes que cumples los requisitos para considerarte una sospechosa. Aunque debo reconocer que, desde el primer día, sabía que no eras tú a quien buscaba. Bueno, quiero decir como asesina-se ruborizó de repente al decir esto el joven -Ya sé que, precisamente, esa claridad de tus intenciones confesas podrían ser una pantalla para confundirme. Pero sé a pies juntillas que no lo son-

-También te agradezco que presupongas de manera tan favorable para mí-

-No te veo en el papel de asesina-

-Espero no tener que interpretarlo nunca-

-No es peor que el de asesinada-

-Se nota, Armando, que eres del gremio de la criminología. De vez en cuando te salen esos comentarios tan macabros...-

-Bueno, es un poco de humor negro-

-Ya veo que debes ser admirador de Hitchcock-

-Fanático, añadiría-recalcó Armando con un gesto.

-¿Tu peli favorita de él?-preguntó Clara tirando el anzuelo.

-“La sogá”-dijo el joven con convicción.

-Lo imaginaba-

-¿Y la tuya?-atacó Armando.

-¿Mía? Odio profundamente a Hitchcock-le devolvió el tiro Clara, pero dejando ver una media sonrisa cómplice.

-Bien ¿No te gusta el cine en ese caso?-dijo Armando pasando al ataque otra vez con más ironía incluso.

-¡Qué ocurrente! Ni que fuera él únicamente quien representa al cine-

-Ya te he dicho que soy una especie de obseso de sus historias. Dentro de ellas está la vida misma. Es como un caleidoscopio de...-

-Por favor, Armando-explotó Clara-El cine es Murnau, Ford, Lang, Wyler, Manckiewicz...-

-Y también Hitchcock. Pero, Clara...-de pronto Armando calló y tras mirarse los jóvenes durante unos segundos, una carcajada al unísono de ambos rompió la pretendida discusión, que devino en una escena de complicidad, cuando ninguno podía aguantarse la risa observando al otro hacer lo mismo.

-Joder, parecemos dos chiquillos discutiendo por algún juguete...-dijo Armando, por fin logrando controlarse.

-Bueno, no podía ser menos. Somos opuestos en todo. No hace falta nada más que vernos y escucharnos. Y el cine no iba a ser menos ¿O no?-añadió Clara también ya repuesta de sus carcajadas bien sonoras.

-Sí, es cierto-dijo esta vez Armando de nuevo sin poder controlar la risa -Pero que conste que te has dejado atrás a Ray, Kubrick, Lubitsch...-

-Y tú a Chaplin, Vidor, Fellini, Buñuel, Wilder, Cukor-añadió Clara igualando el humor

de su contrincante ya contra las cuerdas.

*-Bien, bien, has dicho Buñuel. Eso te honra-*habló Armando serenando el tono de su voz y dándole otro más serio y grave sin dejar de mirar los ojos de Clara.

-¿Qué quieres decir?-

-Pues que Hitchcock admiraba profundamente al director maño. Hasta le confesó que se inspiraba en sus películas, en concreto en "Vértigo". Incluso le organizó un homenaje cuando le dieron a Buñuel el Oscar-

-Bueno, parece que hemos llegado a un punto en común-

*-No ha sido fácil, pero hemos llegado-*dijo Armando dejando las risotadas ambos y cayendo en un silencio repentino, en el que coincidieron en las miradas a sus respectivos labios durante un tiempo indeterminado.

*-¿Nos hemos visto antes? ¿Ibas al cineclub universitario?-*preguntó Armando sin pausas entre las cuestiones planteadas, rasgando de forma brusca el silencio y retomando su seriedad habitual para, de improviso hasta para él mismo, rescatar su ensoñación y atreviéndose a lanzarla como una daga afilada al corazón de Clara-

-¿Sabes, Armando? He tenido esa sensación desde que nos vimos. Pero no solía ir al cineclub. Tal vez frecuentábamos algún sitio en común. No sé, pero creo que te conozco hace mucho tiempo y...-

El sonido del timbre del apartamento cortó de raíz aquel momento mágico, cuando los dos jóvenes rastreaban sus respectivos recuerdos, buceando con insistencia para encontrar ese nexo que, desde tiempo atrás, les había unido. Aunque éste fuera, como no querían reconocer ambos, inexistente en el mundo físico pero no imposible en ese otro espiritual, esa otra dimensión donde las almas antagónicas cruzan sus destinos forjados en la inmensidad de lo eterno.

Armando, empujado por la insistencia del llamante, se levantó y fue a la puerta para abrirla cuando, como una exhalación entró el comandante Alarcos en el apartamento y consiguió que el joven perdiera el sentido de lo que hacía.

-¡Madre mía!-exclamó el veterano investigador prendado al ver a Clara, quien se había levantado tomando su bolso.

*-Comandante, te presento a Clara, la hermana de Carlos Uría-*dijo azorado Armando cerrando la puerta.

*-Es un placer, señor-*respondió la joven ofreciéndole la mano a lo que correspondió Alarcos embelesado por aquella joven.

*-El placer es mío-*dijo el comandante aún atribulado por la sorpresa de encontrarla junto a su pupilo.

*-Ha venido a interesarse por nuestros avances en la investigación-*intervino Armando en tono tan artificial que no pasó desapercibido al comandante.

*-Bueno, pues les dejo para que sigan sus pesquisas-*dijo Clara levantándose y un tanto incómoda-*Tengo que regresar a Oviedo y...-*

*-Disculpe, señorita ¿Le importaría aguardar unos minutos?-*preguntó Alarcos de forma repentina e incomprensible para Armando.

*-Por supuesto-*respondió Clara, aunque con una expresión de sorpresa.

*-Muchas gracias, pero por favor tome asiento-*pidió amable el comandante para después hacer lo propio tanto él como Armando.

*-Desconozco lo que han tratado ustedes respecto a la investigación...-*continuó Alarcos de forma autónoma y siendo su comportamiento extraño para su compañero.

*-Bien, sólo líneas generales y...la verdad es que poca cosa-*dijo Armando hasta tartamudeando un poco.

*-De acuerdo-*siguió Alarcos-*Entonces, señorita, sabrá que hemos interrogado a su prometido...-*

*-¿Prometido? Que yo sepa, hasta la fecha carezco de prometidos, como dice-*contestó Clara con esa particular altanería que irradiaba cuando se lo proponía; una onda

expansiva de dureza que transformaba sus rasgos en angulosos y firmes como el propio acero, añadiendo al tono de su voz una pizca de cruel ironía.

-Disculpe, Clara, retiro lo dicho pero de todos modos quisiera cuestionarle sobre Luis Ángel Lamadrid y conocer de primera mano su...-

-Luis Ángel es un amigo-le interrumpió Clara de nuevo y esta vez con un punto de soberbia-Un tanto pesado, la verdad, pero amigo desde la infancia. No voy a negar que he tenido una relación con él de adolescentes, pero nada más. Simple atracción juvenil. Lo cual no quiere decir que él está de forma permanente haciéndome proposiciones más serias, a las que de momento no respondo. Y no hay más, señor-

-Bien, aparte de esa información que le agradezco, quisiera preguntarle por el motivo de su estancia en Llanes el día del asesinato de Beatriz y si ésta fue debida a su amistad con Luis Ángel-

-Si eso ha dicho él, me temo que les ha mentado-

-No, no. Discúlpeme de nuevo, ya que en este caso me he adelantado a los acontecimientos y es sólo una suposición...-

-Supone mal-respondió Clara aplicando una dosis de mal genio-Estaba esa noche en Llanes invitada a una cena por una buena amiga y sus padres, de los que no me separé en toda la velada-

-Entonces ¿Luis Ángel?-

-Ni siquiera sabía que estuviera en Llanes. Normalmente, y desde que heredó la fortuna de sus padres, jamás lo pisaba. Solía pasar de junio a octubre en la Costa Azul. Tiene esos rasgos propios de los nuevos ricos y presume de alojarse en hoteles exclusivos y jugar en los casinos. Aunque últimamente no tanto-

-Es cierto. Tengo entendido que su situación financiera...-

-Su situación financiera, señor, me importa un pimiento-remarcó Clara con fuerza sus palabras e incluyó un gesto de desdén con sus manos.

-¿Le parecería extraño que Luis Ángel fuera el asesino de Beatriz Campoamor?-pasó al ataque el comandante y cogiendo de sorpresa tanto a Clara como al propio Armando.

-Por supuesto-respondió con rapidez y sin dudar la joven.

-¿Motivo?-

-¿Para qué iba a matarla? Era como un perrillo faldero para él. La tenía siempre que quería y todo el mundo lo sabía; claro está, menos mi hermano que no lo quería crear. No, comandante, no es él quien la asesinó. Simplemente se servía de ella para satisfacerse. La metía en su cama cuando quería y punto-

-¿No cree que él la percibiera como un obstáculo?-subió el nivel Alarcos, incluso logrando tensar el rostro de Armando quien vio por dónde caminaba con aquella pregunta.

-¿Obstáculo?-

-Sí, Clara, me refiero a que ella supusiera esa parte oscura que suprimir para lograr que aceptara usted su proposición de matrimonio-

-Va usted descaminado, señor-respondió Clara mostrando a la vez una cara llena de perplejidad ante lo que acababa de escuchar-Luis Ángel sabe que jamás me tendrá, que nunca seré su esposa. No soy tan estúpida como para querer a alguien que sólo se quiere a sí mismo. Es un egoísta compulsivo y sólo se sirve de los demás para sus intereses. Sin embargo, puedo asegurarle que no tiene agallas para matar a nadie y menos a Beatriz-

-Bien, señorita, entiendo sus argumentos pero quisiera introducir un elemento clave como es el financiero-

-Mis finanzas, bien. Gracias-volvió la joven a su incontenible ironía, la cual Armando comenzó a entender que le servía de parapeto ante la insolencia que percibía en los demás y, en esos momentos, tenía delante a uno bien grande a su parecer.

-Tal vez no me he explicado y por eso le comentaré que el tal Luis Ángel anda metido en serios apuros...-

-Nada nuevo me desvela, señor. Hace tiempo que sé cómo se hunde en su ruina, por su mala cabeza y esas ínfulas de heredero y sin contar sus adicciones, que no son pocas-

-Veo que está al tanto de todo y por ello entenderá que presuma cómo Luis Ángel quisiera hacer méritos ante usted, suprimiendo a Beatriz y así añadir un elemento favorable en la balanza para que aceptara su proposición, y mucho más cuando él conocía su odio por ella. No puede negarme que su posición económica, de ser cónyuges, sería su tabla de salvación-

-Le responderé con un no rotundo a todo. A que fuera el asesino y me ofreciera en bandeja el cuerpo frío de Beatriz, a que aceptara por ello su proposición de matrimonio y, por supuesto, que yo pudiera ser su tabla de salvación-

-Bien, señorita, es cuanto tenía que preguntarle y le agradezco su paciencia por mi impertinencia. Espero sepa comprender que en este oficio es necesaria para llegar a la verdad-

-Ha tenido suerte de que estaba hoy de buen humor-respondió la joven con retintín, dando una de cal y otra de arena al comandante pero, al final, ofreciéndole un mejor gesto que incluyó la sonrisa más bonita que el veterano ex agente había visto en muchos años-Si me permiten ustedes, me marchó. Espero me mantengan informada de cuanto avancen en la investigación y, por favor les ruego, resérvense con mi madre ya que la veo tan ilusionada que cualquier contratiempo que derribe esa fe que tiene porque Carlos saldrá de la cárcel le puede partir el corazón de nuevo. No sé si me entienden-

-No te preocupes por eso, Clara-se apresuró a responderle un desconocido Armando, callado durante todo el interrogatorio de su compañero, acompañándole a la puerta del apartamento-No dudes evitaremos hacer comentarios que pudieran socavar el ánimo de tu madre. Tampoco te negaré que a cada paso que damos el caso se complica y buscar una evidencia que abra una incógnita sobre la autoría de tu hermano se nos antoja difícil. Pero, tranquila, también tenemos fe en lograrlo y no nos vamos a rendir así como así. Agotaremos todas las posibilidades y con eso puedes contar-

-Gracias, Armando. Si te hace falta algo de...-

-No, no Clara. Ya dejé claro que lo hago por mi cuenta y el comandante...-

-El comandante por afición y, si me permite el piropo, sólo por verla a usted de vez en cuando-añadió Alarcos, con esas formas pasadas de moda aunque hicieron gracia a su destinataria.

-Se lo permito, señor-le respondió Clara y esta vez con signos de agradecimiento sincero en su rostro y hasta ruborizándose un poco.

-Les dejo, hasta pronto-dijo Clara finalmente alargando la mano al comandante y luego a Armando. Después ambos jóvenes se miraron en silencio unos momentos y se dedicaron una mirada tierna que tampoco pasó por alto Alarcos, quien dio un paso atrás y les dejó frente a frente.

-Tal vez tomemos un café uno de estos días-dijo Armando incapaz de soltarle la mano.

-Sólo y sin azúcar-dijo Clara mientras ya se volvía y comenzaba a bajar los peldaños de la escalera. Por su parte, Armando hizo amago de cerrar la puerta cuando volvió a abrirla y le llamó la atención.

-¿Tu peli favorita?-le soltó en voz alta antes de que Clara se perdiera por la escalera abajo camino del recibidor de "El Requexu".

-"En un lugar solitario". Nunca he visto nada más romántico-dijo la joven parada en los peldaños y girando la cabeza hacia el apartamento de Armando, quien permanecía de pie aguardando sus palabras.

-Nicholas Ray la dirigió. Gran elección ¿Sabes? Bogart la produjo-le respondió

Armando añadiendo con orgullo ese detalle de erudición cinematográfica.

-E hizo el mejor papel de su carrera-apostilló Clara-

-¿Discutimos eso otro día?-saltó Armando al escuchar la rotundidad de las palabras de la joven.

-Será un placer discutir contigo. Tal vez algún día. Adiós, Armando-respondió finalmente Clara perdiéndose después escaleras abajo y dejando al joven observando su sombra en la pared hasta desaparecer.

-Estoy aquí ¡Armando! ¡Armando, despierta, coño!-le gritó el comandante desde el interior del apartamento.

-Perdone, es que...-

-Sí, ya, no hace falta que des detalles...anda, toma el pañuelo y límpiate la baba-

-¡Qué exagerado! Sólo le conozco...-

-Mejor no te ilusiones, babieca-

-¿Qué quiere decir?-preguntó Armando cerrando la puerta.

-Pues que sigue siendo una sospechosa de armas tomar, y nunca mejor dicho. Con ese lustre de dignidad, de familia bien, tiene un punto de frialdad que te hiela al pasar. Y no te digo que sea una belleza, porque lo es y excepcional. Yo mismo hubiera perdido la cabeza por ella, claro que hace un cuarto de siglo. Así que no te culpo por esa cara de memo que pones cuando te habla. Pero te advierto una vez más que es posible que esté enfangada en este asunto. Así que no la descartes sólo porque te guste-

-No me gusta, comandante. Es algo más que eso-

-Agradezco tu sinceridad y mejor así, poniendo las cosas claras, que dándome vueltas como si no fuera contigo. Bueno, y perdona por ser tan duro pero no tengo otra elección. He visto este tipo de situaciones más de una vez y muchas veces con compañeros. Y...bueno...para qué mentir...yo también a veces he caído en ese juego de la seducción. ¡Coño que si caí! Y con todo el equipo. Me cago en...también me la dieron con queso, muchacho. O sea que hablo no por una, sino por varias experiencias inconfesables. Aunque sé que nadie escarmienta por cabeza ajena. Pero tengo que decírtelo y muy en serio porque te veo encaprichado por esa muñeca ¡Joder! ¡Qué bien huele! ¿Te has fijado el olor que ha dejado en el apartamento?-

-Alarcos, entiendo tus reservas con ella, lógicas y necesarias para un investigador, pero no encuentro una motivación para que fuera ella quien acabara con Beatriz-

-Te voy a decir una cosa, pollo, y espero pongas eso que tienes sobre los hombros a cavilar. Estoy de acuerdo que ella no lo hiciera por su cuenta, pero sí veo factible y mucho que lo hiciera en comandita-

-¿Comandita?-

-Pues claro. Quiero decir en colaboración con ese Luis Ángel-

-Por favor, Alarcos ¡Qué barbaridad dices...!-

-Rectifico lo dicho. Mejor sería apuntar cómo Clara le pidió a Luis Ángel que la quitara de en medio. Y por un motivo evidente: el odio crecido en la impotencia de impedir que su hermano permaneciera en la inopia de la doble vida de Beatriz y sus continuos engaños-

-Pero ¿Por qué iba a cometer ese asesinato Luis Ángel? Y no me diga para que aceptara casarse con él puesto que han pasado tres años y ya ha visto y también oído de sus labios la rotundidad de su negativa-

-Me temo que había otro motivo y bien claro, chaval-dijo Alarcos mientras ponía encima de la mesa la fotocopia de un documento-

-¿Qué es esto?-preguntó Armando extrañado tomándolo en sus manos sin poder descifrar su contenido.

-Un extracto bancario de la cuenta de Luis Ángel desde un mes antes de la fecha del asesinato de Beatriz hasta tres meses después-

-¿Cómo has conseguido...?-

-No hagas ese tipo de preguntas-

-Veo cifras pero no acabo de entender qué me quiere demostrar-

-Trae para acá-dijo el comandante y tomando el documento señaló un apunte con su dedo índice y mirando con seriedad a su compañero.

-Si te fijas, esta transferencia de 250.000 euros a favor de Luis Ángel se realizó una semana después del asesinato de Beatriz y por cuenta de Construcciones Uría, S.A.-

-¡Vaya por Dios!-exclamó apesadumbrado Armando.

-Siento decirte que tu bella Clara y ese niñato de Luis Ángel tendrán que darnos una explicación convincente-

-Sin duda-

-¿Sigues ahora tan seguro de su inocencia?-

-Pero ¿Permitiría ella que su hermano cargara con esa culpa?-

-Pues claro que no. Sólo fue una casualidad que Carlos estuviera ese día y a esa hora a escasos metros de donde Luis Ángel acabó con Beatriz. Todo se desencadenó sin que Clara pudiese hacer nada. Está claro-

-No, comandante. Clara es inocente-

-A tus ojos, chaval. Sólo a tus ojos-

-Espera un momento-

-¿Qué vas a hacer? No pierdas los nervios. En estos casos hay que tener cautela y...-

-Saldremos de dudas haciendo una llamada-interrumpió Armando rastreando desde el navegador de internet de su teléfono móvil el teléfono de la empresa de los Uría. Unos segundos bastaron para que alguien al otro lado respondiera y el joven criminólogo, con oficio y convenciendo tras éste a un par de interlocutores más de la misión oficial que cumplía con la llamada, logró tener al aparato al jefe de administración de la constructora.

-Me ha dicho que es usted de la brigada de delitos económicos ¿Verdad?-

-Tal cual, señor-respondió Armando con firmeza en la voz.

-Verá, no estamos acostumbrados a estos temas y comprenderá que no sé si debo facilitarle información sin la autorización de los...-

-Escúcheme y no se lo repetiré más-respondió Armando subiendo el nivel de agresividad de su tono-Sí no me da ese dato que...-

-Muy bien, muy bien, no se ponga así. Al fin y al cabo nuestra empresa siempre cumple...-

-Déjese de monsergas y dígame lo que necesito saber de esa transferencia-

-De acuerdo, no se exaspere. Le digo lo que sé. En efecto, observo en nuestro sistema que se realizó en esa fecha el traspaso de 250.000 euros a D. Luis Ángel...-

-Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es quién la ordenó-le apuró Armando en la respuesta.

-Sí, sí. Un momento. A ver...a ver...sí, aquí está ya lo tengo. Fue por cuenta de...Doña Clara Antúnez...eso es-

-¿Está seguro?-preguntó Armando con ansiedad.

-Bueno, aún no me falla la vista-

-¿No será Clara Uría quien autorizó el pago?-

-Por supuesto que no, señor. La señorita Uría, hija de Doña Clara, no dispone de atributos en la empresa para esas disposiciones de fondos. Sólo su madre puede ordenarlos... ¿Señor? ¿Señor?-

Continuó diciendo aquel hombre un rato después cuando Armando había cortado la comunicación y permanecía con la mirada perdida.

-No sé qué me sabe peor, comandante-dijo al fin el joven.

-Pues añadiré otra posibilidad que te pondrá aún más repugnante ese sabor de boca-

-¿Más aún?-

-Sí, muchacho. Y es que puede que la madre pagara pero la hija ideara el plan para deshacerse de Beatriz-

-Esta vez me temo que eso tiene sentido-

-Y tal vez más que cada una por su lado. Una tenía el poder financiero y la otra el de convencer a Luis Ángel. Aunque a éste ya con el caramelo del dinero le hubiera bastado-

-¿Qué hacemos ahora?-

-Armando, ante todo guardar la calma-

Capítulo XIII

Cuando Armando pulsó el timbre de la casa de los Miranda, aún mascullaba lo acontecido veinte minutos antes y su mente apenas podía centrarse en lo que habían ido a hacer tanto él como el comandante.

Durante el trayecto en coche apenas había disfrutado del paisaje y los bellos contrastes entre mar y montaña; del rosario de lugares llenos de encanto que ofrecía el camino, de los tonos intensos de las montañas, encendidos por el sol reinante en las alturas a esa hora libres de ataduras nebulosas huyendo raudas hacia barlovento; de los inflamados tonos cobalto de esa mar indómita, cuyas estelas blancas se divisaban hasta el infinito del horizonte mezcladas en una suave bruma con el firmamento orgulloso de aquel esplendor del verano en su apogeo.

Ni siquiera Armando había oído esas fragancias descendiendo veloces desde las alturas de las cumbres, a lomos de una brisa caldeada al otro lado y luego enfriada a ras de esas olas furiosas muriendo en las calas de colosales guardianes pétreos implacables en su hierática majestad, oscurecidos por esa pátina del tiempo inmemorial, cuando en la noche de los tiempos ascendieron aún candentes en una telúrica aparición, mientras el cielo era surcado tal vez por una miríada de meteoros suicidas destrozados sin piedad por la protectora atmósfera recién nacida.

Abstraído Armando de ese disfrute, la posibilidad, a simple vista enorme, de que Clara estuviera envuelta en el asesinato que investigaba junto al comandante, provocaba que su capacidad de discernimiento se redujera a la mínima expresión.

Era la primera vez que una investigación le afectaba de aquella manera, donde el ánimo conseguía vencer al espíritu crítico. Se sentía desarmado por la sensación de que él mismo se negaba las evidencias. Y éstas, a su pesar, eran claras y rotundas si tenía en cuenta que la prueba encontrada por el comandante era contundente y, por sí sola, señalaba tanto a madre como a hija.

Sólo pudo salir Armando de aquel bucle en el que su mente había caído, cuando la puerta de la casa de los Miranda al fin se abrió.

-Buenos días, teníamos cita con los señores...-

-Sí, sí- respondió con una sonrisa una amable señora vestida con uniforme de servicio- *Pasen a la biblioteca. Les está esperando la señora-*

-Por favor, tomen asiento ¿Quieren tomar algo?- les preguntó su anfitriona al penetrar ambos en la estancia, quien se levantó para recibirles. Armando pensó que no tendría ni cuarenta años, o al menos así lo aparentaba, Estaba vestida de forma casual, sin atisbo de afectación ni en sus palabras ni en sus formas, atractiva, piel muy bronceada y de estatura media. Ella le ofreció su mano cuidada femenina en primer lugar para luego hacer lo propio con el comandante, a quien Armando le presentó.

-Le agradecemos su amable ofrecimiento, Señora Miranda, pero preferimos entrar en materia lo antes posible con tal de aprovechar el día de visitas que aún nos restan- respondió el joven.

-Les ruego me llamen Carolina y dejémonos de señora. Por lo demás, estoy lista para contestar a sus preguntas. Por teléfono, señor Adaro, no me quedó muy claro el objeto...-

-Carlos Uría, señora. Perdón, quise decir Carolina. Ese y no otro es el motivo de que tengamos que molestarle un poco con nuestras impertinencias-

-Por favor, no diga eso- respondió con una leve sonrisa la mujer.

-Espere a que comencemos a preguntar y entonces ya me dirá- soltó el comandante con segundas y algo de picardía al sonreírle.

-Si le parece, ampliaré lo comentado por teléfono con usted el día de ayer-

-Me parece lo idóneo-

-Bien, como le decía es Carlos Uría, el que fuera prometido y, tras el juicio, declarado como asesino de Beatriz Campoamor, el motivo de nuestra visita, aunque no el único-

-¿Qué otro motivo puede haber?-respondió con extrañeza la anfitriona.

-Hay un detalle desvelado por un testigo interrogado por nosotros que la sitúa junto a Beatriz poco antes de su asesinato-

-Me deja usted sin habla ¿Quién ha podido decir tal cosa?-respondió Carolina perdiendo un tanto el tono de cortesía hasta ese momento exhibido.

-Ese detalle tenemos que reservárnoslo. Por tanto, le ruego hable sin tapujos y relátenos cuanto sepa al respecto-

-Antes de nada, señores, tengo entendido que Carlos cumple condena desde entonces, que el jurado consideró que era culpable, que había estado demostrado que él la asesinó. Por tanto, no comprendo ese afán por...-

-Creemos que hay una duda razonable de que él no lo hiciera-

-¿Saben eso las autoridades...?-

-En este mismo momento lo ignoran, aunque puedo asegurarle que muy pronto tendrán noticias nuestras-respondió Alarcos con esa seguridad que le daban más de treinta años de servicio.

-De acuerdo. Les diré que es cierto que aquella noche me la encontré en el puerto de Llanes y...-

-¿Comentó eso a los investigadores en su día?-atacó Alarcos.

-Pues...no. Quiero decir que no creí relevante ese encuentro puesto que sólo fue algo casual-

-¿Está segura?-apretó el comandante de nuevo.

-Sí, ya se lo he dicho-

-A ver, aclárese-entró Armando en la refriega.

-Pues que el encuentro fue realmente una casualidad. Yo estaba tomando un helado con unas amigas en la zona del ocio aladaña al puerto. No me encontraba allí a conciencia, sino que hacer aquella parada y sentarnos fue idea de una de mis compañeras, que por cierto salimos de vez en cuando juntas. El caso es que pasó por allí Beatriz y me levanté a saludarla. Nada más. No hubo otra cuestión por medio. Hablamos de la magnífica noche que hacía y nos despedimos. Ella siguió su camino y yo volví a sentarme con mis amigas-

-Me suena a cuento de hadas, Carolina-dijo Alarcos con un tono de burla que hasta alarmó a su joven compañero-

-¿Cómo se atreve?-

-Señora, relájese. Le sienta mal esa ira repentina. Y ahora díganos la verdad. Tenemos noticia de que Beatriz se quejó, al poco de estar en su casa, cómo su marido intentaba cuando menos seducirla y, cuando más, abusar de ella-

-Eso es una calumnia, pero...-

-Contamos con dos testigos que han coincidido en el modus operandi de su marido. Tal vez le tenga que recordar que las anteriores muchachas apenas duraron dos semanas y...-entró Armando a saco y en ayuda de Alarcos hasta con suposiciones de las que no tenían constancia, pero intentando arrancar la verdad a la mujer, hasta ese momento en su barricada de las mentiras.

-Por favor, les ruego que cuanto diga quede en esta sala-acabó por claudicar la mujer ante el cerco de ambos investigadores, cuya crueldad había dado sus frutos.

-Mi marido y yo, al poco del asesinato de Beatriz, nos separamos. El hecho de que guarde discreción respecto a sus comportamientos es por salvaguardar el nombre de la familia y, en especial, de su hijo.Era un enfermo, ya se lo avanzo. No podía dejar de hacer aquello con las chicas que contratábamos. Y Beatriz le volvió literalmente loco. Hasta tal punto era así que no se escondía de sus intenciones cuando yo misma estaba presente. Hasta ese momento, había guardado la compostura y esperaba a que yo no

estuviera o bien permaneciese en mi dormitorio. La verdad es que me había acostumbrado a ese vicio, por denominarlo con un término que aunque les parezca fuerte, cuadraba al estado en el que le tenía de forma permanente-

-Pero, usted...-comenzó a decir Alarcos.

-Sí es la respuesta, señor. Le amenacé de mil formas. Pero era inútil. Les confesaré, no obstante, que en el caso de las otras chicas se enmendó a poco que le recordaba las amenazas. Pero con Beatriz no pude-

-¿Motivo?-

-¿No se lo imaginan?-

-¿Cómo? ¿Ella...?-preguntó Alarcos con los ojos como platos y Armando con la boca abierta sin poder articular palabra.

-Tal como lo digo, señores. Al principio se resistió, pero creo que sólo por puro teatro. Al segundo día ya recibió a mi marido en su cama, y así en días sucesivos. Le volvió un autómatas. Apenas hablaba. Apenas se alimentaba. Sólo quería estar dentro de ella, de día, de noche, en las tardes, mientras les escuchaba desde mi habitación. Fue horrible-

-Esto no cuadra, señora-saltó Alarcos más sorprendido de lo habitual con su perspicacia natural.

-Por supuesto que no-terció Armando incluso encorajinado-Carolina, resulta que tenemos información por dos vías que apuntan cómo Beatriz se quejaba del asedio de su marido, incluso con pelos y señales de sus andanzas por la casa...-

-Calumnia, señor. No digo que el primer día fuera así, o los tres o cuatro posteriores. Era lo acostumbrado como sátiro que era mi marido. Sin embargo, les puedo asegurar que fue ella quien le dio pie para continuar hasta el final y delante de mis narices. Le buscaba nada más el niño le dejaba un rato. Les veía desaparecer escaleras arriba y disfrutar durante horas sin recato-

-Disculpe, pero no puedo creer que usted no hiciera nada y...-dijo Alarcos frotándose ambas sienes con las manos de forma compulsiva.

-¿Quién le ha dicho que no hice nada?-respondió la anfitriona.

-Pero, vamos a ver. Según dice, usted permitía que...bueno, quiero decir que permanecía escuchando...-Alarcos comenzó a frotarse la coronilla y después a rascársela.

-¿Ven ustedes dónde estoy ahora mismo sentada? ¿Han tenido oportunidad de ver la casa en su extensión? ¿El garaje? ¿La piscina? ¿Las tierras que rodean a la mansión?-

-Como para no verlo, señora-dijo Armando con cierto gracejo.

-Pues sepan que todo es mío. Exclusivamente mío y, sobre todo, la custodia de mi hijo. Aquellos días no hice escenas sorprendiéndoles mientras copulaban como perros en celo, tampoco sacando por los pelos a esa furcia de mi casa, hasta la servidumbre podría haber testificado si hubiese sido necesario ¿Les parece que hice poco?-

¿Y su marido?-

-Creo que se dedica a vender coches de lujo en Gijón. Tiene un concesionario y vive con sus padres, a quienes me he quitado de encima de paso-respondió tocándose la barbilla con levedad aquella mujer que les ofreció por primera vez una mirada llena de inteligencia-Fíjese su mala cabeza lo que le ha traído, él que nunca tuvo que preocuparse de trabajar y ahora no tiene más remedio que hacerlo-

-Señora, antes nos ha pedido discreción y no sé qué de guardar cierto secreto sobre lo tratado, sin embargo vemos que llevó a cabo un juicio por divorcio-continuó desconfianza Alarcos.

-De nuevo presupone, señor ¿Qué juicio? No hubo tal. Todo quedó en familia. Aquí lo hacemos a nuestra manera. Así que fue un acuerdo entre partes civilizadas. Él renunció a su fortuna en favor de mi hijo y de mí y yo destruí cuando probaba su

infidelidad-

*-Entonces, señora, aquella noche ¿Qué ocurrió?-*volvió Armando sobre el punto clave para él.

-Veo que es usted de piñón fijo-

*-No tengo más opción y más cuando algo no me cuadra-*respondió Armando perdiendo un poco el sentido de la cortesía.

-Está bien. Veo que es mejor darle una explicación más convincente. El caso es que fui al puerto a buscar a Beatriz. Pero para nada malo. Sólo para darme una satisfacción y ver la cara que ponía al darle una noticia-

-¿Noticia?-

-Sí. Una gran noticia. Y es que mi marido aquella misma mañana había despedido al chófer-

*-¿Chófer? Creo que nos perdemos ahora, señora-*insistió Armando para que clarificara sus enigmáticas palabras.

-Pues un muchacho, Aurel Nicolescu se llamaba, rumano de nacimiento...y también su nuevo amor-

*-¿Cómo?-*exclamó Alarcos tirándose de las patillas y levantándose durante unos segundos para después tomar asiento de nuevo y quedar con expresión de bobalicón ante aquella mujer.

*-Por favor, explique eso-*se unió a la súplica Armando tan estupefacto como su veterano amigo.

-Calma, calma, señores. El caso es que la tal Beatriz parecía no tener suficiente con mi marido y al emplear éste al muchacho rumano que les hablo como chófer, ya que el anterior se marchó al ser contratado en uno de los hoteles de Llanes, pues quedó prendado de él. Era más o menos de su edad, alto, guapo, bien formado y el caso es que no tardó en dar la espalda a mi marido a los quince o veinte días y cambiar de cama-

*-Señora, esto es inaudito. Armando, estoy por dimitir de esta investigación. Esa chiquilla Beatriz me supera...-*dijo Alarcos con una pizca de dramatismo tragicómico en sus palabras, levantándose y dando un par de vueltas al sillón gesticulando con las palmas de las manos unidas tal como si orara con la mirada elevada al cielo.

-Entiendo, caballeros, cómo es difícil entender lo que digo. Sin embargo, no dista nada de lo que ocurrió-

-Señora, sé que está colaborando en este momento, pero ya le hemos dicho que tenemos testimonios de que Beatriz cargaba sobre su marido...-

-Antes apunté la calumnia. Pero ahora les digo que era un ardid maligno urdido por Beatriz. Y tiene explicación esa estrategia que desplegó puesto que fui yo quien le amenacé con relatar a su novio y toda su familia lo sucia que era, al mantener esa relación sexual con mi marido y delante de mis narices-

*-Bien, eso ya tiene otro color. Digamos que fue una especie de contraataque-*apuntó Armando ya más sereno y creyendo encajar las piezas en el rompecabezas más severo de cuantos se había encontrado hasta el momento en el caso de Carlos Uría.

*-Sin duda-*respondió la mujer.

*-¿Y el chófer?-*preguntó menos alterado Alarcos.

-Pues le arrebató la pieza a mi marido, y les puedo decir que con limpieza puesto que lo que sentía Beatriz por él era sólo sexo y por el joven algo más fuerte. Y eso irritó a mi marido, harto de que ella le rechazara y no se le ocurrió otra cosa que despedirle-

*-Justamente aquel día de su asesinato-*preguntó Armando.

-Así es. Ella tenía el día libre y aquella noche no dudé en cobrarme la deuda de soltárselo a la cara. Aunque, si les digo la verdad, ella se mostró como si nada. Apenas hizo un gesto de disgusto pero sólo por encontrarme y siguió su camino. Esa fue la última vez que le vi-

-¿Del chófer tuvo después más noticias?-preguntó Armando.
-Ninguna. Se fue dando un portazo y hasta dejó algunas cosas en la habitación que tenía encima del garaje-
-¿Cuándo exactamente fue despedido?-inquirió Alarcos.
-Pues nada más llegar aquella tarde de dejar a Beatriz en Llanes. Mi marido aprovechó la coyuntura y casi lo sacó a patadas de la casa-
-¿Cómo se marchó?-
-Tenía un coche. Destartalado y echando humos por doquier. Pero le sirvió para desaparecer. Se veía que era un trotamundos y, como ya les digo, Beatriz estaba sola aquella noche con lo cual habría desaparecido-
-Y dice que dejó...-
-Si me acompañan, podrán ver todo cuanto abandonó. No es mucho, pero ya les digo que no volvió a recogerlo-
Minutos después, tras atravesar el idílico patio interior de la casa, rodeado de una miríada de setos y túmulos con hortensias de los más diversos tonos, alcanzaron el garaje y subiendo una escalera accedieron a la habitación en el piso superior. Los dos investigadores no se recataban en toquetear los pocos enseres sin valor que permanecían en la estancia y hasta vaciaron con curiosidad una caja de zapatos en el fondo de un armario.
Mientras Armando comentaba algunos aspectos de la habitación con Carolina, el comandante se guardó en el bolsillo un cepillo de pelo, el cual había pasado desapercibido para su joven compañero. Después se unió a ellos como si tal cosa.
-¿Y esto es todo?-preguntó Armando señalando con la mano en derredor.
-Así es. Y estoy pensando en tirarlo. La verdad es que no creo regrese por esta porquería de enseres. En fin, le daré unos meses más de plazo y después a la basura-
-Una última pregunta, señora; quiero decir Carolina-dijo Armando-De la misma forma que su marido despidió al chófer ¿Tenía intención de despedir a Beatriz?-
-¿Mi marido? ¿Despedir a Beatriz? Todo lo contrario. Fue a buscarla aquella noche a Llanes para proponerle matrimonio una vez se divorciase de mí-
-¿Cómo?-exclamó de nuevo Alarcos con sus gestos melodramáticos esta vez.
-Tal como lo oyen-apostilló la señora y logrando que ambos investigadores se miraran con cara de perplejidad.
-Señora mía. Carolina, si así lo prefiere-habló Alarcos sin saber sus interlocutores si estaba protagonizando alguna de sus poses tragicómicas, tras escuchar la última confidencia que embrollaba más aún aquel, a cada instante, peliagudo asunto-¿Tiene a mano una aspirina?-

Capítulo XIV

-Alarcos, no le he preguntado aún por sus impresiones de la conversación con Luisa Arango-le soltó Armando al comandante cuando aquél pulsó el piloto automático de aparcamiento, quitó las manos del volante y el Golf con sus sensores comenzó las maniobras para quedar cuadrado en la acera y justo enfrente del despacho de abogados del padre de Beatriz Campoamor en Oviedo.

-Lo primero-respondió Alarcos aún mosqueado con aquella tecnología automática, de la que no se fiaba nada y hasta se agarraba por si terminaba en colisión contra los coches adyacentes -que me parece incomprendible para un carca como yo que esa belleza, madura pero belleza aún, pierda el tiempo en personas de su mismo sexo-

-A ver, comandante, hoy en día eso es algo...-

-Algo un tanto asqueroso-

-No diga eso. Tenemos que aceptar que hay personas a quienes les atrae su propio sexo y, en fin, también tienen derecho a disfrutar con su desviación respecto a nosotros-

-La televisión, joder, esa es la culpable-

-Es la evolución de la humanidad, Alarcos, antes eso era tabú y ahora es algo común y aceptado-

-En fin, un desperdicio-

-Y ¿Qué me dice de su relato?-

-Creíble. Más al final cuando le apretamos de verdad. Aunque cree que nos chupamos el dedo, Armando. Estaba loca por esa chavala. Te lo digo yo-

-Y tanto. Intentó disfrazar su obsesión, pero no lo consiguió. Se leía entre líneas de sus palabras que no podía aguantar la ansiedad por tenerla. Bueno, en realidad la tuvo aunque sólo su cuerpo ya que Beatriz parece que sus sentimientos se dirigieron hacia otra persona cuya identidad es un enigma-

-Y lo que me llamó la atención es esa forma de llenar de mierda a esa señora, quiero decir a Carolina-

-Bien, comandante, no crea que no es interesante que nos la pusiera en el objetivo. Es otra posibilidad de que tuvieran algo entre ellas-

-No me digas eso que... cago en los cojones con la tal Beatriz-

-Alto, Alarcos, que no aseguro nada. Sólo es una conjetura como hipótesis de trabajo y la cual pongo en cuarentena hasta realizar las oportunas pesquisas y eso lo dejaremos para una próxima oportunidad. Ahora, centrémonos en lo que hemos venido a hacer-concluyó su alegado Armando con la mirada un tanto sorprendida de su compañero.

-¡Coño! ¡Qué bien te ha quedado ese párrafo!-respondió el comandante tras dejar un momento de silencio y poniendo un ligero timbre de guasa a sus palabras.

El despacho de abogados "Campoamor y Asociados" ocupaba toda la primera planta de un señorial edificio en el centro de Oviedo, tal vez algo remozado a juicio de Armando, pero que conservaba cierto aire de principios de siglo y un encanto especial que le confería la conservación de sus elementos primigenios tal como los había concebido su arquitecto en origen.

Armando, al entrar en el recibidor del edificio y comprobar la disposición de cuanto se encontraba allí, no podía dejar de pensar que era el sitio soñado durante muchos años para disponer de un despacho donde, en su puerta, estuviera escrito su nombre y profesión. Desde luego, algo más lujoso que el de Philip Marlow y también con menos humos; cosa que odiaba con toda su alma.

Sin embargo, sí algo de la acidez en el lenguaje de Marlow y esa forma equidistante de tratar los asuntos. También, por qué no, la atracción que sentían las féminas por él. No le vendría nada mal. Pero de todas las cosas adyacentes al personaje de Raymond

Chandler excluía esos momentos de peligro, de verdadero peligro, en los que se veía envuelto; con gangsters dispuestos a sacarle información a base de inyecciones de narcóticos, o salvajes ex presidiarios golpeándole el estómago.

De cualquier forma, mientras subía en el ascensor callado junto al comandante, tuvo esa sensación de estar dentro de una de aquellas historias de mujeres fatales, con mentiras de idéntico jaez, preciosas muchachas jóvenes, ricas y dispuestas a hacerle feliz, y un final apoteósico "Made in Hollywood".

-¿Ya estamos otra vez soñando con esa muñeca de sangre caliente?-

-Comandante, por favor...y no era eso. Sólo pensaba en que tener un despacho aquí sería algo fastuoso. Bueno, algo que no podré permitirme nunca...y menos ahora que voy a pasarme al lado de la enseñanza-

-¿Todavía estás con eso? Muchacho, no te veo, no te veo-

-Tendrá que acostumbrarse. Y por cierto que ya me restan pocos días para poder dedicarle a este asunto todo el tiempo-

-No me digas que vas a rajarte ¡Coño!-

-Aún estoy aquí ¿O no?-

-Tienes que demostrarles a todos que puedes conseguirlo ¿Te enteras? Ya sé que el asunto es jodido ¿Qué digo? Más que jodido; un galimatías incomprendible con sospechosos de asesinar a Beatriz a cada paso que damos. Como sigamos así, Armando, hasta nosotros y el conserje de este edificio lo seremos pronto-

-Y que lo diga, amigo. Conforme avanzamos, todos los interrogados tenían un móvil claro para acabar con ella. Bueno, salvo ese chófer que, sabe Dios, dónde estará-

-Pues espera a que le localicemos. De todas formas, Armando-cambió el semblante Alarcos por otro más serio tras unos segundos en silencio, mientras subían con lentitud las escaleras que llevaban al despacho del padre de Beatriz, a quien habían ido a interrogar-Quería decirte que yo también flaqueo a veces. Y te diré el motivo. Ese chaval Carlos creo que tenía motivos de sobra para matar a la muchacha de sus amores. Y te pregunto ahora ¿Estás seguro que él no sabía nada de sus infidelidades? ¿No te ha mencionado...?-

-Pongo la mano en el fuego, Alarcos. No sabía nada. Absolutamente nada. Y lo que sabía no era algo que le hubiera enfurecido como lo que nosotros ahora sabemos con seguridad que ocurrió. No, amigo, estaba limpio de tanta inmundicia-

-Pero, Armando ¿Y si uno se fue de la lengua y...?-

-Te digo que no. Olvida a Carlos como sospechoso. Sé que jamás, aun conociendo esos detalles tan escabrosos, le habría matado-

-¡Coño! Armando, tendría que haberte llamado la defensa a declarar en ese juicio. Les hubieras convencido como a mí-respondió Alarcos mientras penetraban en el lujoso recibidor del despacho, decorado con un gusto exquisito donde no faltaban las lámparas de diseño ni las esculturas firmadas por prestigiosos artistas, cuyo coste marearía a ambos. Le atendió una jovencita, con gafas tan grandes que le hacía parecer pegada a ellas. Su voz infantiloides les llevó las nuevas de que el socio fundador de la firma, Leonardo Campoamor, les rogaba pasaran a su despacho.

Armando apenas quería rozar las alfombras persas que se sucedían desde un amplio pasillo hasta la entrada del despacho de aquel hombre, al que encontraron de pie al lado de una librería rojo inglés atestada de volúmenes de corte jurídico; uno de los cuales hojeaba concentrado, ajustándose a cada momento unas gafas de cristales gruesos que delataban su miopía.

-Pasen, por favor, señores-les dijo abandonando aquella pose y acercándose para ofrecerles la mano a ambos investigadores-Tomen asiento-les pidió y él mismo lo hizo en el mullido sillón de respaldo alto conforme a su altura, que no era menos de 1,95, con unas espaldas de lanzador de martillo olímpico. No obstante su envergadura, se movía con agilidad y sus cincuenta y tantos años, tal como calculó Armando, apenas se

le notaban por sus elásticos movimientos.

-Si tengo que decirles la verdad-inició el letrado ovetense por su cuenta el parlamento-la llamada telefónica que me hizo esta mañana, señor Adaro, me sorprendió y mucho. No voy a negarle que considero algo un tanto fuera de lugar que, como padre de Beatriz y siendo ésta la víctima, figure entre sus interrogados en esta apertura un tanto irregular de un caso que ha resultado fallado y sentenciado hace ya mucho tiempo-

-Sentimos importunarle y, sobre todo, abrir heridas producidas por el desgarró del asesinato de Beatriz pero, tal como le comenté por teléfono, le ruego haga un esfuerzo por ayudarnos a, tal vez, librar de la cárcel a un inocente. Hay elementos que nos dicen que Carlos no pudo ser su asesino y, como se podrá imaginar, el auténtico permanece libre y en el anonimato más absoluto-

-Bien, haré ese esfuerzo que me pide y, le confesaré que sólo porque es Carlos-

-Sabemos que le apreciaba y...-se lanzó sin red, como siempre, Alarcos.

-¿Apreciaba dice? ¿Señor...?-

-Alarcos, comandante Alarcos. Disculpe que no me haya presentado-respondió el veterano investigador.

-Muy bien, igualmente encantado, caballero. Pues le decía que mucho más que simple aprecio. Era como un hijo para mi esposa y para mí. No hacíamos nada sin su concurso. Siempre estaba en casa y compartía con nosotros la mayor parte del tiempo. Estaba enamorado de nuestra hija y ella de él. Eran la pareja perfecta. Confieso que había hecho mis planes para verlos a los dos en el altar muy pronto, pero ella tenía ese carácter tan independiente, tan...no sé cómo decirlo...era muy suya y quería conseguirlo todo por su cuenta. No aceptaba ayuda ni mía ni de Carlos, que sabrán ya tenía una posición muy desahogada y era un gran profesional tanto en su faceta de gran arquitecto como hombre de negocios dirigiendo la constructora familiar. Pero vino aquel verano. Se nos echó encima como una losa. Y por lo visto ella conoció a otra persona y...en fin, el caso es que se enfurecería y aquella noche en un momento de obcecación le quitó la vida-

-Sentimos hacerle pasar este mal rato-

-Tranquilos. Estoy ya acostumbrado. Les decía que Carlos fue a pedirle explicaciones y, tras discutir con ella en público, le siguió, posteriormente le raptó y llevó hasta aquella playa para asesinarla. Quiero pensar en un momento de furia, tras verse rechazado una y otra vez por ella-

-Bien, esa es la versión oficial. Su hija apareció desnuda en esa playa al amanecer de aquel día, asesinada con un fenomenal golpe propinado en la cabeza, parece ser con uno de los troncos que alimentaban una hoguera que se hallaba junto a su cadáver-

-Cierto-tomó de nuevo la palabra con voz grave y apenada el abogado-Las sospechas entonces se dirigieron con fuerza hacia Carlos, puesto que amaneció dentro del coche aparcado a escasos treinta metros de donde fue asesinada Beatriz. Había estado bebiendo, les habían visto discutir, los zapatos llenos de arena y marcas de lucha en el rostro, así como restos biológicos de ella por la ropa que vestía. Estaba claro, señores-

-Permítame, abogado, contradecirle aunque no quisiera herirle. Todas las pruebas encontradas y aportadas luego fueron circunstanciales-se lanzó a la carga Alarcos, como era su costumbre, para llevar a los testigos a un estado de excitación.

-Sin embargo, convincentes y que él mismo no pudo rebatir-respondió ya airado Campoamor.

-No lo dudo, señor, pero el chaval estaba aturdido, en manos de leguleyos desentendidos del caso y sí pendientes de sus exagerados honorarios, mal aconsejado para declararse culpable al tener un vacío en su mente de cuanto aconteció. Incluso le digo que pudo sufrir un episodio...-

-Por favor, señores, no estamos ante un tribunal para mezquindades y trucos viejos que puedan confundir a un hipotético jurado. Ya saben que soy abogado y sé las

artimañas que hay que utilizar en una vista y esa no hubiera salido adelante porque sabían que yo mismo estaba vigilante para no permitirselo-

-Me sorprende su actitud, señor-dijo Alarcos, esta vez con ironía en su voz-Hace un momento se deshacía en elogios por el chaval Carlos; ahora iracundo parece querer de nuevo crucificarlo y echar sus despojos a los leones-

-Señor-se levantó Campoamor con toda su poderosa musculatura-Estamos hablando del bárbaro que mató a mi hija-

-Por favor, por favor-intervino Armando haciendo un intento por serenar al abogado, quien entró en razón y volvió a su asiento-Cálmese, señor Campoamor, mi compañero ha cometido el error de hacer un comentario desafortunado y por ello le pedimos, seguro que él también, nuestras disculpas-

-De acuerdo, aceptadas. Comprendan ustedes mi situación cuando se pone en duda un trabajo tan serio para determinar que Carlos fue el asesino, además confeso. No dudo que estuviera aturdido, porque no es mal chaval. Pero perdió el norte de la vida y optó por comportarse como un salvaje asesino. Es todo cuanto tenía que decirles, caballeros-finalizó su alegato el letrado volviendo a ponerse en pie e insinuando así que abandonaran su despacho los investigadores, quienes les ofrecieron su mano y éste aceptó en silencio.

Cuando ya se disponían a salir, Armando quedó impresionado por una foto que estaba enmarcada en la mesa del letrado.

-¿No me diga que esa máquina es suya?-

-Y tanto que lo es, amigo-respondió con mejor talante Campoamor, tomando dicha foto y pasándosela al joven.

-¡Qué preciosidad!-dijo Armando boquiabierto con la foto en las manos observando al abogado en ésta junto a un espléndido vehículo.

-Es del día que me lo trajeron-añadió con cierto aire de suficiencia en sus palabras.

-¡Qué belleza! Todo un Mustang GT-390 de 1968, el mismo que Steve Mcqueen condujo en la película Bullit-dijo Armando con veneración por lo que presenciaba-

-Bueno, hombre, no es el mismo. Es uno de la misma serie. Aun así me lo cobraron como si lo fuera. Pero pagué con gusto su precio puesto que soñé desde que era un crío tener uno y conducirlo, no tan bien ni con tanta clase como Mcqueen, pero al menos con cierto brío y así lucirlo-

-Enhorabuena, abogado, pienso lo mismo. Es un sueño. Por cierto, veo que las llantas son...-

-Bien, bien, veo que entiende. Sí, es cierto. Se las cambié y le puse unas de veinte pulgadas. Creo que le vienen de maravilla. Bueno, a la vista está-dijo con orgullo Campoamor señalándolas en la foto.

-Ya lo creo ¡Joder! Le quedan como anillo al dedo ¡Qué lujo! Bueno, no le entretenemos más. Ha sido un placer conocerle y, de nuevo, sentimos haberle hecho esas preguntas, aunque por otra parte creíamos eran necesarias y...-

-Bien, pelillos a la mar. Ahora vayan con Dios y suerte con esa investigación y, si les soy sincero, rezo porque tengan razón y Carlos sea inocente. Si lo demuestran, le daré el abrazo más grande que puedan imaginar-respondió con tono sincero Campoamor y, por primera vez, tanto Armando como Alarcos tuvieron una muestra de humanidad de aquel hombre que, aun grande de altura, parecía abatido por la tristeza que anidaba en su corazón ante la pérdida irreparable de su hija.

Ambos investigadores salieron del despacho, saludaron a la muchacha pegada a las gafas, bajaron los peldaños de mármol rojo de las escaleras y volvieron a cruzar el recibidor del edificio entre cuyas paredes resonó el móvil del comandante, un tanto chapado a la antigua como la ropa que vestía.

-Alarcos ¿Dígame?-respondió rápido el ex agente con tal de no llamar la atención.

-¿Cómo?-respondió tras escuchar a su interlocutor al otro lado del teléfono y sin dejar

de mirar a los ojos a su joven amigo.

*-Vamos para allá, cagando leches-*dijo finalmente cortando la llamada.

-Pero ¿Qué pasa?-preguntó Armando intrigado y también alarmado al ver el rostro desencajado del comandante.

-¡Qué desperdicio de mujer, coño!-respondió el comandante pasándose la mano por la frente-

-¿Ha ocurrido algo grave?-

-¿Grave?-respondió el veterano irónico de nuevo-*Nuestra amiga emprendedora y furibunda admiradora de chavalas vírgenes acaba de abandonar este mundo cruel; claro que no por su propio pie. Parece ser que alguien le ha echado una mano-*

Capítulo XV

El trayecto desde Oviedo a Llanes para conocer sobre el terreno las circunstancias del hallazgo del cadáver de la señora Arango, propietaria de la agencia de trabajo temporal, transcurrió bajo dos circunstancias en apariencia inconexas, aunque tenían características comunes.

Por una parte, la velocidad a la que iban, empujados por la fuerza del motor del Golf GTI, conducido por Armando como si de un rally se tratase. Por otra, el vértigo que a los dos investigadores les producía la marcha del caso en el que estaban empantanados hacía que el silencio más absoluto les dejara hacer carburar sus respectivas mentes analíticas.

Un frenazo de Armando, tras verse obligado por una anciana despistada cambiando de carril de forma inesperada, consiguió que volvieran de igual forma a la realidad, abandonando ese mundo de cábalas donde las variables se sucedían tal si acometiesen una partida compleja de ajedrez.

-La clave está en esos momentos-farfulló Alarcos, al mismo tiempo que, de manera instintiva, se agarraba al tirador de su puerta.

-¿Cómo?-preguntó Armando tras dar un segundo volantazo para librarse por fin de la conductora, apretar luego el acelerador y dejar que la caja automática del GTI adivinara en un milisegundo su intención de alcanzar de nuevo los ciento ochenta kilómetros por hora, haciendo rugir el motor con las revoluciones al límite, que les llevaría en pocos minutos al escenario del crimen.

-El puerto, Llanes, la zona de ocio...ahí está todo...-

-Alarcos, deje de hablar en clave y dígame qué pasa por su cabeza-

-Pues eso, joder, que intento encajar esas piezas y no lo consigo. Pero sé que ahí está el momento justo en el que se desencadenó todo-

-¿Quieres decir que decidió actuar el o los asesinos?-

-Justo. Y hasta pongo la mano en el fuego porque algo ocurrió para que tomara, o tomarán, esa decisión. Incluso no fue premeditado. Fue como, como...-

-Un impulso ciego-

-Genial. Siempre dices las palabras justas, muchacho-

-Es lo que vengo dándole vueltas todo el camino, Alarcos. Coincidimos en esa cuestión de que hay una mecha que se enciende. La cuestión está en dar con el motivo. Y qué fue lo que enardeció al criminal, o criminales tal vez, para tomar la determinación de acabar con la vida de Beatriz-

-Y la cuestión, chaval, es que de un sospechoso hemos pasado a unos cuantos y con muy diversos motivos-

-Pero sólo uno, o una, o tal vez en connivencia, decidió o decidieron pasar a la acción. Y es cierto; fue a raíz de ese instante en el puerto el desencadenante del final de la muchacha, Al menos los indicios nos conducen allí-

-Y ahora aparece un elemento que disturba más el caso como es el asesinato de la dueña de la agencia de trabajo temporal-

-¿Le han dado detalles de...?-

-Nada, es algo que tendremos que comprobar nosotros mismos y gracias a que me aprecian esos muchachos de la Brigada-respondió Alarcos mientras aparcaba en automático Armando y salían después disparados hacia el interior de la oficina de la agencia.

La presencia del comandante, quien fue siempre en cabeza, fue el salvoconducto que les permitió colarse hasta la mismísima escena del crimen; lugar donde fueron saludados y el veterano investigador con abrazos de muchos de los investigadores oficiales.

-¡Coño! ¡Qué agujero más hermoso le han hecho!-dijo Alarcos con sorpresa, y mucha frialdad, al ver la herida abierta en la cabeza de la señora Arango.

-Un solo golpe-contestó el responsable de los investigadores de la Guardia Civil encargados del caso *-Certo; desde atrás hacia delante, con una fuerza inusitada-*

-Parece ser que no hizo falta repetir-apuntó Armando con cara de asco al ver el revoltijo formado por sangre y restos de masa encefálica que estaba desparramado alrededor de la cabeza de la mujer asesinada.

-Así es-contestó el mismo oficial *-una sola vez le bastó para machacarle el cráneo.*

-¿Habéis encontrado con qué?-preguntó Alarcos mirando de un lado a otro de la oficina.

-Sí. Se lo acaban de llevar los muchachos. Era una figura de bronce. Con seguridad estaba en ese estante de ahí atrás-señaló el agente.

-Seguro así es. Además hay un cerco que lo atestigua con claridad-apuntó Armando *-Es palmario, por tanto, que permanecían ambos sentados uno frente al otro en los sillones de confidente de este despacho. Seguramente departían charlando sin que la víctima imaginara lo que iba a ocurrir. Sin embargo, en un momento dado y tal vez porque se torcieran las cosas para el agresor, o agresora, tomó la figura y la estampó con toda su fuerza-*

-No hay duda. La posición de la mujer, quien cayó hacia delante empujando el sillón vacío de su agresor o agresora con el impulso de su cuerpo en su tránsito al suelo nos lo deja claro. Incluso hay restos de sangre en el filo de aquél y a escasos centímetros girado unos grados con respecto al cuerpo. Su verdugo apenas tocó nada y tampoco hurgó en sus pertenencias. Ni siquiera se llevó, o llevaron algo de valor-

-Acabas de decir que estaban solos...-comentó Alarcos.

-Bien, comandante, es una forma de hablar y referida a esta zona de la oficina. Por supuesto que es posible cómo otra persona aguardara en el recibidor ya que el propietario del kiosco de prensa que está enfrente de la oficina afirma que, en el lapso de tiempo que estimamos se produjo ayer tarde el crimen, pudo ver con claridad dos personas entrar y salir de la oficina una vez se marcharon las empleadas. En concreto habla de una joven, alta, morena, muy guapa dice y también un hombre, aunque sólo de éste habla de una silueta, sin más detalles-

-Tal vez ella aguardó que su acompañante masculino terminara la faena-apuntó Alarcos.

-Es lo que pensamos como posible teoría, si nos atenemos a ese testimonio. De cualquier forma, el hombre estaba atendiendo a clientes y no podía determinar la secuencia de cómo se produjeron las entradas y salidas de esas dos personas, aunque sí la hora coincide plenamente-

-Tal vez la joven se topara a la salida con el asesino y el kiosquero lo tomara de tal manera que le parecería salían juntos-señaló Armando.

-Podría ser. De cualquier modo alguna de las jóvenes...quiero decir que ella...-soltó Armando sin precisar sus palabras.

-Sabemos la condición sexual de la señora Arango y es otra de las posibilidades que fuera alguien cuya visita había concertado y coincidió con el asesino. Sin embargo, no tuvo contacto con la víctima puesto que no fue hasta esta mañana cuando encontraron el cadáver las propias empleadas de la agencia-

-Bien, podría la susodicha amigueta haber salido de estampida, no avisar a la policía tras ver el cadáver, y asustada guardar silencio para no verse implicada en el asunto. Máxime cuando quizás no deseaba que nadie conociera que tenía una relación íntima con ella-

-Tomo nota de tu teoría, Alarcos, y no creas que no le doy crédito porque tiene sentido-

-Oye, no he preguntado si habéis encontrado su teléfono móvil-

-Nada, comandante. Como imaginarás, ni rastro. Ya sabes que hoy en día es lo

primero que hacen desaparecer los modernos criminales y, aunque triangulemos su posición, a estas horas habrá hecho papilla el aparato y la tarjeta sim.

-Entonces, dice que no se llevó nada y...-continuó Armando tras la información conocida del teléfono, por otra parte ya imaginada por él.

-Ya os digo que no tocó nada de lo que mereciera la pena. No era ese el fin del asesino-

-¿Habéis revisado las llamadas de su teléfono?-preguntó Alarcos.

-Nada de particular. Sólo asuntos de la agencia y algunos pedidos de comida rápida-

-¿Y los movimientos bancarios?-

-Cero patatero. Apenas recibos de luz, agua, contribución, teléfono. Ningún gasto excesivo y, por supuesto, ningún ingreso que llame la atención. Más bien tenía unas pocas telarañas la cuenta, así que poco efectivo manejaba-

-¿Hay caja fuerte en la oficina?-preguntó Alarcos.

-Pues es algo en lo que no hemos caído-

-¡Coño! ¿A qué esperas para buscarla?-contestó Alarcos al oficial mientras él mismo, Armando y todo el equipo se ponían manos a la obra. Durante más de diez minutos pusieron la habitación bocabajo sin éxito, para después desistir de continuar el rastreo de algo que se les antojó inexistente.

-¿Dónde está el aseo?-preguntó Alarcos.

-Creo que ahí a mano derecha-señaló el lugar uno de los agentes sacudiéndose la ropa tras gatear un buen rato por el suelo.

-Pues venid para acá-contestó el veterano ex agente.

-Pero, hombre ¿Ahí va a estar?-preguntó Armando cansado de ir de un lado para otro y con las manos ya ennegrecidas por la suciedad.

-¿Por qué no?-contestó el comandante desde el propio aseo, moviendo las escasas pertenencias que había en un estante.

-Se nota que es de una mujer-dijo Armando al ver su interior y disposición.

-¿Por qué?-preguntó el oficial.

-No sé si os habéis fijado que no sólo tiene un espejo, sino dos. Sólo a una mujer se le puede...-

-Un momento, Armando-le interrumpió Alarcos quien se abalanzó al primero de los espejos y, tirando de él, casi se queda sin uñas. Después, sin desánimo, hizo idéntica maniobra con el otro y esta vez aquel trozo de cristal cedió y tras de él apareció una caja fuerte de tamaño mediano embutida en la pared.

-¡Comandante! ¿Qué haríamos sin usted?-dijo Armando mientras las palmadas le llovían a su cabezota colega.

-Bueno, muchachos, esa caja hay que abrirla. Dentro quizás esté la solución a este asesinato y, quién sabe, algo más-dijo Alarcos después de agradecer las muestras de cariño de sus ex compañeros -Armando y yo vamos a tener una charla con el kiosquero, así que avisadnos cuando esté lista y podamos echar un vistazo a su interior-

Dicho y hecho, los dos investigadores salieron de la agencia, cruzaron la calle y tuvieron que esperar unos minutos a que el kiosquero concluyera de proveer de periódicos, revistas y coleccionables a sus clientes habituales antes de que les prestara la mínima atención y comenzara a responderle a un rosario de preguntas; las cuales terminaron por hacerle perder la paciencia.

-Ya les digo que no pude verle bien-

-Vamos a ver, señor. Antes ha asegurado que era un hombre y...-insistió Armando.

-Una silueta, sólo una silueta. Y sí era un hombre...-

-Pero no puede decirnos si era alto, bajo, joven...-le interrumpió Alarcos con esa peculiar forma de hacerlo.

-Imposible. No le vi la cara, sólo el contorno a contraluz detrás de las persianas

venecianas de la oficina-dijo el kiosquero mientras daba el cambio a una señora.

-¿Y qué nos dice de la mujer?-inquirió Armando.

-Esa sí la pude ver cómo era. *Monísima. Muy alta, morena, una belleza. Bueno, pero no crean que era la única que venía por la oficina cuando las empleadas se marchaban. Cada dos o tres días aparecía una de esas preciosidades. Bueno, no sé si saben que...*

-Ya, ya, lo sabemos-contestó Alarcos-¿Pero le vio la cara y...?-

-Eso no-contestó con rapidez el kiosquero-No podría reconocerla si es lo que me quieren preguntar. *Era de noche, estaba oscuro, y hablo de ella en general, o sea que era una prenda de chavala, pero no pude verle la cara con claridad-*

-¿Entró con el hombre?-

-No, no, nada de eso. *La verdad es que los vi por separado y no sabría decir si antes fue uno y después la otra. Estaba atendiendo a los clientes y la verdad es que sólo me fijé, y mucho en ella, aunque sólo por admirarla...ya saben-*

-O sea que en algún momento no les vio juntos-dijo Armando.

-Pues tal vez cruzarse, o sea uno entrando y la otra saliendo. *Pero ya les digo que no pongo en pie cómo fue-*

-¡Comandante!-escucharon Armando y Alarcos desde la puerta de la agencia y se despidieron del kiosquero agradeciéndole sus palabras, aunque de poco les servían a tenor de lo dicho por éste. Minutos después estaban de nuevo en aquel aseo con un montón de agentes todos pendientes del especialista que, de repente, consiguió abrir la caja fuerte.

-¿Qué te parece, comandante?-dijo el oficial al sacar un paquete enorme de billetes.

-Calculo más de doscientos mil euros-respondió Alarcos.

-Trescientos mil-corrigió Armando.

-¿Cómo?-preguntó Alarcos extrañado ante la seguridad de su compañero.

-Pues muy fácil, si os fijáis pone cien mil en cada uno de los tres fajos que componen el paquete-respondió el joven señalando la parte de atrás de aquel dinero, la cual había pasado desapercibido para todos observándolo desde arriba.

-Vaya con la señora Arango. Y bien calladito que lo tenía. *Está claro que alguno, o algunos, le estaban untando con un fin que todos imaginamos ¿Verdad, muchachos?*-dijo Alarcos.

-Algo grave sabía y aprovechó la coyuntura para sacarse unos cuartos. *El negocio iba de capa caída y pensó que tenía que diversificarlo. El caso es que parece ser que recibió un buen premio por callar lo que sabía*-apunto el oficial.

-Pues pienso que apostó demasiado alto y hoy justamente pretendía cobrar algunos miles de euros más. *Se le fue de las manos el tema y su chantaje ha terminado de forma trágica*-añadió Armando.

-¡Cuántas veces he presenciado algo parecido! Y es que ya lo dice el viejo refrán-concluyó Alarcos echando mano del dicho mientras se rascaba la coronilla-"La ambición rompe el saco"-

Capítulo XVI

¿Es ésta, comandante?-preguntó Armando a su compañero de fatigas investigadoras justo al lado de una especie de altar improvisado, donde bajo la enseña nacional española, entre sus pliegues rojigualdos y enmarcada, figuraba la fotografía de Armando Adaro vistiendo el uniforme de la Guardia Civil.

-¿No se nota?-respondió con voz grave desde su asiento el comandante, vaso de sidra en la mano y ojos húmedos-*¿Te has fijado, pollo, cómo te pareces? A veces observo la foto y te veo a ti. Te preguntarás qué hace en mi casa y no en la tuya-*

-Lo imagino-

-Pues estás en lo cierto. Tu madre quiso que la bandera con la que envolvimos su cuerpo la conservara yo. Y ya te harás cargo-

-No tendría fuerzas para verla el resto de sus días-

-Justo así, muchacho. Apenas yo mismo puedo detener la mirada algunos segundos. Se me cae el mundo, joder. Era como mi hermano ¿Sabes? ¿Qué digo? Algo más. Y siempre es lo mismo, ¡Coño! Se van los mejores. Y tu padre era el mejor, el más valiente, el más fiel, el más bondadoso, el más leal a su patria, a su gente, a sus compañeros, hasta a sus enemigos a quien trataba con respeto ¿Sabes? Tenía el récord de detenciones y ¿Te lo puedes creer? No disparó su arma en toda su carrera ¡Qué cojonudo era! ¡Qué ejemplo! Y lo más curioso, Armando, es que años y años arriesgando el pellejo y tampoco se lo llevó por delante ni una bala, ni una de esas bombas cuyo mensaje de muerte él evitaba. Tuvo que ser ese vicio maligno que tenía desde que era un niño, y te lo digo con conocimiento de lo que hablo porque empezamos a fumar a la misma edad. Pero con la diferencia que a los treinta lo dejé y él jamás lo consiguió. Manda cojones que un cilindro lleno de hierba, quemado y aspirado desde el amanecer hasta el anochecer le quitara la vida ¿Sabes? Fíjate si tenía vicio y le gustaba fumar que en una ocasión estábamos en plena operación y camuflados entre los lugareños de una aldea, cuyo nombre me reservo, y alojados en un caserío. El caso es que a las dos de la mañana tu padre se despertó, fue a echar mano a la cajetilla de Ducados y entró en pánico cuando comprobó que no tenía. Para colmo, ni yo ni los otros guardias fumábamos. Bueno, pues no hubo forma de convencerle y cogió, se afeitó, se vistió, se puso la ropa y cogiendo uno de los coches salió de estampida a la ciudad, que también me reservo, donde sabía existía una tienda abierta veinticuatro horas. Pues allá que fue, compró unos cuantos paquetes y volvió de regreso y se fumó la mitad de uno de aquéllos antes de que amaneciera y nos pusiéramos en marcha en la operación. Esa fue, muchacho, su perdición. Ese vicio acabó con su vida y nos privó a vosotros y sus amigos de su presencia. Pero nos queda su recuerdo-

-¿Tan valiente era?

-¿Valiente? Pues mira si lo era que en cierta oportunidad se había infiltrado en el comando más sanguinario de la época y, además, corriendo un riesgo tremendo puesto que no podíamos darle cobertura, salvo cuando se encontraba en espacios abiertos. Entonces no había tantos elementos sofisticados como ahora, y no hace falta que te lo diga porque es obvio. El caso es que llegó el día clave cuando andaba como uno más acarreando material explosivo en una furgoneta que él mismo había robado para el comando, momento en el cual habíamos entrado en contacto, no te diré de qué manera, y le propuse caer sobre ellos con lo que teníamos, una vez localizados donde se encontraban. Pero él, bailando sobre el alambre, me convenció para que esperásemos a que estuviera el explosivo dentro de la furgoneta y la condujeran hasta los auténticos perpetradores del atentado, quienes aún no habían aparecido. Caímos en la cuenta de que el comando donde se había infiltrado era sólo un equipo de apoyo a los terroristas de primera línea y estos últimos eran nuestros objetivos. El caso es

que, sabiendo que le podía costar la vida, no dudó en presionarme para cambiar mis órdenes. Y así fue. El caso es que llegó el momento, con la furgoneta cargada y los tipos subiendo cuando llegó un individuo y puso su pistola en la sien de tu padre-

-Comandante, disculpe mi torpeza pero ¿Cómo veían ustedes lo que ocurría en la casa del comando?-

-Omito el cómo, pero lo veíamos y además armados con rifles de alta precisión a cientos de metros. El caso es que previne a los tiradores para, llegado el caso y a mis órdenes, abatieran a todos los facinerosos. Observé entonces la escena y sin escuchar lo que decían las tripas se me soltaron cuando no sólo le pusieron una pistola sino dos en cada sien y, además, uno de ellos le dio un puñetazo en la boca del estómago a tu padre. Pero, muchacho, no le conocían. Con la mayor sangre fría comenzó a hablarles y, no sé qué les diría, pero el caso es que diez minutos después le pedían disculpas y le ofrecían un trago de una botella que uno sacó desde dentro de la casa. Hasta se rieron con él. Mientras eso pasaba, tanto yo como mis muchachos olíamos a estiércol de la tensión sufrida. No he visto nadie actuar con ese arrojo, con esa especie de convencimiento que le servía de parapeto ante las amenazas del enemigo, con esa aura de coraje y osadía para salvar los obstáculos del combate, con esa bondad, muchacho, con esa honorabilidad, integridad y firmeza...el caso es que logró que arrancaran la furgoneta, la condujeran hasta donde estaba el comando de terroristas que iban a cometer el atentado y pudimos caer sobre ellos y desarticularlo en su totalidad. No te puedes hacer una idea del éxito que tuvimos y sin pegar un tiro, sin una voz más alta que otra. A la manera que él quería-

-Gracias, Alarcos-

-Gracias a ti, muchacho. Tenerte a mi lado es el mejor regalo que podía recibir. Me lo recuerdas a cada instante y ni te imaginas lo orgulloso que estaría de verte y...bueno no sé si eso de enseñar criminología le gustaría...-

-¿Por qué no?-

-Pero, hombre, cómo vas a hacer eso siendo un investigador de primera...Anda, no me hagas hablar y vamos a tomarnos otro culín de sidra, joder, por si se acaba este jodido mundo-

-Esperemos no antes de meter entre rejas al verdadero culpable que buscamos, comandante-

-Chaval, no tengas dudas que le pillaremos. Es cuestión de tiempo y...-

-Alarcos, a propósito, yo era muy pequeño cuando mi padre falleció, y siempre me ha intrigado saber en qué unidad de la Guardia Civil prestabais los dos servicio y...-

-Muchacho, mejor será que no hagas más preguntas-respondió con seriedad el veterano agente, lo que coincidió con el timbre de su teléfono que descolgó con rapidez con tal de desembarazarse de aquella curiosidad de su joven amigo-

-¿Sí?-

-¡Coño! ¡Pepe, cuánto tiempo! ¿Cómo?-

-Me cago en...ahora mismo vamos para allá...Sí, sí, con discreción. Hasta ahora-concluyó la llamada bajo la atenta mirada de Armando.

-Alarcos, joder ¿Qué se trae entre manos?-

-Disculpa que no te haya puesto al día, pero ayer por mi cuenta y con una corazonada hice algunas gestiones con algunos de mis compañeros, quiero decir ex compañeros, y parece ser que han dado su fruto-

-¿Más misterio?-

-Nada de eso. El caso es que birlé por mi cuenta un peinecillo del chófer ese y se lo entregué a uno de mis colegas que aún prestan servicio. Y ya tenemos noticias, aunque debes esperar a que lleguemos donde me ha citado y las recibamos en persona. Así que carretera y manta-

-Cinco minutos después transitaban por la autopista rumbo a Ribadesella y mientras

tanto, a la vista de su mutismo del asunto que les llevaba hasta allí, Armando reflexionó en voz alta.

-Creo que nos faltan sólo unas piezas del rompecabezas, comandante. Pero lo que ya tengo claro, y más después de ese crimen de la señora Arango, es que Carlos es inocente. Y digo ahora inocente con todas las palabras y no escondiendo dicha condición en ese subterfugio que yo mismo pergeñé, donde aducía un posible vacío en su mente fruto del sufrimiento por el mal causado en la persona de su prometida sino, todo lo contrario: una inocencia real y sobre la que la malicia de uno o varios culpables han vivido desde entonces libres y amparados por el veredicto espurio de un tribunal manipulado incluso por la propia sociedad-

-Te ha salido otro parrfazo académico, chico-le soltó Alarcos burlón tras un silencio largo sin dejar de mirarle mientras conducía ya por las calles del centro de la población y ponía rumbo al puerto pesquero.

-No tengo más remedio que ir acostumbándome. El tiempo vuela y cuando me quiera dar cuenta estoy en un estrado con la voz afónica de tanto repetirme-

-No te veo, no te veo-

-Pues vaya haciéndose a la idea de que sí. No tengo otra salida y, si no, pregúntele a mis acreedores-

-¿Tantos tienes?-

-Son legión-

-Cago en...bueno, aparca que ya estamos aquí-ordenó con ese vozarrón característico el comandante y sumiso su joven colega obedeció para después seguirle hasta una especie de bar mugriento, que había tenido mejores días a principios de siglo y sin exagerar según pensó Armando, y allí tomaron asiento en una mesa al lado de una de las ventanas que daban al embarcadero y cuyas sillas tuvieron que sacudirlas para quitarles restos de migas de pan.

-Comandante, este sitio es de película, si me permite decírselo así; aunque la verdad, más bien de terror-

-Qué exagerado eres, joder. Está viejo el bar, lo cual le da cierta solera. Además es el sitio donde mi colega me ha citado y, por si no lo sabes, la discreción es necesaria en estos manejos que me traigo. Recuerda que estoy retirado y los pasos que doy en este caso tienen que ser de esta forma y tratados en lugares de esta clase-

-A ver si el próximo es algo más actual, porque este sitio...-

-Y dale...si es que no soy yo, es mi amigo quien me ha dicho que nos citásemos aquí-

-¡Señor!-escucharon ambos investigadores a sus espaldas y al volverse vieron de pie a un anciano, tocado con una gorra marinera comida de lámparas y arrugada hasta en las insignias enmohecidas.

-¿Es usted Feliciano?-preguntó aquel hombre mirando al comandante.

-Pues no...digo sí, sí, por supuesto, pues claro que soy Feliciano...pero dígame ¿Qué se le ofrece, buen hombre?-respondió dubitativo Alarcos, quien cambió un semblante serio por otro afable en cuestión de milisegundos, lo cual extrañó su actitud a Armando y, en particular, eso de arrogarse un nombre que no le correspondía; al menos que él conociese.

-Señor Feliciano-siguió hablando el anciano tal si leyese un documento imaginario-De parte de su amigo Robustiano que siente no poder venir, pero que ya le mandará recado-

-Muy bien, muy bien, buen hombre, muchas gracias y, por favor, tenga-sacó unos euros de su bolsillo Alarcos y se los puso en la mano al anciano, el cual sonrió por el gesto-Tómese una copa a nuestra salud.

Tras aquella escena, un tanto surrealista según le pareció a Armando, salieron de la tasca y recorrieron de vuelta el camino hacia el vehículo. Entraron, se acomodaron y, antes de que arrancara el joven criminólogo pegó un respingo, que consiguió chocar su

cabeza contra el techo del Golf, al ver cómo una sombra se movía en el asiento trasero.

-Pero ¿Qué hace...?-

-Tranquilo, joder, Armando, que es mi amigo-dijo Alarcos.

-Perdona, hombre, esta aparición fantasmal en el asiento de atrás de tu coche. El comandante está acostumbrado a estas cosas, pero tú parece que no a la vista de cómo te ha afectado. Soy Pepe Revuelta, encantado de conocerte-dijo el casual viajero inesperado aparecido de repente.

-Pues encantado-respondió un Armando aún taquicárdico- La verdad es que he estado a punto de echar el corazón por la boca como si fuese un hueso de aceituna-

-Armando, tranquilo, chaval, que Pepe es un buen amigo y seguro que nos trae noticias frescas-dijo el comandante.

-Bueno, antes de nada esta escena no es gratuita porque el jefazo como me pille largando fiesta me manda a poner multas a Tráfico-habló el amigo de Alarcos.

-No tiene cojones de quedarse sin el mejor investigador de la brigada y...-

-Calla, comandante, que no le conoces y además me tiene entre ceja y ceja. Ya sabes lo neurótico que se pone sobre todo con luna llena-

-Lunático si es, el muy cabroncete. Pero no es mala persona, hombre. Un poco cabezón sí, es cierto. Bueno, no te preocupes que aquí estoy yo y si pasa algo me planto en su despacho y le pongo firme-

-Admiro tu valentía, comandante. Ya sabes que yo...-

-Que no, Pepe, que no te preocupes. Venga, anda, cuéntanos que nos tienes sobre ascuas-

-Un momento, caballeros-interrumpió Armando con seriedad-¿Es que no me van a explicar eso de Feliciano y Robustiano?-

Una carcajada siguió a un momento de intenso silencio de Alarcos y Pepe Revuelta, hasta tal punto que no podían contenerse. Al fin, el primero pudo serenarse y darle norte de aquello que había presenciado el joven.

-Verás, es que sólo él sabe y yo sé que durante el período en la academia de la Guardia Civil usábamos esos nombres en clave en los ejercicios simulados. Y por eso Pepe lo ha utilizado con tal de que yo supiera que andaba camuflado por alguna parte. Y eso es todo, muchacho y perdona por no advertirte de nuestras artimañas un tanto desfasadas pero, como compruebas, efectivas-

-Ya lo creo, pero les aseguro que me parecía estar en medio de una bufonada con aquel anciano con aspecto de guardarropía de algún teatro. Hasta he pensado que era uno de sus montajes para reírse un rato, comandante-

-Tranquilo, hombre. Son las cosas de estos dos veteranos. Bueno, yo un poco más, aunque a Pepe le quedan dos telediarios para la prejubilación-

-Uno escaso aún, comandante. Pero sí soy ya un veterano, lo reconozco-

-Bueno ¡Coño! Dejémosnos de circunloquios y vayamos a lo que nos interesa. Venga, Pepe, escupe-ordenó el comandante.

-De acuerdo. Antes de nada y tal como me cuestionaste por teléfono, os voy a poner al día en cuanto a las pruebas y el cadáver de Beatriz. He repasado el caso y, aún hoy, me llama la atención-

-¿Por qué?-preguntó Armando.

-Pues porque me reitero en que el acusado lo fue con pruebas no ya circunstanciales sino yo diría que cogidas con un alfiler. Y esto lo digo porque la muchacha apareció desnuda en la playa pero sin nada que incriminara a su novio. En particular las huellas, dado que la marea había borrado cualquiera de éstas-

-Recuerdo haber leído en el sumario lo de la arena en los zapatos del acusado, dato sobre el que la acusación...-dijo Armando.

-Pues porque la defensa del acusado no apretó-interrumpió Pepe Revuelta-La arena

encontrada en los zapatos no tenía nada en particular, sólo que era arena. Y es normal que se encuentre por todas partes en aquel lugar donde estuvo aquél. Además, coincidía su declaración-

-¿En qué sentido?-

-Bueno, recuerdo que dijo que había pisado la arena de la playa al salir del aparcamiento y haber orinado sobre ella. Cosa por otra parte lógica si permaneció toda la noche allí-

-Bien, más cosas-apremió Alarcos.

-Las heridas en la cara del acusado. Me refiero a ellas puesto que fueron muy utilizadas por la acusación para montar la escena en la que se defendía de un supuesto ataque suyo. Y nada de eso ocurrió puesto que la muchacha recibió un certero golpe que le produjo la muerte instantánea. No hubo tal forcejeo-

-Bien, Pepe, avancemos ahora con el cuerpo de Beatriz-

-Pues añadiré a lo dicho que recibió ese golpe de una fuerza brutal y se derrumbó ya cadáver, que previamente había mantenido relaciones sexuales plenas con un individuo; y dejo este detalle aparcado para después-

-¿Restos de semen?-preguntó Armando.

-¿Semen? Te diría que no he visto cadáveres con más fluidos. La pregunta debería ser ¿Dónde no tenía semen?-

-¿Qué barbaridad? Pero ¿De uno o varios?-

-Exclusivamente uno, y por supuesto no era de su prometido. Bueno, esta cuestión es la que arguyó el letrado de la acusación para hacer ver al jurado que el tal Carlos Uría le había seguido hasta la playa y, tras ver la escena de sexo con otro sujeto, decidió acabar con la vida de su novia y poner en huida a su amante-

-¿Alguna pista de ese supuesto amante fugitivo?-

-Nada, puesto que las evidencias quedaron borradas por la marea y las ropas se supone que eran exiguas y tuvo tiempo de llevárselas; máxime cuando el acusado estaba según su propia declaración bastante beodo e incapaz de correr tras él y además cuando la única opción de huida era subir al acantilado, si se tiene en cuenta que le cortaba el paso hacia la otra parte de esa playa-

-Muy interesante ese dato-apuntó Armando.

-Pues más será cuándo os desvele las nuevas noticias sobre este caso que, ahora, sí se pone apasionante y puede dar un vuelco. Pero, por favor, os ruego la mayor discreción-

-Cuenta con ello, Pepe-dijo Alarcos dándole una palmada cariñosa en la espalda-No te fallaremos, hombre-

-Lo que sí debéis tener presente-siguió un tanto apocado el agente-es que mañana a primera hora redactaré el oportuno informe y, bueno, no hace falta que os diga que eso generará un terremoto en la brigada y...-

-Tranquilo, Pepe, que cuando quieran darse cuenta ya tenemos al asesino. Además te digo una cosa, me voy a dar el gusto de llamarles para entregárselo en persona-dijo Alarcos con seguridad.

-Comandante, antes tenemos que encontrarle...-

-No te apures ¡Coño! Armando. Ya casi lo tenemos...pero venga, Pepe, ponnos al día con lo que has averiguado-

-Casi nada, comandante. Ese peinecillo que me ha mandado ha cantado como Pavarotti. Tal como me dijiste, una vez tuvimos el perfil de ADN lo introdujimos en la base de datos y no tardó ni un minuto en darnos una coincidencia perfecta; y cuando digo perfecta es que lo es. Algunas veces tenemos porcentajes altos o altísimos, pero en esta oportunidad, caballeros, era justo del cien por cien.

-Perdone, Pepe, que le interrumpa-dijo Armando-Pero la verdad no entiendo lo del vuelco en el caso. Sin que me desvele nada, ya imagino que coincide el ADN con el del

propietario del peinecillo, o sea el chófer despedido de los Miranda, de nombre Aurel Nicolescu: tal vez un raterillo de poca monta fichado y archivado como delincuente en esa base de datos. Quiero decir que era algo previsible encontrar la coincidencia-

-Es cierto lo que apunta, Armando. Esto no aportaría nada. Sin embargo, aún no le he dicho que la coincidencia es con un cuerpo ahogado encontrado a la deriva cerca de la Estaca de Bares treinta días después del crimen de Beatriz. Y ese cuerpo era el del joven chófer que alude usted-

-¡Me cago en...! Eso sí que es una noticia, Armando-

-Disculpe, Pepe, yo...-

-Nada de eso. Es lógico cuando la información aún no la conocía y la cuestión de que habíamos localizado a ese individuo. Pero aún no os he dicho lo mejor-

-¡Coño! Pepe, no te dejes nada. Venga, hombre-

-Tranquilo, comandante. Vamos por partes. El caso es que me llamó la atención cómo, según el forense en su día, la causa de su muerte no fue el ahogamiento sino un golpe contra algo punzante y rocoso, dado que las muestras de restos, propios de los acantilados costeros, así lo atestiguaban. De tal modo que el chófer, casi con toda seguridad, huía desnudo, descalzo y de esta forma resbaló y en su caída se golpeó con fuerza con un saliente de las rocas y se precipitó ya cadáver al mar. Era de madrugada y la resaca de la marea se lo llevó con la corriente hacia aguas profundas y así anduvo errante hasta que apareció a muchas millas y muchos días después permaneciendo sin identificación hasta este momento-

-Algo muy relevante-preguntó Armando.

-Y mucho cuando me oigan relatar cómo el análisis del forense indica algo que añade controversia al asunto, al asegurar que el cuerpo del chófer presentaba similares excoriaciones y diminutas quemaduras que el de Beatriz, aunque las de ella eran más evidentes y profundas como es lógico. Pero, lo más sobresaliente, con idénticas características-

-Cojonudo ese detalle, Pepe-habló Alarcos, esta vez lleno de entusiasmo.

-Pues nada comparado con el referido a la coincidencia del ADN del chófer con el del semen encontrado en el cuerpo de Beatriz y, sobre todo, su sangre a rebosar de trazas de cocaína con una pureza extrema-

-Vaya, vaya, eso nos suena ¿Verdad, Armando?-

-Ese cerdo de Luis Ángel a cada paso que damos aparece como un candidato a ser el asesino, o bien uno de ellos. Tal vez por acción o por omisión-respondió el joven.

-El caso es que, repasando conforme a este detalle encontrado el expediente de Beatriz, en su día el forense igualmente halló trazas de cocaína aunque en menor medida, y tal vez ese dato se omitió tanto por la defensa como por la acusación-

-Desde luego, los mentecatos de la defensa no sólo se les pasó eso sino mucho más-apuntó Alarcos.

-Y bien, caballeros. Eso es de momento cuanto tengo para vosotros-concluyó Pepe Revuelta.

-¿Qué grande eres, Pepe? Fenomenal, macho, gracias por todo. Oye te debo no una, sino muchas-dijo algo emocionado Alarcos.

-Ha sido un placer, comandante ¡Qué buenos tiempos aquéllos!-

-Y que lo digas-

-Pepe, disculpe que les interrumpa-dijo Armando tras salir de sus pensamientos-¿Recuerdas dónde tenía esas excoriaciones el cuerpo del chófer, según el informe del forense?-

-Por supuesto. Las tenía, en mayor medida, en la nuca y algo menos profundas en el hombro derecho-

-Perfecto. Sí, señor, tal cual...eso es, claro que sí-dijo de forma enigmática Armando rascándose el lóbulo de la oreja izquierda y regresando luego a su mundo interior,

donde aquel rompecabezas le parecía algo menos complejo y hasta algunas piezas iba encajando; aunque todavía sin ver con claridad el resultado final. Pero todo se andaría.

Capítulo XVII

La playa de Torimbia estaba a rebosar y eso hizo que Armando fuera incapaz de lograr un sitio donde dejar el Golf. Al final tuvo que aparcarlo, con dolor de su corazón, al borde de la carretera que daba acceso a la zona recreativa, asumiendo el riesgo de que una buena multa se encontrara a su regreso al estar señalizada la oportuna prohibición, en el mejor de los casos, o bien que la grúa se llevase al vehículo, en el peor de aquéllos.

-Pero, Armando, joder ¿Para qué me traes a esta playa? Además, es nudista. Ya sé que aquí apareció el cadáver de Beatriz pero no veo qué podemos sacar en claro y...-

-No es a la playa donde venimos, comandante. Es al aparcamiento-

-¿Aparcamiento? ¿Qué tiene que ver con el caso?-

-Puede que nada y puede que mucho-

-¿Ya estamos con los acertijos?-

-Bueno, después de escuchar a su amigo he tenido una corazonada que me dice que vamos a encontrar aquí una pista esencial para resolver este enredo de una vez por todas-

-Pues aligera porque vaya con las miradas que no está echando esos que van en pelotas-

-Venga, manos a la obra y comencemos a peinar todo el recinto-

-¿Y qué buscamos?-

-Pues qué va a ser sino el coche del chófer rumano ¿O cómo cree que llegaron Beatriz y él hasta aquí?-

-Pero, chaval, de aquello hace ya más de tres años ¿Cómo va a estar todavía...?-

-Nos dijeron que era un viejo coche destartado y así pasaría desapercibido en cualquier parte y, mucho más, en un sitio como éste donde hay gente usuaria de cacharros incluso en peores condiciones que el descrito por la señora Miranda. Aquí sería uno más-

-Está bien, busquemos pero te digo que es perder el tiempo-

Durante un buen rato, ambos investigadores inspeccionaron palmo a palmo la zona de aparcamientos, sin dejar de hacerlo por otra aledaña en peores condiciones de urbanización situada a esos metros pero lejos del bullicio. Dieron con un par de vehículos que cumplían la descripción pero resultaron ser de propietarios que no andaban demasiado lejos y con expresiones agresivas; más cuando advertían cómo no iban desnudos los impertinentes escudriñadores.

-Armando ¡Me cago en...! Nos van a endiñar una paliza esta gente como sigamos...-

-Esta vez estoy con usted, Alarcos. Mejor será que abandonemos y regresemos a la civilización-

-Ya tengo ganas de ver gente con ropa ¡Coño!-

Minutos después arrancaban el Golf, con el rabo entre las piernas y frustrado Armando por su error de cálculo, dirigiéndose hacia la carretera de Llanes. Sin embargo, antes justo de incorporarse a ésta, el joven criminólogo frenó de forma repentina e imprudente.

-Pero ¿Qué haces?-preguntó el comandante casi dándose contra el salpicadero.

-Perdone, comandante. Tengo que dar la vuelta-

-Ya hemos visto que...-

-No hemos visto nada porque no está ahí-

-¿Entonces?-

-Es que no tiene más remedio que no estar el vehículo porque, si Beatriz y el chófer hubiesen aparcado justo ahí, habría existido la posibilidad de encontrarse con Carlos; y eso no ocurrió. Por el contrario, él sí estuvo toda la noche en la zona que acabamos de rastrear precisamente-

-No entiendo nada, muchacho-

-Pues que volvemos-

Minutos más tarde, con el Golf aparcado de mala manera asumiendo más riesgos y de nuevo soportando las miradas de los nudistas, los dos investigadores cruzaban hasta la parte más occidental de la playa e iniciaban una ascensión hasta enlazar con un exiguo camino que bordeaba un promontorio, el cual daba acceso a la cala colindante.

-Armando, como me caiga voy a...-

-Tranquilo, hombre, que ya llegamos. Sólo son unos metros más. Probaremos en esta zona y, si no encontramos nada, prometo que nos marchamos- animaba al comandante su joven compañero, el cual le sacó ventaja hasta alcanzar de nuevo terreno llano. A su izquierda se alzaba un bosquecillo y un camino de tierra que veía serpentear en dirección al cruce de la carretera. Anduvo hacia allí, no sin esfuerzo por la arena que hacía difícil avanzar y, al penetrar en la umbría, casi da un grito de alegría al comprobar cómo, cubierto por una gruesa capa de suciedad, sin ruedas y enmohecido, se encontraba un coche que presumió era el que buscaban.

-Desde luego que eres cabezota, pero un buen cabezota- dijo resoplando, casi sin resuello, el comandante observando cómo Armando ya toqueteaba las puertas del vehículo rastreando en él.

-Chaval, si piensas que así lo vas a abrir estamos aquí hasta mañana. Vamos, coge un palo, una piedra, lo que sea y rompe un cristal-

-Es que...-

-Es un changarro, hombre- dijo el comandante y Armando le hizo caso tomando un buen pedrusco y con un leve golpe se deshizo el cristal de la puerta del conductor. Después la abrió metiendo la mano e hizo lo propio con las demás.

-Bueno, muchacho, ya tienes el coche ¿Y ahora qué?-

-Ya le digo que es una corazonada. Ande, ayúdeme a sacarlo todo y no deje ningún resquicio por mirar- dijo Armando mientras ya los dos se afanaban en la tarea.

-En la guantera no hay más que porquería y los papeles del coche. Debajo de los asientos más mierda y pelos, muchos pelos ¡Joder, qué asco!- iba anunciando Alarcos conforme avanzaba.

-Aquí tampoco nada detrás de los asientos traseros- respondió Armando tosiendo del polvo que iba emanando a cada paso.

-Vamos a ver en el maletero. Aunque no sé si podré abrirlo- dijo el comandante al tiempo que comprobaba como era inútil cualquier esfuerzo.

-Espere, que por aquí podemos husmear- dijo Armando al darse cuenta que los asientos traseros en su parte central se abatían y daba acceso al maletero.

-Bueno, de acuerdo chaval, pero mete tú la mano-

-Comandante, también tengo mis fobias sobre todo a las ar...-

-¿Ni siquiera puedes pronunciar su nombre? Ya eres mayorcito ¡Coño!- dijo el comandante mientras le apartaba y metía la mano hasta el fondo de forma enérgica.

Armando, mientras su compañero guardaba silencio y hurgaba de un lado para otro, se le ponían los pelos como escarpas sólo con imaginar cómo la mano del comandante era picada por quelíceros venenosos y hasta cerró los ojos con tal de no ver la escena. Al abrirlos, le faltó poco para caerse de espaldas cuando el comandante con una sonrisa puso ante sus narices una bolsa de plástico con un buen fajo de billetes en su interior y otro con un polvo blanco ya conocido.

-Desde luego que eres un sabueso de primera, chaval. No sé cómo has calculado que podía estar aquí este dinero y la cocaína-

-Si le soy sincero, ha sido sólo un palo de ciego. Había varias alternativas, y ésta era una de ellas. Así, este hallazgo hace que las piezas comiencen a encajar; aunque quedan algunas sueltas aún-

-¿Me vas a contar...?-

-Aún no. Tal vez dentro de poco. Pero para ello necesitamos comprobar un par de cosas. Por cierto, abra el plástico para ver cuánto dinero hay-

-No hace falta porque esta vez soy yo el que está leyendo por aquí que hay tres fajos y en cada uno pone 50.000; o sea que 150.000 euros del ala-

-Buen botín para la parejita-dijo Armando.

-¿Botín?-

-Sí, comandante. Creo que podría llamarse así a esa cantidad. Aunque para conseguirlo no utilizaron ni armas ni medias en la cabeza. Sólo su inteligencia y sangre fría-

-O sea que estaban celebrando su éxito-

-Tal vez fue el comienzo de esa celebración que apunta. Pero no adelantemos acontecimientos y volvamos a las pesquisas que aún quedan e importantes-

-¿Siguiente paso?-

-Sin duda, sería tener una conversación con un personaje aparatado de la escena de esta tragicomedia, amparado en su lejanía de los escenarios, y además perdido en tareas no propias de su clase, como él mismo diría-

-Ya sé. El Miranda de los cojones. Ese sátiro impenitente-

-Así es, Alarcos. Pero antes de mantener una larga conversación con él y tal vez algo más después, resta una comprobación que es corolario a nuestra investigación-

-No imagino cuál. Además, Armando, con esta prueba palmaria y la información que Pepe Revuelta nos ha facilitado, y que pronto dispondrán tanto sus superiores como el juez, hay elementos suficientes para que se abra esa duda razonable con la que consigamos que Carlos abandone la cárcel-

-Sin duda. Pero ahora estamos a escasos centímetros de la meta. Sólo faltan dos, tres piezas, cuatro a lo sumo, y jaque mate al asesino o, mejor debería decir, asesinos-

-Bueno, entonces ¿Por dónde empezamos ese final que ya apuntas?-

-Pues por guardar ese dinero, cuyos billetes contienen huellas delatoras con toda seguridad. Después sudando otro poco hasta llegar a nuestro Golf, arrancarlo si lo encontramos aún allí y no se lo ha llevado la grúa, y después acercarnos a la zona de ocio de la playa de Toró-

-¿Toró? ¿Otra playa, Armando?-

-Tranquilo que esta vez no pasaremos del asfalto y el cemento a la arena-

-Eso tiene mejor color. ¿Y se puede saber qué vamos a hacer allí?-

-Pues ni yo lo sé. Es otra corazonada y sobre la marcha se me ocurrirá-

-Bueno, si no encontramos nada tal vez podamos tomarnos un par de cervezas heladas-

-Hecho, comandante. Y ahora, en marcha-fueron las palabras de un Armando volviendo a la arena y después a la senda antes recorrida, caminos que afrontó con el ánimo venido arriba tras haber logrado aquel éxito forjado en su mente, analizando las variables que el caso ofrecía tras los interrogatorios y, en particular, las revelaciones claves de Pepe Revuelta, a quien pensaba tendría que recomendar la erección de un monumento por su valía como detective.

Media hora más tarde, aparcaban con más tranquilidad en la playa de Toró, pero sólo gracias a que uno de los vehículos estacionados dejaba justo en ese instante su sitio. Se dirigieron luego sin más hasta el bar justo al lado de la zona de aparcamiento y tomaron asiento en la barra. El camarero les sirvió sendas cervezas, que ambos bebieron tal si fuera agua, y pidieron un par de ellas más para compensar los esfuerzos y calores soportados. Armando esperó que aquel camarero atendiera a una pareja de turistas alemanes con aspecto de estar felizmente jubilados, y después le llamó para que se acercara.

-¿Otra rubia fría por barba?-preguntó el hombre viéndoles aún sudar.

-No, no. Que si bebo una más no sé quién va a conducir el coche-respondió Armando

con una sonrisa-Verá, queríamos preguntarle por un hecho que ocurrió hace cosa de tres años...-

-Me temo que no podré-le interrumpió el hombre acompañando sus palabras con un gesto-Cogí el traspaso del negocio a principios del mes pasado. Así que no puedo ayudarles.

-Vaya, sí que es una contrariedad-dijo Armando desilusionado.

-Pero en la cocina tengo dos que sí andaban por aquí-

-¿Cómo? Genial ¿Podríamos hablar con ellos?-respondió Armando viendo luz al final del túnel.

-Pues sólo con uno, la verdad. El otro está hoy de descanso-respondió el hombre con afabilidad.

-Nos basta-intervino Alarcos.

-Pues esperen un momento que le llamo-respondió aquel hombre, quien desapareció por la puerta de servicio y, al minuto, regresó acompañado por otro ataviado con uniforme de cocinero y de oronda humanidad, sobrepasando su peso con creces la centena de kilos. Se hicieron las presentaciones pertinentes y Armando no perdió un segundo en iniciar las preguntas tras retirarse el camarero a sus asuntos.

-Bien ¿Cándido me ha dicho que se llama?-

-Sí, así me lo puso mi madre porque su padre se llamaba así...-

-De acuerdo, Cándido. Voy a preguntarle por un hecho que ocurrió hace algo más de tres años ahí fuera, donde están los veladores y...-

-Ya, ya, hombre, lo de aquella pareja que al final el fulano se cargó a la chavala...-

-Bien empezamos-dijo Alarcos.

-Salimos en la tele. Bueno, yo no. Fue el jefe. O sea el que era el dueño antes. Yo me he reenganchado con el que cogió el traspaso. El caso es que los de la televisión cogieron al jefe porque había grabado con su móvil lo que pasó y, cuando apareció muerta, ya saben, pues se presentaron aquí le pidieron las imágenes y le hicieron la entrevista-

-Muy bien, Cándido. Pero ¿Tú presenciaste todo?-

-¡Coño que si lo presencié! Pues claro, hombre. Si fue al lado de la cocina. Donde estaban los dos, y entonces ella le zurró al chaval, daba justo a donde yo salí al oír la escandalera y no me perdí nada-

-¿Te llamó algo la atención?-

-Hombre, pues nada en particular. Bueno, que fue desagradable aunque un poco cómico también, eso lo reconozco. A la gente le dio por reírse al ver la furia de ella ¿Saben? Se puso hecha un basilisco y él...bueno, el chaval que metieron en la trena...pues estaba acojonado frente a ella; y le dijo de todo ¡Joder, qué carácter tenía la tía aquella!-

-De acuerdo, Cándido-habló Armando -Dinos si sería posible localizar a tu jefe anterior-

-Pues va a ser difícil porque se ha ido a Zaragoza. Quiero decir que ha vuelto porque él es de allí-

-Al menos tendrás su número de teléfono-preguntó el comandante.

-A mí no me lo dio. La verdad es que no nos llevábamos demasiado bien. Mi compañero a lo mejor lo tiene. Pero está de permiso hoy-

-Vaya, sí que es un contratiempo-dijo Armando tocándose la barbilla pensativo.

-Pero ¿Para qué lo quieren? Todo lo que sabía lo dijo en la tele-

-Bien, Cándido, no es esa la cuestión. En realidad es para ver si aún conserva lo grabado con el móvil-respondió Armando.

-¿Eso era? Pues no hace falta-

-¿Cómo? ¿Qué?-preguntó Armando tensando sus músculos.

-Pues porque yo también lo grabé. Y mejor porque estaba más cerca y desde la cocina que había más luz. Pero los de la tele no me echaron cuenta ¿Saben? Además, el

hijoputa ese del jefe me dio un empujón y me mandó a la cocina para que no apareciera. Será cabrón...-

-¿No me digas que tienes...?-

-¡Coño que sí! Que aquí está-dijo Cándido sacando del bolsillo de su pantalón a cuadros un enorme teléfono móvil, el cual casi no le cabía en las manos y, pulsando el icono de galería, aparecía la grabación que enseguida la mostró a los investigadores. Sin perder puntada, ambos quedaron sobrecogidos con aquel documento donde pudieron comprobar cuanto habían escuchado y, en particular, la veracidad de las palabras ajustadas a la realidad pronunciadas por el cocinero.

-Cándido, no tenemos palabras para agradecerte que nos hayas mostrado estas imágenes. Pero ahora quisiera pedirte un favor-

-Lo que haga falta, hombre-contestó, con una sonrisa franca, a Armando.

-¿Sería posible que nos indicaras desde dónde hiciste la grabación?-

-Eso está hecho. Dad la vuelta a la barra y entrad por la puerta que está antes de la del servicio de señoras-respondió Cándido señalando el camino.

Momentos después, cubierto el trayecto con las indicaciones recibidas, ambos investigadores entraban en la cocina donde el cocinero les aguardaba. Después les llevó al acceso que daba hacia la zona de veladores.

-Pues aquí es-les comentó abriendo de par en par la puerta.

-Así es. Perfecto. Este ángulo de visión ofrece una panorámica más abierta pero...-

-Armando ¿Qué cojones hablas?-

-Perdonad, es que esperaba que la zona de aparcamiento apareciera tomada desde aquí. Sin embargo, debo decir que no es como esperaba. Tal vez si la puerta hubiera estado más a la derecha, el plano hubiera incluido lo que buscaba. Pero, en fin, de acuerdo. Es suficiente con esto. Muchísimas gracias, Cándido, por tu amabilidad-

-A ustedes, señores. Aquí me tienen para lo que me necesiten-respondió mientras Armando y el comandante abandonaban un tanto cabizbajos y pensativos el lugar.

-Pero pasen por la cocina, así no tienen que dar más vueltas-les llamó la atención Cándido para que entraran de nuevo por la zona interior. Cosa que ambos agradecieron. Al pasar por allí, y en la dirección contraria a la que habían entrado, los dos investigadores se pararon en seco y quedaron absortos observando las fotografías que había sobre un panel al lado de la puerta.

-Parecen que han visto fantasmas, señores. Sólo son fotos-les dijo el cocinero al comprobar cómo estaban casi petrificados sus dos visitantes, quienes guardaron silencio hasta que, minutos después, Armando al fin dio señales de regresar de sus pensamientos.

-Cándido, muchacho ¿Te importa prestarnos esta foto?-le dijo Armando señalándola y mirando al cocinero con una expresión que éste mismo no supo descifrar, con una mezcla entre sorpresa y estupefacción idéntica a la que tenía su veterano compañero.

-Prometemos devolvértela, muchacho-añadió Alarcos hablando con un tono casi sibilante y enigmático.

-Y muy pronto ¿Verdad, comandante?-

Capítulo XVIII

-Les ruego tengan paciencia-

-Eso nos ha dicho hace media hora-respondió enfadado Luis Ángel Lamadrid.

-Ya es cuestión de minutos-insistió el agente de la Guardia Civil.

-Me parece una barbaridad todo esto. Mi madre y yo no tenemos que estar aquí-dijo Clara Uría, sentada junto a su madre.

-No se preocupen. Sólo es una formalidad. No hay otro motivo y mucho menos cargos contra todos ustedes-

-No sé qué hago aquí. ¿Puede preguntar si...?-dijo Carolina, la exmujer de Miranda.

-Si le han citado es porque desean conocer su testimonio, señora. No se alarme-perseveró en calmar los ánimos aquel agente, a punto de perder la paciencia.

-Oiga, tengo que ir a trabajar. Me esperan dos clientes citados en el concesionario en Oviedo. Necesito salir dentro de media hora. Es que...-

-Señor, ya lo ha oído. Estarán aquí enseguida los investigadores-respondió el guardia haciendo un esfuerzo por aguantarse las ganas de cambiar su tono frente a la impertinencia, en esta ocasión del señor Miranda, quien se había sentado en el lugar opuesto a su ex mujer y junto a sus padres, quienes de igual forma evitaban cualquier contacto con su ex nuera.

Tras unos minutos más de tensión, ésta pareció aligerarse cuando al fin la puerta se abrió y penetraron, en la sala exprofeso habilitada en la comandancia de la Benemérita en Llanes, tanto Armando Adaro como el comandante Alarcos.

Se formó una especie de tumulto que, incluso con la ayuda del agente y su fornida complexión, resultó difícil contener.

-Está bien, señoras y caballeros-habló con voz de mando Alarcos tomando la iniciativa-O se callan y se sientan o tendré que pedir otras medidas a mis ex compañeros y, la verdad, no se las recomiendo-

Tras aquella advertencia seria, los ánimos terminaron por calmarse y todos regresaron sumisos a sus respectivos asientos.

-Muchas gracias, amigos-tomó entonces la palabra Armando, escoltado por el agente y el comandante, los tres de pie y observando a los citados en sus asientos.

-Antes de nada, debo pedir disculpas por estas prisas para reunirlos. Pero tengan en cuenta que el caso que investigamos tanto mi compañero el ex comandante Alarcos y yo mismo, no admite demora por cuanto Carlos Uría, condenado como saben por el asesinato de Beatriz Campoamor, tras recuperarse de sus heridas debe ya reincorporarse a la prisión. Desconozco si están al tanto, pero esta circunstancia puede resultar letal para él, dado que está amenazado de muerte por varias bandas que tienen el control del penal y su consecución sería inminente si queda el muchacho a su alcance-

Por lo tanto, hemos adelantado esta reunión con todos vosotros-continuó Armando-para de una vez por todas aclarar en definitiva los puntos oscuros de nuestra investigación, la cual ha estado encaminada como ya les comentamos en la búsqueda de esa duda razonable que podamos ofrecer al juez y, sustanciada en su veracidad, interrumpir su condena solicitando su libertad provisional y, más tarde, abrir nuevo proceso con las evidencias encontradas-

-¿Puede darse prisa? Tengo cosas que hacer-interrumpió la ex señora Miranda.

-Por supuesto-contestó Armando-Continuo para permitirles volver a sus respectivos quehaceres, no sin antes advertirles de que algunos de ustedes no podrán hacerlo-

-¿A qué se refiere con eso?-

-Señor Lamadrid, nada más y nada menos que, tal como he anunciado, revelaré la conspiración que ha propiciado que un inocente lleve tres años en la cárcel-

-Inocente porque usted lo diga-soltó Miranda.

*-Se equivoca-continuó Armando-**Porque las pruebas así lo indican-***

Antes de que pudiera seguir con su exposición, la puerta se abrió y vieron todos cómo, junto a otro agente, entraba en la sala Leonardo Campoamor, el abogado y padre de Beatriz.

-Disculpe, no he podido llegar antes; tenía que atender a un cliente y...-comentó el letrado dirigiéndose a Armando.

-Lo entiendo, señor Campoamor, y no se preocupe que acabo de iniciar mis palabras. Pero, tenga la bondad de tomar asiento y lo que le pido de forma encarecida es que mantenga la calma ante lo que va a oír, dado que afectan y mucho a su hija. Tiempo tendrá a posteriori para saldar cuentas. Le aseguro que hay bastantes para entretenerse y usted, como profesional del Derecho, me entiende-

-Será difícil mantenerme sereno, pero descuide que lo intentaré-respondió el abogado, bien escoltado por los dos agentes, por si se comportaba de forma irascible ante las revelaciones sobre su hija que Armando se disponía a comentar.

*-De acuerdo, amigos-continuó Armando con voz suave y conciliadora-**Estando todos presentes, iniciemos este sencillo acto comenzando por el principio, el cual no es otro que un día de verano de hace un poco más de tres años. Beatriz Campoamor se encontraba en la oficina de la señora Luisa Arango y decidida a trabajar para, según argumentaba, costearse los estudios. Bien sabemos cómo esto era una apuesta personal y ella misma lo comentaba a diestro y siniestro; en especial a su prometido Carlos Uría, quien vio como mal menor dejarla cumplir su deseo y más cuando se trataba de un par de meses tan sólo. Ella, sin embargo, urdió esta excusa ante su propia familia y Carlos por otro motivo menos prosaico, el cual no fue otro que estar cerca de Luis Ángel Lamadrid, amante casual durante muchos años y, sobre todo y de más peso, compañero de adicción a la cocaína, por cuanto le surtía de esta sustancia a cambio de sexo-***

*-¿Cómo?-saltó como un resorte el joven-**Ya les dije que era ella quien...-***

*-Por favor, señor Lamadrid-respondió Armando con suficiencia en sus palabras-**No insista. Sabemos cómo era sólo una relación mercantil. Sexo a cambio de droga. Nada de que fuera usted irresistible y menos para una joven como Beatriz. Sólo la ansiedad de contar con esos polvos blancos le confería a usted cierto atractivo aunque, eso sí, sólo momentáneo, hasta conseguir ella su ansiada mercancía. Aquel verano, mediada su ruina, Beatriz vio la forma idónea para tener un suministro continuo al conocer que permanecería en Llanes toda la temporada. Lo demás vino solo-***

*-Continuemos ahora con Beatriz ya en casa de los Miranda-siguió hablando Armando-**Siendo introducida como es natural por la desaparecida señora Arango, por otra parte embelesada con la belleza de Beatriz, aunque menos que el señor Miranda. Pero vayamos por partes. Los días transcurrieron para la joven sin sobresaltos, haciéndose con la confianza del pequeño Ramiro y la simpatía de cuantos habitaban la casa. No obstante, el señor Miranda sentía por ella algo más y, hasta tal punto era así, que perdió la noción de dónde se encontraba y quién era. Al hilo de esto, es conveniente que sepan cómo él tenía por habituales estos comportamientos con las chicas que se contrataban y no soportaban más allá de quince días el asedio al que las sometía. Pero en el caso de Beatriz llevó hasta el extremo la forma de hacerlo y ella, como es lógico, le rechazaba una y otra vez.***

Su esposa entonces, hoy divorciada ya, comprobó cómo su marido no sólo tenía un interés meramente sexual por Beatriz sino algo que iba mucho más allá y así se lo hizo saber. La señora Miranda vio aquello con pragmatismo y cálculo, pergeñando un plan para conseguir dos objetivos. El primero tenía que ver con su marido y el segundo con su fortuna. De tal forma que consiguió atraer la atención de Beatriz y le propuso algo que, dicho así como yo lo hago, tiene visos de una frialdad pasmosa en ambas, aunque

tendrán que reconocer que de una gran eficacia en sus resultados. Bien es verdad que en aquellos momentos Beatriz había conocido al chófer rumano, quien prestaba servicio en la casa, y de quien se había enamorado perdidamente. Por él, estaba dispuesta a cualquier cosa y eso entraba dentro del rango de lo propuesto por la señora Miranda. Ya que le tenemos aquí, tal vez quiera explicarnos qué fue lo tratado entre ambas-

-¡Me parece usted un...! ¡Sepa, señor mío, que le demandaré y...!-explotó la mujer airada.

-Veo que no tiene intención de hacerlo usted, señora-respondió tomando la palabra de nuevo Armando-En cuanto a lo de la demanda me temo que tal vez reciba usted alguna y, si no, esté atenta a lo que digo respecto a la propuesta que le hizo a Beatriz para que accediera a mantener relaciones sexuales con su marido a cambio de una fuerte suma de dinero. Calculo que alrededor de cien mil euros; por cierto, bonita cantidad que Beatriz atesoraba para poner pies en polvorosa en cuanto terminara el verano junto a su recién encontrado amor rumano y perderse con él abandonando novio, carrera y familia. ¿Y qué ganaba la señora Miranda? Pues se lo podíamos preguntar a ex esposo. Pero mejor será que sea yo quien cuente cómo esas relaciones consumadas en la propia casa, sin tomar precauciones para que la propia servidumbre tuviera conocimiento, incluso sus padres, fueron grabadas por Beatriz en toda su extensión, en cantidad y además con calidad. Imágenes que fueron a manos de la señora Miranda y utilizadas como moneda de cambio para quedarse, forzando un acuerdo amistoso de divorcio con las directrices fijadas por ella misma, con la mayor parte del patrimonio, la casa y, de paso, sacar fuera de ésta a sus suegros, quienes tuvieron que aceptar las condiciones igual que su propio hijo. Jugada maestra ¿No es así, señora Miranda?-

-¡Tendrá que demostrar eso!-respondió aún más enfurecida la mujer.

-No se preocupe, el juez ya tiene noticia de cuanto desvelo y su principal elemento, que no es otro que el pago que dio a Beatriz, con sus propias huellas ya certificadas por la Guardia Civil, sin contar con el extracto bancario que atestigua su reintegro en la fecha que indico. Así que, si no tiene inconveniente, será él mismo quien le facilite las pruebas-respondió Armando, lo cual hizo enmudecer a la mujer.

-Espero, señor Adaro-interrumpió el padre de Beatriz con un rostro que, junto a su envergadura incluso permaneciendo sentado, harían temblar las piernas de cualquier hijo de vecino salvo, por supuesto, las de Armando, muy bien puestas sobre el suelo de aquella sala -que, por su bien, toda la inmundicia que está esparciendo sobre mi hija tenga fundamento. Le advierto que, de lo contrario, me encargaré de que todo el peso de la Ley caiga sobre usted-

-Lo siento, letrado, entiendo su enfado pero confíe tanto en mí como en mi compañero. Tenemos todo documentado y con evidencias demostrables. Recuerde que estamos aquí para que la verdad resplandezca y también para que un inocente no tenga que pagar por algo que no hizo. Una vez más, le pido paciencia y comprensión con los datos que voy a revelar-respondió Armando insuflando a sus palabras un carácter y una seguridad mayores aún que su propio alegato.

-Permítanme continuar ahora recordando cómo fue el asesinato de Beatriz y cuáles fueron los movimientos de ésta durante aquella fatídica noche. Comenzaré por decirles que el señor Miranda, despidiendo al chófer rumano, desconocía que iba a desencadenar todo. Y no olvidemos que Beatriz, una vez concluido el trabajo para el que había sido contratada por su esposa, le dejó clara las cosas al marido enamorado hasta las trancas de ella, hasta el punto de proponerle abandonar a su esposa y casarse con ella poniendo a su disposición toda su fortuna. No hay que decir que Beatriz le rechazó con crudeza y, para colmo le desveló lo que sentía por el chófer, amén de que no es raro que el señor Miranda les sorprendiera en algún momento en la habitación del joven rumano en actitud amorosa-

-¡Fue la persona que más amé y también la más cruel!-soltó el señor Miranda de improviso, levantándose e interrumpiendo a Armando en voz alta con la mirada perdida

-No he conocido nadie tan fría como ella, tan desprovista de sentimientos y, además, burlándose en mis narices con saña de haberme engañado, de haber sido un títere en sus manos, de ser mera mercancía para sus planes-

-Me alegro de su sinceridad, la cual estimo debería ser ejemplo para todos ustedes-retomó la palabra Armando-Pero sigamos adelante. La cuestión es que, despedido el chófer, éste abandonó la casa de los Miranda sobre el mediodía a bordo de su cochambroso vehículo, no sin antes haber quedado con Beatriz aquella tarde en algún punto, que la verdad desconozco con exactitud, aunque sí puedo asegurar que en el perímetro de Llanes. Antes de ese encuentro, ella tenía que completar el plan para la oportuna fuga tramada por ambos. Y lo primero fue buscar algo que le hacía falta y más cuando pretendía hacer un largo viaje ¿Verdad, señor Lamadrid?-

-¡No tengo nada que ver en este asunto, señor!-exclamó habló Luis Ángel, después de toser de manera nerviosa.

-Me imagino que, a estas mismas horas, unos cuantos miembros de la Brigada Antidroga habrán puesto su casa patas arriba. Las pruebas de que usted se dedica a traficar estarán ya listas y seguro que el juez le indicará hasta qué punto tiene que ver con todo esto que relata mi compañero, el señor Adaro-contestó Alarcos y el rostro de Lamadrid perdió el color y sus manos comenzaron a tener un ligero temblor. Después guardó silencio y bajó la cabeza.

-Sigamos por tanto-reanudó su exposición Armando, cada vez con más seguridad y viendo cómo lograba acorrallar a todos los presentes con sus sorpresivas revelaciones-Situémonos ahora en el puerto de Llanes, al lado de la zona de ocio donde Beatriz abrió la puerta del coche de Luis Ángel Lamadrid, quien le entregó esa cantidad de droga que ella misma había calculado suficiente para el viaje con su nuevo amor rumano. No hubo pago en metálico ya que unos días antes ella lo había realizado en la cama de Lamadrid, tal como acostumbraban. No obstante, éste le reclamó más sexo y Beatriz no dudó en defenderse y salir del coche no sin antes darle un buen gañafón-

-La noche era larga, pero no había tiempo que perder-continuó Armando -La segunda parada de Beatriz fue unos metros más allá de donde dejó a Luis Ángel, y con la trágicamente desaparecida Luisa Arango. Pero no hubo nada de particular sólo que, como pantalla de humo y siguiendo instrucciones de la taimada Carolina Miranda, le recalcó Beatriz a la empresaria el falso asedio del marido de aquella y los intentos de seducirla. Fue algo pactado con Carolina y Arango se lo tragó pero, además de esta argucia, la joven habló con ella algo más que después conoceremos. El caso es que Beatriz continuó por la zona de ocio y fue hacia su tercera cita aquella noche, y tal vez la más importante. Y es que la señora Miranda, hábilmente mezclada con su grupo de amigas tomando un helado, les abandonó durante un momento y se encontró con Beatriz, tal como habían acordado. Sacó una bolsa de plástico con la suma también pactada y se la entregó a la joven. No hubo palabras, sólo saludos y miradas cómplices. Después, cada una regresó a lo suyo: la señora Miranda a la mesa con las amigas como si tal cosa y Beatriz se perdió en la negrura de la noche con rumbo a un punto determinado de Llanes. Allí le esperaba agazapado el chófer rumano para emprender una vida juntos y con buenos dividendos, los cuales desconozco si éste conocía su procedencia y cómo Beatriz los había conseguido-

-Llegados aquí-siguió Armando-nos acercamos a la tragedia sobrevenida y al momento en el que terminaría Beatriz su vida. Pero antes, una vez en el coche con su enamorado y tal vez presa del remordimiento por el daño causado a Carlos Uría, le pidió le acercara con discreción a la playa de Toró, donde justamente allí había citado a éste. De sobra será conocido por todos ustedes, seguro al haberlo presenciado en televisión al ser grabado por muchos asistentes, cómo en público los dos jóvenes

mantuvieron una terrible y violenta discusión, donde no faltaron insultos, descalificaciones y amenazas. No hace falta decirles cómo la fuerza de esas imágenes fue clave para encerrar a Carlos en la cárcel. Momentos antes, en el interior del coche de Carlos y por una casualidad del destino, ambos se habían herido sin querer y eso había agravado la escena al aparecer ensangrentados. La cuestión es que allí mismo ambos se separaron, justo en la zona de veladores, junto al bar restaurante de la playa atestada de personas disfrutando de la noche. Carlos se marchó en su coche a dar tumbos bebiendo de un lado para otro y Beatriz regresó al lugar oculto donde le esperaba su amor-

-Es entonces cuando comienza el nudo de este caso y a desencadenarse los acontecimientos. Por motivos que desconozco, pero tal vez por la necesidad de estar solos y disfrutar del éxito obtenido en todo cuanto habían urdido, ambos jóvenes decidieron marchar en plena noche a la playa nudista de Torimbia, no distante mucho de la de Toró. Allí eligieron una senda poco transitada para dejar el coche y también en el maletero colocaron camuflados tanto el dinero como la droga. Se desnudaron por completo y disfrutaron del sexo durante un tiempo indeterminado. Después, al bajar la temperatura, hicieron una fogata con palos que recogerían del bosquecillo que se encontraba al lado de donde aparcaron el vehículo y continuaron sus sesiones amorosas. Fue en esos momentos cuando alguien, sólo o en compañía de otro u otros, se acercó, tomó uno de esos palos aún candentes de la fogata y asesinó a Beatriz. El rumano, presa del miedo, salió huyendo desnudo hacia la senda de los acantilados siendo perseguido con saña por su, o sus, atacantes. Cuando alcanzó el punto más alto, y debido a la oscuridad, perdió el control y se precipitó hacia el vacío golpeándose la cabeza con un saliente y llegando ya cadáver a los rompientes. La marea después hizo su trabajo y arrastró mar adentro el cuerpo, el cual apareció semanas después en las proximidades de la Estaca de Bares-

-Ni que decir tiene cómo Carlos Uría, al permanecer en el aparcamiento principal de la playa donde se encontró el cadáver de Beatriz, junto a las evidencias de la sangre en sus ropas y los cortes producidos en el coche, amén de otras pruebas circunstanciales, fue sometido a proceso y considerado culpable de asesinato y condenado-

-Como de todos es sabido, a principios del verano, a este quien les habla le llegó la súplica de una mujer rota por el dolor de ver cómo su hijo padecía prisión por un delito no cometido. Convencida de su inocencia, y por esos giros inesperados del destino, previamente había llevado su empeño a mi propia madre quien resultó ser una amiga de la infancia. Más tarde, mi amigo el ex comandante Alarcos aceptó mi petición para sumarse a esta investigación, siendo además vecino de Poo de Llanes y abriéndome las puertas de estos contornos. Resultado de nuestras pesquisas es este momento en el que voy a desvelarles por fin la identidad de las personas que han conspirado para mantener a Carlos Uría en prisión y, así, eludir el peso de la justicia por tan vil asesinato-

-Antes de hacerlo así ante todos ustedes y señalar a los culpables-siguió hablando el joven criminólogo-Me van a permitir que relate la secuencia de estos días y cómo las evidencias nos han conducido hasta aquí. Por eso, les revelaré cómo el asesinato de la señora Luisa Arango abrió las expectativas de resolución del caso tras días de desconcierto. Y es clave su participación en esta conspiración, que si bien ella misma no actuó como autora material, sí lo hizo en calidad de elemento colaborador esencial. Se preguntarán de qué manera. Pues, en primer lugar, como conocedora de la identidad de los asesinos y, en particular, beneficiándose de su chantaje. Claro que esto último fue letal para sus intereses al acabar víctima de su ambición con el cráneo partido en dos. Y había sido bastante cauta al mantener un ritmo de vida normal y bien custodiada en una caja fuerte su pequeña fortuna ganada a base de esos chantajes a los que he aludido. Y hablo en plural puesto que no sólo lo hizo con los asesinos, sino

con todas aquellas mujeres con las que había mantenido relaciones en la intimidad y no querían que su pequeño secreto fuese hecho público-

-De todas formas, tengo que confesarles que todos ustedes estuvieron en el punto de mira. Sin excepción-siguió Armando tras una breve pausa-Y debo pedir perdón tanto a Clara Antúnez como a su hija, aquí presentes, al sospechar de ellas por un pago de cierta cantidad a Luis Ángel-

-Acciones-respondió Clara Uría.

-Así es, Clara, pero debes comprender que todos los movimientos habían de ser controlados, y ese no iba a ser menos. Ya comprobamos cómo vuestra empresa compró a Luis Ángel el paquete de acciones que le había dejado su padre en herencia y que, conforme a sus exigencias de efectivo, él mismo os ofreció. Dinero, por cierto, el cual se lo fundió en unos meses-

-Sigo ahora con más revelaciones-avanzó Armando mientras Alarcos tomaba posiciones en previsión de lo que iba a decir-Y estas sí son ya definitivas. La clave de todo ha sido el hallazgo del cadáver del chófer rumano, tras una rocambolesca peripecia que no desvelaré aquí y los buenos oficios de servidores de la sociedad, guardias civiles a los que nunca podremos pagar lo que hacen. Me reservo los nombres, pero no mis palabras de homenaje por su coraje y valía. Pues gracias a personas como estas que refiero, y en concreto una que ha sido ejemplo de eficacia e inteligencia, hemos llegado a las conclusiones finales. Y éstas pasan porque el asesino de la señora Arango era el mismo que el de Beatriz. Ustedes dirán que acabo de asegurarles que había más gente que no deseaba que la empresaria desvelara sus secretos, luego habría cientos de sospechosos de haber cometido el crimen. Sin embargo, la forma en que fue asesinada le delataba. Un golpe seco, con una fuerza brutal y directa al cráneo sin contemplaciones. Pero había otro elemento que se incorporó al abrir la caja fuerte de la señora Arango: una cantidad enorme de dinero. Después bastó con rastrear movimientos de cuentas, aunque si les digo la verdad, al principio con resultado negativo. Pero continuó. El segundo detalle que nos condujo a la resolución fue el informe forense del cuerpo del chófer rumano. Puedo asegurarles que algo emocionante resultó comprobar cómo tenía idénticas excoriaciones que Beatriz y minúsculas quemaduras. Estaba claro. Bueno, mejor se lo explico-

-Para ello-siguió desgranando su investigación Armando-volvamos a Torimbia y a la escena que se desarrolló tal cual les cuento: Beatriz y Aurel Nicolescu estaban en pleno disfrute del sexo. Se oían sus gemidos por toda la playa y, a escasos metros, tenían encendida una fogata que, de vez en cuando, alimentaban con palos y troncos de considerables dimensiones recogidos en el bosquecillo aledaño. El asesino, y esta vez reduzco al mínimo para entendernos, se acercó sigiloso tomando en su mano uno de los troncos aunque casi con toda seguridad pisó otro con torpeza en la penumbra y el joven rumano se percató y se encaró a él. En la refriega, en tan sólo un instante, el asesino levantó el tronco, aún candente, y le lanzó el golpe que el chaval, con gran agilidad, esquivó pero con la fatalidad que, tras él en la oscuridad, aterrada, se encontraba Beatriz. Fue ella, por tanto, quien recibió con toda la fuerza aquel golpe brutal que le quitó la vida en el acto; cayendo derrumbada. Lo que sigue es la escena que antes les he dibujado y que terminó trágicamente con la vida de Aurel. Tras aquello, el asesino regresó de su persecución al muchacho, retiró sus ropas y objetos, comprobó después cómo no había nada que le delatase y, para su sorpresa, vio más tarde cómo el coche de Carlos Uría permanecía en el aparcamiento y él dentro durmiendo tras una noche de alcohol. Era el crimen perfecto y huyó del escenario con la certeza de que el joven sería acusado y él conseguiría el anonimato. Y no anduvo descaminado-

-Tal vez usted, Don Leonardo Campoamor, quiera añadir algo al relato-soltó Armando volviéndose al padre de Beatriz-

-Señor Adaro, no sé qué podría añadir yo-respondió sorprendido pero azorado al mismo tiempo.

-¿Está seguro de que no? Me temo que sí, letrado, dado que fue usted quien asesinó a su hija-

-¡Le demandaré. Eso que dice es una calumnia sin fundamento...!-respondió levantándose el abogado iracundo, siendo sujetado por los dos agentes a quienes de forma previsoramente Alarcos había situado estratégicamente, sobresaliendo su voz entre el murmullo de los demás que se encontraban en la sala.

-Por favor, letrado, cálmese-retomó la palabra Armando con cierta teatralidad esta vez- Es mejor que concluya usted el relato. Si no, tendré que recordarle cómo hace unos días y de la misma forma, asesinó usted a la señora Arango. Ese era su cabo suelto y le había costado un buen pico todos estos años y últimamente le había exigido una cantidad exorbitante para callar lo que sabía. Ella era la única que conocía cómo usted aquella noche había estado en el escenario del crimen, amén de todos aquellos que Beatriz pisó. Mejor sería decir que la tal señora, por otra parte una mentirosa compulsiva que hasta se vanagloriaba de haber metido a Beatriz en su cama, le soplabá a usted los movimientos de su hija, quien a su vez había tenido el infortunio de confiar en ella, sin saber que Luisa era su confidente ¿Verdad, Campoamor? Se enteró a través de Luisa Arango de los planes para huir que tenían preparados su hija y el rumano y se presentó de incógnito para abortarlos ¿Quiere que continúe o lo hace ya usted?-

-¡No fue un asesinato. No podría matar a mi propia hija!-confesó al fin aquel hombre, ya abatido, cayendo como un fardo en su asiento y tapándose la cara de vergüenza-¡Fue un accidente! ¡Un accidente!-gritó con fuerza mientras rompía a llorar desconsolado.

-Era una noche clara, pero no para mí-siguió Campoamor con su confesión, frenando los sollozos y ofreciendo una pose más digna y sincera -Mi vista apenas alcanzaba unos palmos y sólo distinguí cómo ese rufián rumano se colocaba delante de mí tomando otro palo de la fogata y, antes que él, reaccioné con tal fuerza que no pude frenar el golpe cuando se agachó. A él sólo le rocé en la cabeza y tal vez en el hombro, pero a Beatriz, quien no advertí cómo estaba tras él en la oscuridad, le di de lleno. ¡Jesús! Aún recuerdo cómo sonó su cráneo al romperse. Ese cobarde se atemorizó y salió corriendo. Sólo le seguí unos metros y luego desapareció en la noche. Pero lo de esa bruja Arango sí lo hice y con gusto. Tres años ha estado exprimiéndome y hace unos días me dio un ultimátum para que le pagara esa cantidad que encontraron. Incluso así y viendo cómo ustedes avanzaban en la investigación, me pidió aún más. No lo niego. Ese sí fue un asesinato; y del que no me arrepiento-

-Letrado, no había otro camino que esa confesión pública que acaba de hacer y más cuando tengo en mi poder la prueba definitiva que le sitúa en la fecha y hora del crimen-dijo Armando extrayendo la ampliación de una fotografía donde aparecía sonriente el amable cocinero del bar de la playa de Toró-Sepa que nos la ha facilitado un alma cándida, haciendo honor a su nombre quien, como enamorado de los coches, no dudó en hacerse una fotografía junto al suyo, todo un Mustang GT900 del 68, con llantas de veinte pulgadas y además único en el mundo, con el cual llegó a dicha playa y desde allí siguió los pasos de su hija y amante. ¿Sabe? La tenía pegada en la pared de la cocina del bar. Ha estado allí esperando a que mi compañero y yo la viéramos gracias a la providencia; en la cual siempre debemos confiar-

-Creo es hora de que alguien coja el teléfono, marque el número del hospital y pida le pasen a la habitación de Carlos Uría-dijo algo emocionado Carlos, mientras Alarcos se fundía en un abrazo con él y no dejaba de darle palmadas en la espalda. Por su parte, el joven criminólogo tampoco apartaba su mirada de los ojos lacrimosos de Clara Uría quien, con manos temblorosas, apenas atinaba a pulsar las teclas de su teléfono móvil.

Epílogo

Armando permanecía en silencio, observando tras los cristales cómo la lluvia se empecinaba en caer a manta en aquella tarde otoñal. Por un momento, abandonó tan melancólica visión para observar el revoltijo de vasos, platos, cubiertos y botellas de sidra, cava, cerveza y licores varios que ocupaban las dos mesas y otra auxiliar del despacho de investigación privada que, apenas un par de horas antes, había tenido la fortuna de inaugurar con una pequeña fiesta donde no faltaron sus amigos y, en especial, su nuevo socio el comandante Alarcos, quien al fin le convenció de abandonar aquella idea peregrina de enseñar y dedicarse junto a él a lo que sabía hacer.

Anduvo unos pasos por el despacho y se paró en la puerta, aún abierta, donde figuraba la leyenda: “Adaro y Alarcos, Detectives Privados”. Se preguntó, rozando con los dedos el metal donde estaban grabados los nombres, si aquello sería realidad o bien algún sueño tras unas copas de más. Pero se convenció de que era el mundo material, en el que había conseguido un triunfo sacando de la cárcel al bueno de Carlos Uría y, como consecuencia de ello, un prestigio que le había valido un reconocimiento jamás imaginado; hasta el punto de recibir encargos para investigar desde todos los puntos de España.

Armando pensó cómo al fin tenía su vida todos esos ingredientes que, desde sus primeros años estudiantiles, había soñado. En primer lugar esa cuenta corriente saneada gracias a Clara Antúnez, de quien no tuvo más remedio que aceptar su agradecimiento, materializado en el despacho que pisaba en esos instantes y todo cuanto había en su interior, listo para continuar su tarea investigadora, sin contar el Golf aparcado más abajo del que fue incapaz de desprenderse y también aceptarlo cómo si no fuera con él la cosa.

En segundo término, el respeto de los demás unido al prestigio obtenido con la resolución de un caso complejo y con todas las circunstancias que lo rodeaban en contra. Y en tercer lugar, tal vez el más importante, la oportunidad de compartir todo aquello con alguien a quien admiraba, quería y respetaba. Alguien en quien confiar; un amigo, en suma, ese veterano guardia civil haciendo horas extra como su Ángel de la Guarda.

Armando volvió sobre sus pasos al ventanal del despacho y dejó perdida la mirada meditando cómo en la vida nada era perfecto. Ni siquiera aquel triunfo obtenido, refrendado por decenas de periodistas pidiéndole entrevistas durante días y días, las televisiones rifándose para que acudiera a sus programas de “prime time”, los grandes comunicadores del país llamándole para entrevistarle en directo a través de la radio, las revistas dedicándole reportajes en páginas centrales, las editoriales ofreciéndole cantidades desorbitadas para que relatara en un libro los entresijos del caso de Carlos Uría y hasta algunas proposiciones desde el extranjero que le sorprendieron, aunque también le enorgullecieron alimentando su vanidad; de la que siempre había abjurado.

Armando, consciente entonces de la lluvia incesante, de la amalgama de grises en la que aparecían las calles de la ciudad, desierta y callada, subsumida en un letargo forzado, comprendió cómo el vacío que sentía en ese momento no había nada que pudiera paliarlo y, mucho menos, todos aquellos logros, fueran tangibles o no, puesto que reconocía para sí cómo nada importaba si ella no estaba a su lado.

Armando hizo memoria y se sorprendió a sí mismo cuando fue consciente de que apenas había hablado con Clara Uría. Tal vez algunas frases, incluso inconexas, pero que bastaron para arrastrarle hacia ella. Una corriente eléctrica poderosa y capaz de

doblegar su ánimo se había hecho con el control de su mente, dejándole al paio de esa dulzura que emanaba de aquella joven idealizada, tal como se daba cuenta él mismo sin más coartada para ese amor incondicional que la incapacidad para alcanzarla.

Hacía días que no tenía noticias de ella, y éstas por terceros. Sabía por su propia madre que estaba de viaje hacía una semana, por su hermano que había regresado hacía tres días y que se había vuelto a marchar. Era lo que le faltaba a esa atracción por Clara: una especie de desdén que él mismo construía sobre la base de que, realmente, ni siquiera habían tenido un contacto para que después aquél se produjera. Todo era inventado en su mente, presa de aquella ninfa idealizada.

Cerró los ojos y recordó palmo a palmo su cuerpo, cada poro de piel, cada palabra escuchada de sus labios, cada sonrisa dibujada en su boca, cada gesto de sus manos, cada paso de sus piernas, cada mirada de sus ojos lanzada como daga, cada momento vivido junto a ella.

Armando, atrapado entre el mundo material y el espiritual, recibió con júbilo una estela de aquella fragancia, inundada de vainilla y algodón de azúcar, la cual pareció inundar todo cuanto le rodeaba, aunque sin determinar él mismo si era real o fantasmagoría.

Pero no podía ser irreal, pensó aún con los ojos cerrados, imposible que se tratase de su imaginación, se dijo a sí mismo con júbilo, tenía que ser real que ella estuviera allí, junto a él...

-¿Llego en mal momento?- escuchó a sus espaldas y, al volverse, encontró a Clara empapada y con una pequeña maleta a sus pies de igual forma calada hasta la cremallera-*Si quieres, pues vuelvo otro día. Sólo quería disculparme...verás es que no he podido llegar a la inauguración. Me hubiese gustado...pero es que el avión llegó con retraso, media hora para conseguir un taxi y para colmo la lluvia, el atasco...bueno...pues...-*

Armando no respondió y, en cambio, permaneció en silencio dejando que hablara; sólo para escucharla. Así hubiese permanecido una eternidad, observando por primera vez algo de fragilidad en ella, mientras las gotas le resbalaban por el rostro hasta caer pesadas sobre la alfombra.

-En fin, te deseo muchos éxitos como la investigación del caso de mi hermano- siguió hablando Clara haciendo amago de dar media vuelta y marcharse-*Tal vez podamos vernos algún día...¿Sabes? En el cineclub universitario proyectan un ciclo de Nicholas Ray y una de las pelis que podrán verse es mi favorita, "En un lugar solitario" ¿Recuerdas? Si quieres podemos quedar y...-*

Clara no tuvo tiempo de acabar aquella frase y ella misma lo agradeció. Le fue imposible cuando Armando cruzó con decisión el despacho, la tomó por la cintura y la atrajo para después besarla en los labios.

-Sigo creyendo que Bogart hizo el papel de su vida y...- dijo Clara un momento antes de que Armando volviera a besarla.

-Está bien, mejor será que la veamos juntos y después lo discutamos- volvió a hablar Clara, rodeando con sus brazos a su joven criminólogo.

-¿Qué hay que discutir?- le preguntó Armando justo antes del tercer beso...pero no el último.
